

UNIVERSIDAD

AUTÓNOMA DE NUEVO

LEÓN CENTRO DE BIBLIOTECA

SINUÈS



DOS MADRES
PARA
UNA HIJA

Fany
Kendal

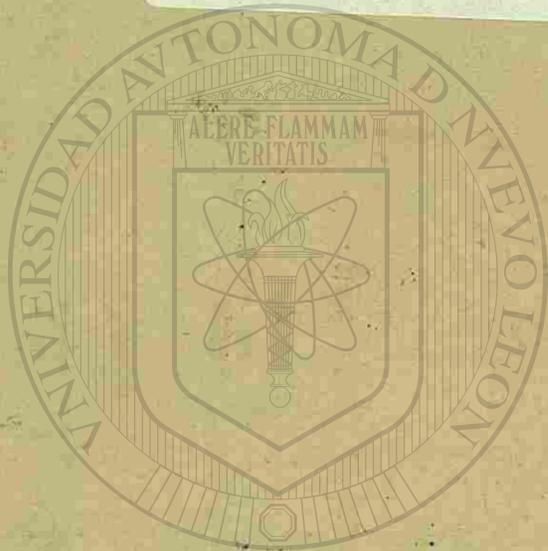
PQ6567

.S5

D6



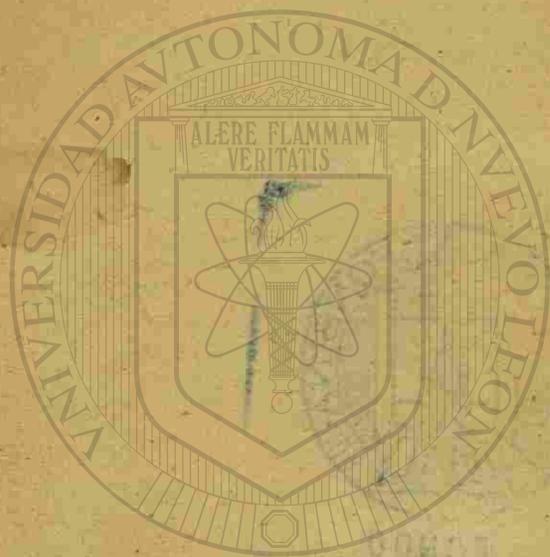
1020027409



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOS MADRES PARA UNA HIJA

N
Núm. Clas. 5618d
Núm. Autor 33884
Núm. Adg. 8
Procedencia TECAS
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó [Signature]

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

| | <i>Pequeñas.</i> |
|--|------------------|
| Hija, Esposa y Madre, 2 tomos..... | 8 |
| El Angel del Hogar, 2 tomos..... | 7 |
| El Alma Enferma, 2 tomos..... | 7 |
| Una Herencia Trágica, 1 tomo..... | 4 |
| La Dama Elegante, 1 tomo..... | 4 |
| Narraciones del Hogar, 1 tomo..... | 4 |
| Dramas de Familia, 1 tomo..... | 4 |
| Verdades Dulces y Amargas, 1 tomo..... | 3'50 |
| Un Libro para las Jóvenes, 1 tomo..... | 4 |
| Combates de la Vida, 1 tomo..... | 4 |
| Isabel, 1 tomo..... | 3'50 |
| La Vida Real, 1 tomo..... | 4 |
| Mujeres Ilustres, 3 tomos..... | 9 |
| A la Luz de una Lámpara..... | 1 |
| La Ley de Dios..... | 1'50 |
| Cómo aman las mujeres, 1 tomo..... | 3'50 |


Maria del Pilar Simés

DOS MADRES PARA UNA HIJA

(*Arreglo del francés*)

Las penas pequeñas son las
 que hacen daño: porque las
 grandes, ó mueren de pronto,
 ó pasan de largo.

A. Y.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "DON WILSON REYES"
 de 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
 JUAN ROLDÁN
 9—Nuncio—9
 1890

100529

33834



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.



I.

La casa de campo.

NUESTROS antepasados conocían solamente á la ciudad de Angeres bajo el nombre de la *Ciudad Negra*; este nombre lo debía al sombrío color de las pizarras, de que estaban sus tejados revestidos, y por cierto que le cuadraba muy bien.

Hoy, al derredor de esta ciudad gótica y severa, se extienden espaciosos y risueños boulevares, como una zona de verdura y de casitas blancas, que la dejan aislada y separada de la campiña, tan lozana y tan tranquila, bajo ese cielo dichoso que tiene la radiosa luz del Mediodía y la fresca del Norte.

Uno de los más lindos puntos de vista de las inmediaciones de la ciudad es el estanque de San Nicolás, cerca del cual se eleva la colonia agrícola titulada de las Hijas del Buen Pastor: algunas casas de campo se hallan sembradas en las suaves pendientes de las colinas que dominan el valle del Maine

los extranjeros buscan esas bellas moradas, esa tierra amable de la que el viejo poeta de Belley celebraba las dulzuras: todos aman aquellos jardines umbrosos, que descienden hasta las claras aguas del río; aman aquel cielo tranquilo y propicio á la salud del cuerpo y del alma, y como los pájaros que sienten el frío vuelan hacia más clementes horizontes, los habitantes del Norte buscan el oasis de Angerés, ese sol que les acaricia sin quemarles, esos lugares donde se ven florecer los naranjos de la Provenza al lado de los espinos de la Suecia, y de los rododendrones que tienen por patria las frías vertientes de los Alpes.

Hará como unos veinte años, poco más ó menos, que una de las casas de campo de San Nicolás fue alquilada después de largo tiempo de estar desocupada, á personas extrañas al país, y que por lo mismo atraían la atención curiosa de los vecinos: estos se agruparon delante de la puerta el día que un gran furgón llegó á ella lleno de equipajes y descargó cofres, cajas, cestos, muebles, cuidadosamente embalados, un piano y un arpa en su estuche; cada objeto ocasionó más de un comentario entre los desocupados que al día siguiente volvieron á agruparse á la llegada de una silla de posta, y con la boca y los ojos abiertos cuan grandes eran, vieron salir de ella, primero una robusta joven, adornada de la alta cofia normanda; después, una camarera, con la cara negra, los cabellos lanudos, medio cubiertos con un

pañuelo de foulard amarillo, y que era la más perfecta hija de Guinea que hubiera desembarcado jamás en las costas de Europa. Esta mujer se inclinó hacia el fondo del carruaje, tomó en sus brazos una niña dormida, blanca y rosada; una joven esbelta y elegante descendió á su vez y dijo á la negra con voz dulce:

—¡No la despiertes, Cora!

La cocinera normanda, la negra y la joven dama entraron en la casa, la puerta se cerró y los curiosos ocuparon la noche en reflexiones y conjeturas.

—Es una actriz de París,—dijo el maestro de escuela con tono de suficiencia;—viene á descansar al campo y á repasar sus papeles, y se dice que la niña va á debutar este invierno.

—¡Cómo! ¡á su edad! pero, ¿y la negra?

—También trabaja en algunas piezas: por ejemplo, en *El Moro de Venecia* y en *Pablo y Virginia*.

—En cuanto á mí,—dijo un político del pueblo,—creo que es una duquesa de Sajonia-Coburgo, que viene á educar esa pequeña princesa destinada al heredero de un trono.

—¿Qué trono?

—¡El de Inglaterra!

—Yo creo,—dijo otro,—que es solo una mujer que ha tenido desgracias: ¡su aire es tan triste!

—Sin embargo, tiene también muy hermosos muebles: ¡qué sillones! ¿habéis visto

que espejo tan grande, qué cuadros, qué sillitas de seda y qué lámparas de oro?

Las conversaciones siguieron su curso, llegaron á su apogeo y enmudecieron poco á poco: nada las alimentaba: porque la vida de la dama extranjera era igual, digna y sin misterio: todos sus gastos se pagaban al contado, medio excelente para contener las suposiciones desfavorables. Recibió algunas visitas, entre ellas las de un banquero, de un magistrado y de un notario de Angeres, acompañados de sus esposas, lo que bastaba á atestiguar la regularidad y la distinción de su posición social. Frecuentaba asiduamente los domingos la iglesia de su parroquia, y con frecuencia, durante la semana, se dirigía hacia la capilla del Campo de los Mártires; en una palabra, su conducta no ofrecía nada que pudiese alimentar la curiosidad provinciana, y habiendo surgido otros acontecimientos, cesaron de ocuparse de ella. El público supo que se llamaba madama de Villiers, y se la creyó viuda y dedicada por completo á la educación de su hija, de su pequeña Julia.

El amor maternal, parecia, en efecto, el único motor de aquella existencia solitaria: jamás se veía á la hija sin la madre: cuando Julia jugaba en el jardín, la joven extranjera, sentada en el terrado, en medio de las flores exóticas que cultivaba, la seguía incesantemente con los ojos, y con frecuencia, sacudiendo la melancolía de que se sentía abrumada, se mezclaba á los juegos de Julia

y la enseñaba á divertirse, ciencia que no posee ningún niño que se educa solo: se la veía también cerca de su ventana, medio tendida en un sillón, con un libro sobre las rodillas y ocupada en iniciar á la niña en los misterios del alfabeto: algunas veces se oía en el piano el choque de una mano infantil, rectificado y dirigido en seguida por la voz y los dedos maternos.

En la iglesia, Julia acompañaba siempre á su madre, y miraba atentamente los cuadros, las estatuas, los cenotafios, en tanto que madama de Villiers, con la frente entre las manos, meditaba y oraba: en fin, de todos los sentimientos que pudiera encerrar el alma de la extranjera, el solo aparente y visible era el amor apasionado por su hija, y aun cuando la opinión pública hubiera sido severa para ella, esta afección maternal, exclusiva y ardiente, la hubiera servido de égida.

Madama de Villiers tenía la costumbre de acostarse tarde; mucho tiempo, durante la noche, y en medio de la campiña oscura, se veía lucir su lámpara, y algunas veces, pasar detrás de las cortinas de la ventana su sombra esbelta y ligera: era en su cuarto de dormir, cerca de la alcoba, donde Julia reposaba con el sueño de sus seis años, donde pasaba sus horas de velada: leía, escribía, algunas veces quedaba pensativa y otras muchas lloraba. La soledad y el silencio despertaban sus recuerdos, y ninguno era sin amargura: solo la niña, dormida, medio son-

riente en sus sueños, con su bracito blanco y mórbido, plegado bajo su cabeza, sus bucles rubios, cayendo sobre sus rosadas mejillas y su cuello de marfil, sólo esta imagen encantadora de paz y de esperanza, la serenaba; y después de haberla contemplado largo tiempo, oraba con más confianza, escribía ó trabajaba con más calma: así fue interrumpiéndose frecuentemente para mirar á Julia, como acabó una larga carta, empezada desde hacía muchos días.

Estaba dirigida á *Madama de Elnon*, habitaciones de *Limbé*, isla de *Borbón* y decía así:

Mi muy querida Laurencia: ¿Has dudado de mí? ¡Ay! ¡derecho tienes para ello! ¡Tres años de silencio absoluto! ¿Qué has pensado? ¿Qué temores ó qué dudas has abrigado acerca de mi errante destino? ¡Mi pobre amiga, quizás crees que no soy ya de este mundo! ¡Quizás has rezado ya por mí en esa iglesia de San Dionisio, donde ambas hemos sido bautizadas! ¡Quizás piensas que en medio de los placeres de Europa te he olvidado á tí, mi amiga, y casi mi hermana!

Pero no: me parece que tú conoces mejor mi corazón, y que has adivinado que si no te escribía es porque no tenía nada que decirte de dulce y tranquilizador: á tan larga distancia la queja es demasiado cruel para el corazón amigo que la recibe.

Poco te he escrito después de mi matrimonio, y tú no has conocido, mi querida Laurencia, más que el lado ostensible de mi vida; ya sabes

que después de la muerte de mi pobre madre, mi padre no quiso seguir viviendo en esa isla, en esos lugares, que quizá sólo por ella había amado, porque ella había nacido en ellos y le eran queridos: mi padre me trajo, pues, á Francia, á Angeres, en donde tenía algunas relaciones de familia, y yo terminé mi educación en la casa paterna por los cuidados de una institutriz, excelente persona que ha procurado prepararme á las dificultades de la existencia: mas ¡ay! ¡ella no me dijo cuánto el camino era rudo y penoso!

La salud de mi padre parecía alterada, y funestos presentimientos, que por desgracia no le han engañado, le hacían apresurarse para darme un apoyo y una familia nueva. Me habló de este particular, invocó mi razón y me hizo llorar, y para tranquilizarle, porque aquellas vivas inquietudes le hacían daño, le dije que mi mayor dicha sería obedecerle, y que, si lo deseaba, estaba pronto á casarme: tenía apenas diez y ocho años.

¿Sabes cómo se hacen los casamientos en Europa, y sobre todo en Francia? Dos familias no se conocen, y acaso una larga distancia las separa, pero una de ellas tiene un hijo: en la otra crece una hija: un amigo común halla que esos dos jóvenes que no se han visto jamás, que no tienen quizás ni la misma educación ni los mismos gustos, se convienen, y que harían una linda pareja, porque la edad y la fortuna están en armonía. Entabla la negociación y habla á las dos familias: el padre, que desea un yerno, elogia al joven, habla hábilmente de la

señorita á la madre que desea una esposa para su hijo, se arregla un encuentro, los dos jóvenes ven el exterior de la persona con quien van á pasar la vida, los padres se ponen de acuerdo, y, en una palabra, se casan con los ojos cerrados y el corazón también, aturdidos con el ruido que se hace á su alrededor... ¡Perdóname un poco de amargura, Laurencia! ¡Ay! ¡La elección que han hecho no ha sido dichosa para mí!

De esta manera fui unida á un joven á quien sus negocios traían con frecuencia á Angeres, que uno de mis primos presentó á mi padre, y que yo acepté con absoluta confianza.

¿Por qué no se sentó la dicha en nuestro hogar? ¿Por qué no he hallado á lo menos una situación soportable? Yo me hago estas preguntas, con sangre fría, ahora que el tiempo ha calmado mis penas y mis impaciencias, y que, colocada á cierta distancia de los acontecimientos, puede juzgarlos con imparcialidad: hago justicia á mi marido: muchas cosas de él pueden cautivar el corazón de una mujer; su juventud, su gracia, sus maneras agradables y distinguidas, y aun más las cualidades de su corazón; su posición es bella y sólida: hijo único de una madre viuda que le ha educado con un cariño celoso, parecía que no teníamos nada que temer...; en cuanto á mí, yo llevaba mi juventud, un rostro que se elogiaba á porfía, y una grande necesidad de afección y de sacrificio. Mi madre política, con quien debíamos vivir, era, por muchos conceptos, una mujer respetable y de espíritu elevado; pero amaba mal á su hijo y

esto fue el origen de todos nuestros pesares.

Las primeras semanas de mi matrimonio las pasé al lado de mi padre; aquellos fueron días bien serenos: una aurora que parecía llena de promesas, una primavera que dejaba esperar rica cosecha... Mi marido parecía amarme; tenía para mí dulces palabras, atenciones afectuosas, y mi padre, que nos observaba, nos vió partir sin temor. El también contaba con el porvenir, y abrazando á mi marido en el momento de la partida, le dijo:

—Quedo consolado porque la confío á un amigo.

¡Pobre padre! Se durmió con esta certidumbre. Su última hora no ha sido turbada por angustiosos temores acerca de mi porvenir... ¡Bendito sea Dios, que así lo ha permitido!

MI primera impresión de tristeza después de esta cruel separación, fue la que experimenté al entrar en la ciudad donde debía habitar en adelante. Caen tiene sin embargo, una gran reputación entre los arqueólogos: es una ciudad gótica, llena de recuerdos, donde cada piedra trae á la memoria un nombre célebre, cada ángulo de una calle una fecha histórica; pero, ¡cuánto aquellas casas sombrías, objeto de la admiración de los anticuarios, aquellas altas y obscuras iglesias sembradas de tumbas, me parecían tristes, á mí, que jamás había dejado el campo, que había vivido en las comarcas amadas del sol, y que había pasado mi infancia en las orillas del mar de las Indias, y mi juventud bajo el cielo propicio del Anjou! El cielo normando, la verdura obscura de aquellos campos,

las interminables praderas, la ciudad gris y severa, toda me llenaba de melancolía, y nuestra casa misma, que desde hacía más de un siglo pertenecía á los Villiers, me pareció, aunque adornada para recibirme, una fúnebre morada. Al verla pensé en nuestra riente casa de Borbón, y en el pabellón cuyas ventanas daban al hermoso valle del Maine, célebre en Francia por la belleza y la frescura de su paisaje, y me parecía que un presentimiento helaba mi corazón, como la niebla fría que caía el día de nuestra llegada hacía temblar mi cuerpo... ¡Si! era un presentimiento, y desde que me hallé sola me puse á llorar; nadie me consoló, porque León se encerró con su madre so pretexto de darle cuenta de los negocios, y ya no volví á verle hasta el momento de la comida.

—Has leído, querida Laurencia, en la vida del santo Rey Luis, la historia de la pobre Reina Margarita? Esta también tenía una madre política, una mujer noble, herbica, pero celosa; y, algunas veces, la joven Reina le decía:

—¿No me dejaréis con mi esposo ni en la vida ni en la muerte?

Esta es mi historia: el esposo que yo había aceptado, no bien entró en la casa materna, entró también bajo la autoridad omnipotente de la que le había educado, y yo no tenía en su existencia otro sitio que el de una niña, de la cual los juegos y las lágrimas hacen sonreír igualmente, y no tienen más importancia los unos que los otros.

La madre de León no me maltrataba ni me reñía; la dureza y los malos procederes ostensi-

bles no hubieran convenido ni á su educación ni á su carácter, que tiene cualidades nobles; se limitaba únicamente á obscurarme: colocada entre León y yo, no dejaba venir la intimidad, á ella estaban reservados el secreto de sus negocios, las alusiones, rápidamente comprendidas, á un pasado que me era extraño, los proyectos del porvenir y las graves conversaciones, en las cuales, nunca me iniciaban. Yo estaba allí como un ídolo mudo, al que se dan trajes, joyas y flores, pero al que se juzga incapaz de concebir ó de exponer una idea; cuando yo hablaba, la madre de León me escuchaba con una sonrisa distraída; mas si me ocurría lo que ocurre á todo el mundo, enunciar una opinión atrevida ó sostener un error, me contestaba de una manera tan viva y con una ironía tan bien calculada, que yo quedaba aturdida y ya no sabía qué decir; mis defectos eran puestos en evidencia hábilmente y sin que pareciese tocar á ellos. Por ejemplo, yo no tengo la actividad devorante de las francesas, no sé ni levantarme con el día, ni trabajar, ni moverme cuando el tiempo es frío y el cielo está gris; Madama de Villiers decía dulcemente á sus amigas, en presencia de mi marido:

—Yo continúo ocupándome de todos los negocios de la casa; ¡nuestra querida Carolina es una amable perezosa, una verdadera criolla!

Otras veces y á propósito de compras para el interior de la casa, decía á León:

—No fastidies á tu mujer con esos detalles, mi querido hijo; ¿no estoy yo aquí y estaré siempre para complacerte?

Sin embargo, yo me esforzaba todo lo posible, y á falta de talentos, á falta de energía natural, tenía una buena voluntad, de la que se podía haber sacado partido con un poco de simpatía y de dulzura; era yo como las lianas de nuestro país; buscaba un sostén y hubiera quizá dado algunas flores al que me hubiera apoyado contra su corazón. Al principio no comprendía yo bien lo que pasaba al derredor de mí y me preguntaba por qué lejos de soldarse más la intimidad entre León y yo, disminuía de día en día; y cuando vi claro, cuando comprendí de dónde venía el mal, era ya demasiado tarde; probé á luchar y á reconquistar mis derechos, y naturalmente, la ternura fue mi primera arma; llamé á la puerta del corazón de León, pero éste permaneció cerrado: su primera afeción, la afeción dominante de su vida, había recobrado todo su imperio. ¿Qué era el reinado de mi primero y tímido amor al lado de veinticinco años de vigilancia, de sacrificios y de ternura apasionada de su madre?

Con toda sinceridad te lo confieso, Laurencia; yo no podía luchar contra ese culto filial, fundado en el reconocimiento sobre las más nobles virtudes, y que no permitía á León ver que su madre ni una sola vez había dejado de ser perfecta. Es cosa muy triste de confesar; con un hijo olvidadizo y ligero, yo hubiera sido dichosa quizá, y mis penas se deben á la exageración de ciertas cualidades que yo admiraba, aun sufriendo por ellas.

Nada conseguí, pues, porque mi marido no quiso oír una palabra de queja contra su ma-

dre, ni nada que se refiriese á la idea de dejarla. Quedé, pues, sujeta á mi cadena y á mi soledad; pero Dios me envió un poderoso consuelo; yo iba á ser madre á mi vez.

Mi hija, mi pequeña Julia, fue recibida al nacer por León y su madre con una tierna alegría, que borró á mis ojos el recuerdo de sus sinrazones y de mis penas. Tuve algunos meses tranquilos y dichosos, turbados, sin embargo, por la muerte de mi pobre padre; murió casi repentinamente lejos de mí, pero creyéndome dichosa. Y pareció que el que tanto me había amado me legaba su alma para querer á mi tierna hija; ella era todo para mí, Laurencia, y los sentimientos que habían sido encerrados en el fondo de mi alma, parecía como que hallaban su expansión al lado de la cuna de mi hija. Único amor que me era permitido, yo me daba á él por entero, y ella tenía el poder de hacerme olvidar tantos pesares y crueles decepciones, y hasta la pérdida de mi padre, tan bueno para mí; y puede tanto una inocente criatura que, Julia, aun sin saber hablar, envuelta aún en sus mantillas, que solo me probaba su afecto con su risa inocente, ó tendiéndome sus bracitos, encerraba para mí el mundo entero.

Yo dejaba sin pena el cetro de los negocios y de los asuntos domésticos entre las manos de la madre de León; le dejaba entera libertad, y estaba contenta con todo, con tal de que Julia estuviese buena y de que yo tuviese el espectáculo de sus juegos, y el goce de sus primeras caricias; aquellos primeros años, en que la niña pertenecía á mi sola, me han dejado

mil recuerdos deliciosos; pero á medida que Julia crecía, veía yo que otros tenían derecho sobre ella y la voluntad de reivindicarlos. Mi madre política tenía acerca de la educación ideas muy claras y muy firmes; no quería otra enseñanza que la que se da en los colegios, la que se recibe en común y esto desde los primeros años de la infancia; hallaba en esto grandes ventajas para el carácter; yo encontraba grandes inconvenientes para la delicadeza del alma, y de esta diferencia de opiniones nacieron nuestras primeras querrelas, después de un largo reposo.

Yo empleé quizá para defender mis intereses demasiada vehemencia y acaso alguna cólera; ella me opuso la calma inflexible y más dura que el granito, de que estaba armada siempre.

Después de algunos días de palabras más ó menos vivas, más ó menos acerbas, llegó uno en que León me dijo fría y positivamente que había decidido enviar á Julia á una casa de pensión, para que pasara en ella el día entero. Daba, pues, toda la razón á su madre en la cuestión que tan dolorosamente nos ocupaba. Desde este momento, Laurencia, fue una lucha abierta, y la niña, por más que sea muy triste decirlo, era el premio que nos disputábamos. Madama de Villiers, sin embargo, me la había ya arrebatado; Julia había pasado á otras manos, y hasta por la noche, cuando la niña venía á casa, que debía haberme pertenecido por entero, su abuela intervenía; me acusaba de malear su carácter por mis idolatrías, y poco consecuente con las ideas que manifestaba, buscaba el cariño de

Julia y la atraía á su partido, prodigándole mucho más que yo misma los juguetes, las golosinas y las caricias. Después de haberme robado mi bien, el corazón del padre, quería arrebatarme mi tesoro, el cariño de la hija.

Estas reflexiones, estos temores, el terror con que miraba el porvenir por el largo camino solitario donde ningún corazón quizá sería mi refugio, agriaban mi humor; yo respondía con violencia á los menores ataques, yo provocaba algunas veces disgustos, obligada por una agitación interior, y nuestra existencia llegó á ser poco á poco intolerable; ninguna ternura, ninguna tolerancia dulcificaba el interior de aquella vida. Por diferentes veces probó León á reconciliarme con su madre, pero era tarde. ¡Su voz no hallaba el camino de mi alma! Por otra parte, un temor cruel me absorbía por entero: el de que se me arrebatase el cariño de mi hija!

—¡No queréis ni podéis vivir con mi madre,—me dijo un día mi marido,—y esta es sin embargo una condición precisa de nuestra existencia, porque yo no la dejaré nunca!

—¿Estáis decidido á eso?—le pregunté.

—Sin duda, y no es la opinión del momento; yo sé lo que debo á mi madre.

—¿Y á vuestra esposa no le debéis nada?

—A mi esposa sé también lo que le debo, y por eso le propongo la vida más hermosa y más dulce, en familia y en la intimidad de mi madre, que es digna de todos los respetos.

—¡Con la que no se puede vivir!

—¡Vos sola no podéis vivir con ella!—repuso León con amargura.

— ¡A nadie le sería posible! — exclamé á mi vez. — Con vos sería muy feliz, León, si consintierais en alejaros de vuestra madre.

— ¡Jamás! — dijo con una decisión que me llenó de espanto.

La idea de una separación había germinado ya en mi mente; mi marido no quería dejar á su madre y darme la suerte ordinaria de todas las mujeres, que son señoras absolutas de su casa y reinas de su hogar, entre su marido y sus hijos; me condenaba á sufrir eternamente aquel yugo, tan dulce para él, tan intolerable para mí; eternamente estaría yo contrariada, herida, perseguida en mis deseos y en mis derechos... Este porvenir me parecía odioso, no podía aceptarlo y el rompimiento inevitable debía tener lugar, pero entre el esposo y la esposa, entre el padre y la hija.

Un día, á continuación de una disputa más amarga que todas las otras, yo pronuncié en voz alta la terrible palabra separación, que estaba siempre en el fondo de mi pensamiento. El silencio me respondió; pero al día siguiente, y después de una larga conversación con su madre, León me dijo:

Carolina, vos lo queréis, y yo no me opongo; nos separaremos, pero amigablemente y sin ruido; hago justicia á vuestras cualidades y hubiera sido muy dichoso si por atención á mi madre, á la que todo lo debo, hubierais adoptado su manera de ver y de sentir. Yo no puedo alejarme de la que me ha hecho cuanto soy, de la que no tiene más que á mí en el mundo, y si persistís...

— Persisto, si os empeñáis en no cambiar de resolución.

— Pues bien, así sea; os llevaréis á Julia; es un sacrificio que la equidad exige de mí, pero yo á mi vez exijo de la vuestra que desde que cumpla ocho años, venga en cada uno de ellos á pasar dos meses con mi madre y conmigo. ¿Queda esto acordado? ¿Os conformáis?

— Sí, — respondí.

León me tendió la mano y yo puse en ella la mía. Quizá nuestros corazones se inclinaban en aquel instante á una reconciliación, mas un obstáculo se elevaba... este obstáculo no fue posible salvarlo; ni el uno ni el otro quería ceder y nos separamos, no sin pesur quizá, pero sin vacilación.

¡Qué horas tan penosas fueron las mías desde entonces! Después de largas reflexiones, después de muchas tristes miradas á esta vasta Francia, resolví volverme á Angeres, donde mi padre tenía algunos parientes lejanos; sola en este país, en donde soy extranjera, creí hallar de este modo algo parecido á una protección, á una familia, y una mañana salí sin ruido de la casa conyugal y me vine aquí, donde vivo en una profunda soledad con mi hija y dos sirvientes: la una es una buena y fiel normanda que me ha seguido, y que sufría también con el despotismo de madama de Valliers; la otra es mi cariñosa Cora, mi hermana de leche y que se ha educado conmigo.

Mi casa es bonita; he hecho construir una pequeña estufa y cultivo en ella algunas flores de nuestro país. ¡Cómo te reirías al ver mis

áloes y mis palmeras! ¡Pero el ángel de la casa es Julia! ¡Es mi rayo de sol, mi pensamiento continuo, mi cuidado de todos los instantes! Quiero educarla bien y cultivo para ella mi espíritu y mis pequeños talentos; trato de hacerle amar á Dios, pero creo que por caro que me sea este deber, no basto yo para llenarlo sola; por esta causa he formado el proyecto de llamar en mi ayuda á mi antigua institutriz, la buena señorita Ester de la Rochette. Conozco su corazón, sus principios y me inspira la más completa confianza.

Ya sabes mi historia, querida Laurencia; he acusado á los otros, pero no me creo exenta de culpa; mi carácter no ha sabido doblegarse, y si madama de Villiers ha tenido falta de condescendencia y mi marido falta de firmeza para sostener mis derechos, que eran también los suyos, yo he tenido falta de paciencia y quizá de humildad; reconozco mis sinrazones, pero tampoco los veo á ellos puros de todo reproche.

Sin embargo, León es más excusable que su madre, y yo comprendo el sentimiento que ha dictado su conducta; nunca un hijo ha debido más á la que le ha dado el ser; pero tampoco ningún hijo ha hecho más grandes sacrificios al culto filial.

Yo te abrazo, mi querida Laurencia, y te ruego que me escribas y que me des noticias de la isla de Borbón y de todos los tuyos; eres dichosa, y créelo, el cuadro de tu felicidad me será dulce.

Te remito un pequeño retrato, hecho al lápiz, de mi Julia; verás por él que se parece poco á

tu amiga: tiene los ojos, la tez y los cabellos de León.

Adiós, Laurencia, nunca te olvida tu hermana adoptiva. En tanto que viva te amaré, y mi corazón se acordará siempre de tí y de nuestra patria.

Tuya con el alma, tu amiga,

CAROLINA DE VILLIERS.

Vistas desde lejos, nuestras faltas y nuestras desgracias se iluminan recíprocamente, y la joven madama de Villiers reconocía de una manera implícita que un poco más de paciencia y un poco menos de orgullo, hubieran hecho aceptable una situación que, como todas las cosas humanas, tenía su lado defectuoso. Mas el pesar que sentía lo dejaba ver sin saberlo; ninguna idea de arrepentimiento se había dibujado en su mente, y concentrando todas sus facultades y todos sus pensamientos en un solo fin, se dedicó por completo á su pequeña Julia, amor con que sustituía los otros amores, deber queriendo que suplía á todos los deberes.

II

Julia.

El séptimo año de la vida de aquella criatura tan amada acababa de transcurrir. La hija de León de Villiers entraba en lo que se llama la *edad de la razón*, edad que se manifiesta en casi todos los niños por un aumento sensible de caprichos; mas esta brisa tempestuosa había pasado sobre ella sin azotarla: no era la niña perfecta; pero había heredado de su padre el temperamento tranquilo, los nervios pacíficos y esas sensaciones un poco lentas que no conocen las cóleras bruscas, ni los deseos repentinos, ni la inconstancia en los placeres y en las amistades. Su madre le había transmitido la facultad de amar, mas sin la firmeza altanera que había hecho la desgracia de su vida, y Julia, tranquila, cándida, amante, crecía sin que la edad cambiase su indole pacífica. El alma de esta niña parecía impregnada de bondad; el don más precioso que Dios concede, el amor hacia los otros, daba un dulce brillo á sus ojos y á su sonrisa: Julia amaba todo lo que encerraba su círculo familiar; su madre an-

tes que todo. Cora, que jugaba también con ella; la normanda Ursula, que no sabía jugar sino reñir con frecuencia; los aldeanitos que llevaban á vender la leche y las frutas, el perro negro, la cabra, los bengalis, que madama de Villiers criaba con mucha pena en una jaula dorada: todos los seres vivientes, compañeros de su vida tenían un sitio en aquel corazón infantil, y no obstante, Julia no era una de esas joyas, de las que hacen su más bello adorno las madres jóvenes y elegantes, como lo era la suya.

Su inteligencia parecía adormecida; no se podía citar ninguna réplica aguda, ninguna palabra viva y á tiempo, escapada de su boca; no sabía recitar fábulas ni estaba adelantada en ningún estudio; los esfuerzos de su madre habían alcanzado solamente á hacerla deletrear. Julia sabía además las primeras respuestas del catecismo, mas apenas conocía las notas en el piano, y no tenía la menor idea de la historia, de la geografía ni del cálculo; sus deditos inhábiles no habían podido deblegarse á ningún trabajo de aguja; en una palabra, Julia, al ir á cumplir los ocho años, era muy ignorante.

Esta idea hacia estremecer á madama de Villiers; el padre y la abuela iban á entrar en la posesión de sus derechos; muy pronto Julia iría temporalmente á su lado, y la ignorancia infantil en que vivía sorprendería sin duda alguna á los que esperaban de aquella linda flor otra cosa que caricias y perfumes. Carolina recordaba las opiniones de su madre

política y sus exigencias en cuanto á la educación y creía escuchar aún estas palabras que tantas veces habían resonado en sus oídos:

—Una mujer distinguida no debe ignorar ningún deber ni desconocer ninguna habilidad; debe tener conocimientos sólidos y talentos agradables; y una educación no es completa cuando no hace á la mujer propia á la vez del interior de la casa y del salón.

¡Magnífico programa que Carolina no había realizado, y que Julia parecía aun menos propia á realizar! De lejos, á través del tiempo y de la distancia, madama de Villiers prevenía las críticas, las burlas, las observaciones punzantes y frías como el acero, que excitaría la ignorancia de su pobre hija y que recaerían sobre ella, añadiendo así un cargo más á tantos con que la habían abrumado. Hay algunas almas que sufren hasta de la sombra de una acusación por lejana, por ligera que sea, y que tienen necesidad para respirar, de que la dulce benevolencia acoja sus actos y sus palabras. Madama de Villiers era uno de esos espíritus delicados y quisquillosos, sobre todo para los que aman, y sufría mucho pensando en las reflexiones que Julia suscitara en los que tenían sobre ella un derecho imprescriptible, á los que su vida moral no podría ser indiferente.

El instante fatal se aproximaba; una carta breve de madama de Villiers, madre, había anunciado que se esperaba á la niña en Caen el 1.º de agosto. Carolina no podía ya esperar

adornar aquella memoria rebelde, abrir aquella inteligencia adormecida, y no había más remedio que resolverse á enviar á Julia tal como estaba, con su inocencia y su bondad nativas, pero sin ningún adorno extraño.

La niña no se inquietaba; en vano se la había dicho que iba á ver á su padre y á su abuela; estos nombres apenas tenían sentido para ella; ya una ligera niebla velaba á sus ojos los recuerdos de su primera infancia; el horizonte actual era el único que conocía, y por otra parte, una preocupación inmediata la absorbía, la de la llegada de su institutriz, retardada desde hacia seis meses, y que llegó al fin, tres días antes de la partida de Julia para Caen.

La señorita Esther de la Rochette, pasaba de cuarenta años: había trabajado mucho, porque hacía veintidos que ejercía con el celo de una ardiente vocación las penosas funciones de institutriz; desde hacia veintidos años empleaba vida, fuerza y calor en abrigar almas infantiles, en animarlas con el hálito de la vida inteligente, en prodigarles la luz y la savia: había sufrido mucho porque aquellas niñas por las que se había gastado, la habían visto partir con indiferencia, y habían olvidado la nodriza de su alma, más pronto que la que les había dado el pecho y las había adormecido con sus cantos en la cuna; había sufrido, porque se hallaba sola, ¡sola en este vasto mundo! Sus padres, por los que había trabajado con tanta alegría, habían muerto; un joven hermano, de

quien era el único apoyo y que era su esperanza, había sucumbido á la fatiga de los estudios civiles; desde hacia algunos años no estaba unida á nadie por los lazos de la sangre, y así fue que acogió con alegría la proposición de madama de Villiers, que reanudaba así los lazos del pasado y le evitaba la pena de ir á llamar á la puerta de casas extrañas y de estudiar caracteres desconocidos. Una enfermedad la detuvo durante algún tiempo; pero llegó al fin, contenta y llena de confianza, y vertió lágrimas de alegría y de expansión al abrazar á Carolina, á la que había dejado en el umbral de la juventud y á la que hallaba mujer desgraciada, madre inquieta y que depositaba en sus brazos, como en los de otra madre, la niña, que iba á ser para las dos.

Julia miró durante largo rato á la señorita Esther; parecía como que estudiaba con recogimiento todas las líneas de aquel semblante serio y bueno. Después enlazó los brazos alrededor de su cuello y le dijo en confianza:

—¡Os querré mucho!

—¡Y yo también! — dijo la institutriz besando á su vez la fresca carita de la niña; — pero, Julia, ¿sabéis para qué vengo aquí?

La niña puso un dedito sobre sus labios y no respondió.

—Es para daros lecciones, querida mía: aprenderemos juntas muchas cosas muy bonitas... ¿queréis?

—Eso no me divertirá, — respondió Julia

con tono serio. — más me gusta correr por el jardín con Cora y Blach, ó vestir mis muñecas cerca de mamá, cuando ella está sentada en la estufa bajo los hermosos árboles de su país.

— Es vuestra mamá quien desea que os instruyáis, y vos le daréis mucha pena si seguís en vuestra ignorancia.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente.

—¿Y cómo haré? Yo voy á ir pasado mañana á casa de mi papá, muy lejos, muy lejos de aquí... ¿vos, no venís conmigo, señorita?

—No, hija mía, mas cuando volváis de Caen, estaré aquí y empezaremos. ¿Querréis ser buena y docil?

— Para complacer á mamá y á vos, si, — dijo la niña como si comprendiese toda la gravedad del compromiso.

Durante dos días nada se habló de estudios: se ocuparon en instalar á la señorita Esther y en hacer los últimos preparativos para el viaje de Julia: el momento temido había llegado: la niña iba á partir, escoltada por Ursula que merecía completa confianza. La pobre criatura recibía asombrada y temerosa los abrazos apasionados de su madre, á la que dijo al fin:

—Mamá, la señorita Esther dice que no debo causarte penas: si te aflige el que me vaya, me quedará. ¿Quieres?

—¡Ay! ¡No es posible, — sollozó Carolina estrechándola aún contra su seno, — hija mía,

es preciso partir! ¡Mas piensa en mí! ¡Piensa en tu pobre madre!

Julia no comprendía, pero esta escena la conmovió profundamente: sollozaba con desconsuelo cuando Ursula, equipada de sus más bellos atavíos normandos, la tomó en sus brazos diciendo á Carolina:

—Vamos, señora, es preciso ser razonable: ¡no tengáis cuidado por la niña, que yo voy con ella!

—¡Ursula! Tu me escribirás, ¿verdad?— exclamó madama de Villiers estrechando entre las suyas blancas y delicadas, la gruesa mano de la cocinera.

—¡Estad tranquila, os digo! ¡Vamos nena mía, vamos, salgamos ya!

Ambas subieron al carruaje; la niña al ver el llanto de su madre, gritó:

—¡Yo quiero quedarme con mamá!

Mas el coche partió al gran trote y madama de Villiers, abatida, desalentada, se refugió en la estufa, donde permaneció sola durante todo el día; no se atrevía á entrar en la casa, teniendo ese vacío de la ausencia, que se parece tanto al lúgubre frío de la muerte.

Por la noche volvió á su cuarto, pasando por el de Julia; la señorita Esther estaba sentada delante de la mesa; lápices, cartones y dibujos estaban esparcidos alrededor suyo; al ver á madama de Villiers, levantó la cabeza.

—Perdonadme, — dijo ésta, — perdonadme, amiga mía, el que os haya dejado sola

durante todo el día; hubiera sido muy desagradable compañía.

—Yo he estado con vos y con vuestra hija, y he aquí la prueba, — respondió la señorita Esther levantándose y poniendo ante los ojos de madama de Villiers el bosquejo que acababa de terminar.

Era un retrato de Julia, rápidamente ejecutado, pero de un parecido asombroso; la cabeza sola estaba reproducida como la de esos ángeles que los pintores colocan en las glorias de sus cuadros, y revivía bajo el lápiz con su hermosa frente bien modelada y llena de promesas; sus ojos, de un azul obscuro, á los que largas pestañas, negras, daban tanta dulzura, y la impresión ingénnica y acariciadora de su semblante, que parecía decir á su madre estas palabras, escritas bajo el retrato:

¡Pronto volveré!

—¡Qué alegría me dais!— exclamó madama de Villiers fijando sus ojos enagenados en aquella dulce imagen. — ¡Querida amiga, habéis comprendido todo lo que esta niña es para mí! ¡Recibid toda mi gratitud!

—Yo la amo también, — dijo dulcemente la señorita Esther, — y entre las dos la educaremos.

—¡Con tal de que no la cambien allí! ¡Que no me quiten su corazón!— exclamó Carolina dejando ver el fondo de su pensamiento.

—Su corazón es bueno y amante; nosotros le volveremos piadoso, y le daremos á

Dios, para que después de él, sea todo de sus deberes y de sus afectos.

— ¡Es una posición tan difícil la de esta niña! — continuó madama de Villiers siguiendo el curso de sus ideas. — Entre un padre y una madre... ¿á quién elegirá?

— Amará á los dos, sin juzgar á ninguno.

— Yo no temería ser juzgada, si lo fuera con equidad, — repuso Carolina con alguna altivez, — nada tengo que reprocharme, y dejo á los demás los remordimientos del pasado.

La institutriz dejó apagar la centella de cólera que brilló por un instante en los grandes y hermosos ojos de Carolina, y tomando su mano le dijo dulcemente:

— Hagamos nuestra plegaria de la noche y oremos en ella por Julia. ¡Que Dios y sus ángeles la conduzcan y nos la devuelvan!

III

Nuevos personajes.

La noche, que llega presto en el mes de agosto, había cerrado ya; cuando la silla de posta, que encerraba á Ursula y á Julia, entró en el patio de la casa de los señores de Villiers, en Caen.

Julia se había adormecido con el movimiento del carruaje; su cabecita estaba apoyada en el hombro de la criada, la que interrogaba con una mirada curiosa, y á la luz de los reverberos de las calles, las casas, que le eran bien conocidas, y se esforzaba en descubrir rostros amigos en las gentes que regresaban de paseo.

Un resplandor vino á herir los ojos de Julia y se los hizo abrir, hallándose á la puerta de una casa bien alumbrada; algunas personas se movían delante de ella; un hombre la tomó en sus brazos, la llevó al interior de la casa y la estrechó contra su seno, repitiendo:

— ¡Julia, Julia! ¡Hija mía!

La niña no conocía á aquella persona que subió la escalera con ella, siempre prodigándole caricias, que asombraban mucho á Julia. Entrando por fin, en una sala, depositó su dulce carga sobre las rodillas de una señora anciana, diciendo:

— ¡Aquí está, en fin!

La señora, que no era otra que madama de Villiers, rodeó con sus brazos el pequeño cuerpo de Julia, y la estrechó como un tesoro perdido y recobrado, en tanto que León, arrodillado al lado de su madre, besaba las pequeñas manos que tenía cautivas. Mas aquellas caricias apasionadas, aquellos semblantes desconocidos, aquel aposento extraño para ella, aquella atmósfera que no era la suya, causaron á la niña uno de esos espantos súbitos que á su edad se traducen por

gritos y lágrimas. Julia prorumpió de súbito en sollozos mezclados con gritos suplicantes y doloridos.

—¡Mamá! ¡mamá! ¿dónde está? ¡yo quiero ir con mi mamá! ¡yo quiero irme de aquí en seguida!

Madama de Villiers y su hijo trataron de calmar su desesperación; pero besos y palabras fueron ineficaces para el dolor obstinado de la niña: pugnaba por deslizarse del regazo de su abuela, separaba con sus manitas los brazos que la rodeaban, y era visible que en aquel cerebro infantil tenía lugar todo un drama. Julia creía á su madre perdida, muerta, alejada para siempre, y ella misma abandonada para siempre también á gentes desconocidas. Su gran temor podía solo explicar su gran cólera, cólera de cordero irritado, que quiere ver á la oveja su madre y da al pastor furiosas topetadas.

—¡Mamá!—repetía Julia.

—Ya la volverás á ver,—le dijo su padre,—sé buena, querida mía: ¿quieres cenar aquí, al lado de esta otra mamá, que te ama mucho?

—¡No, no quiero! ¡yo quiero á mi mamá! León miró á su madre con aire desolado.

—¿Qué hacer?—decía aquella mirada.

Madama de Villiers puso á la niña en el suelo, fue hacia la chimenea y tiró de la campanilla.

—Que venga Ursula, la criada que ha acompañado á mi nieta,—dijo.

Un instante después, hizo Ursula su apa-

rición, ante sus antiguos señores, con aire mitad tímido y mitad uraño.

—¿Queréis acostar á Julia después de hacerla cenar?—preguntó Madama de Villiers.

—Sí, señora... ¡Válgame Dios, y cómo grita, y qué sofocada está!

Julia, al apercibir la ancha cara de la cocinera, corrió hacia ella y se ocultó en su delantal como en un lugar de refugio.

—¡Llévame!—le dijo bajito y entre sollozos.—Vamos con mamá, ¡pronto! ¡pronto!

—Sí, hija mía, sí,—dijo la cocinera con acento dulce.—Venid conmigo para cantar la nana desde luego,—venid...

La niña se asió con todas sus fuerzas al vestido y á la mano de Ursula, y sin volver la cabeza, se dejó llevar, tranquilizada en parte por aquella voz y aquella figura conocidas. Todavía lloró un poco, comió apenas, y abrumada de fatiga se durmió sobre las rodillas de la criada, quien la llevó dulcemente al lecho, y poseída de un gran sentimiento maternal, se dijo mirándola dormir:

—¡Si la pobre señora la viese!

Al día siguiente, un sol brillante dejaba pasar su oro líquido á través de las cortinas blancas y rosadas del cuartito de Julia; mil átomos danzaban en un rayo de luz; todo brillaba y reía, cuando Julia abrió sus grandes ojos, aun cargados de sueño.

Un hombre estaba sentado á la cabecera de su lecho: ésta le vió, volvió la cabeza con aire asustado, la separó para mirar otra vez,

y cuando él se inclinaba para besarla, la niña no opuso resistencia.

— ¡Hija mía! ¡mi Julia! ¡mi ángel! — repitió León: — ¿no me conoces?

— Me han dicho que venía á ver á mi papá... ¿sois vos?

— ¡Soy yo, sí, tesoro mío! ¡mirame! ¡abrázame!

Las caricias del padre eran tan tiernas, su voz tan buena y tan dulce, que la niña no tuvo ya miedo: solo antes de abrazarlo le preguntó ingenuamente:

— ¿Volveré á ver á mamá?

— ¡Sí, hija mía, ciertamente; pero abrázame bien.

El pacto fue sellado, y ya no miró Julia á León como á un desconocido.

Cuando Julia estuvo vestida, la llevaron al cuarto de su abuela. Esta, que había pasado la noche en reflexiones nada alegres, tomó al verla un semblante serio y frunció ligeramente el ceño.

— Y bien, Julia, — dijo, — ¿has sido hoy buena?

— Sí, señora, — respondió la niña con voz balbuciente.

— ¿Por qué me llamas señora? ¿No sabes quién soy yo?

León había tomado á la niña en sus brazos, y le murmuraba al oído:

— Sí, lo sé, mi abuelita.

Julia repitió dócilmente estas palabras, y cediendo al movimiento que le imprimía su padre, inclinó su rostro un poco inquieto,

pero dulce, hacia el semblante digno y severo que le inspiraba cierto grado de terror.

El atractivo de la infancia y de la inocencia es muy poderoso, y madama de Villiers no pudo ver de cerca aquellos ojos profundos, cariñosos y cándidos sin sonreírles y sin besarlos.

Un instante después Julia se hallaba establecida en el comedor, donde estaba servido el desayuno: comía con apetito y respondía sin espanto á las preguntas de su abuela y á los alegres cariños de su joven padre; todas sus palabras tenían tal sello de inocencia infantil, que la señora de Villiers se sorprendió y no pudo menos de decir á su hijo:

— ¡Me parece que está muy atrasada!

— ¿Y qué importa? — respondió aquel. — ¡Que siga siendo niña, ignorante, afectuosa, como es hoy! ¡Yo la encuentro deliciosa así! Ven, querida mía, — continuó levantando á la niña y llevándosela en brazos: — ven á ver tu regalo de bienvenida; juega, diviértete; puedes hacer todo lo que quieras en casa de papá.

Llevóla á su gabinete y le enseñó á lo lejos sobre las mesas y encima de sus libros y de sus manuscritos, una inmensa cantidad de juguetes, todos ricos y brillantes que arrancaron á Julia un grito de alegría; creía poseer todos los tesoros de la tierra.

Mientras que se apoderaba de ellos, su padre la miraba con delicia ir y venir de aquí allá, dejando escapar como un gorgojo de pájaro, á cada descubrimiento que hacía de

una cosa nueva, y dando á hurtadillas un buen beso á la lana de su cordero, á las mejillas rosadas de una muñeca, levantando de vez en cuando sus ojos, aun tímidos y diciendo:

— ¡Gracias, papá!

Durante este tiempo, madama Villiers murmuraba:

— ¡Esta es la obra de Carolina! ¡Una muchacha de ocho años que tiene menos entendimiento que una niña de cuatro! bien la reconozco aquí á ella y á su indolencia criolla! Es lástima, sin embargo, porque la criatura es encantadora, tiene los ojos y los cabellos de León y sus maneras, cuando era él de su edad.

La anciana señora hubiera deseado enojarse un poco contra la hija de Carolina: más ¿cómo hacerlo? Toda la infancia de León, los más hermosos recuerdos de su vida, dedicada al amor maternal, invadían su corazón con la voz, la postura y el rostro de Julia; esta semejanza la desarmaba; sin embargo, al día siguiente hizo una prueba.

Cuando Julia estuvo instalada á su lado, abrió el cajón de su mesa de labor y sacó algunos lindos volúmenes muy bien encuadernados: diciéndole:

— Ayer has tenido el regalo de tu papá; éste es el mío: ¿sabes leer, Julia?

— Sí, abuelita, — respondió la niña vacilando.

— Lee, pues.

El dedo de la abuela indicaba las líneas:

la niña vaciló: se turbó á la vista de este libro que no le era familiar; deletreó penosamente, recorriendo las sílabas, y leyó, en fin, con gran esfuerzo el título del volumen.

ROSA Y GRIS GRAVE Y ALEGRE.

— Bien, — dijo la abuela, — toma, querida mía; mira las estampas.

— ¿No leo ya más, abuelita?

— No, por ahora, no.

— ¿Te imaginabas que no supiera ni aun leer de corrido? — dijo madame de Villiers á su hijo, cuando éste volvió á casa, y mientras la niña jugaba algo separada: ¡es justamente lo que yo esperaba de Carolina! ¡Su hija tiene ocho años, y no sabe lo que los niños más pobres aprenden á los cuatro en los bancos del Asilo! ¡Que no nos la hayamos quedado con nosotros!

— ¡Eso no era posible, madre mía! Carolina no me había dado esos motivos de queja grave que me hubiera permitido arrebatarme la ducación de su hija.

— ¿Mas cómo remediar el mal? ¿estará condenada esta pobre niña á una ignorancia completa?

— Dejemos obrar al tiempo, nada se ha perdido todavía, — dijo León, que tenía por su hija un sentimiento de indulgencia, que no había por cierto prodigado á su mujer; — ¿quién sabe? una vez que empiece á instruirse, quizá adelante más de lo que esperamos.

— Acepto el augurio, — dijo madama de

Villiers, recostándose en su sillón con aire disgustado y poco convencido.

En tanto que hablaban así madre é hijo, Julia lloraba silenciosamente: había oído todo el diálogo precedente, y había comprendido que acusaban á su madre: esto bastaba para hacerla derramar lágrimas.

—Mi pobre mamá, pensaba, me hacía leer todos los días, ¡pobre mamá! y papá la defien te... ¡yo lo oigo bien!

La pobrecilla lloró largo tiempo en silencio: aquel pequeño corazón, que no conocía el olvido, se oprimía al recuerdo de su madre ausente y de sus lecciones llenas de caricias; pero ni madama de Villiers, ni León, al ver sus ojos encarnados, adivinaron la causa de su pena: esforzaronse en distraerla y alegrarla, y aunque Julia guardaba la conversación pasada en un rincón de su memoria, se dejó consolar y volvió bien pronto á la dulce y tranquila alegría que hacía el fondo de su dichoso carácter.

Los reyes pacíficos hacen también conquistas. Julia, sin esfuerzos, sin réplicas agudas ó graciosas, conquistó no solamente á su padre, sino también el corazón más rebelde de madama de Villiers: ésta no supo resistir al ascendiente de la inocencia del candor, y sobre todo á la rara semejanza de la niña con su padre, parecido que tanto ascendiente tenía en el alma de su abuela. La mirada de Julia era más poderosa que las flechas de Cupido, porque atravesaba de parte á parte un corazón que no se dejaba

enternecer con facilidad. Madama de Villiers perdonó, pues, á Julia desde luego el ser hija de su madre y después el no ser un prodigio: los ojos, la sonrisa y la voz de aquel pequeño ser habían operado esta conversión prodigiosa.

El plazo fijado para volver al lado de Carolina tocaba á su fin, cuando un día le dijo su padre:

—Julia, mañana conocerás un nuevo amigo: mi pupilo Jorge Loredan viene á pasar las vacaciones á nuestra casa y jugará contigo.

—Bien, papá,—repuso Julia, que no comprendía lo que quería decir la palabra pupilo.

Al día siguiente y á la hora de la comida, León entró conduciendo de la mano á un hermoso muchacho que podría contar trece ó catorce años, que vestía el uniforme de un pensionista, que llevaba suspendidas del brazo muchas coronas de laurel, de esas que hacen la gloria de las madres y de las hermanas.

—¡Aquí os traigo un triunfador!—dijo monsieur de Villiers, llevando el escolar hacia su madre: —primer premio de literatura, de narración francesa y de historia: nota de *excelente* y *accèsit* en matemáticas, geografía y dibujo.

—Buenos días y en buen hora sea, Jorge,—dijo madama de Villiers, que se levantó presurosa y fué á besar al niño en la frente. Y volviéndose á la niña, prosiguió:

—Aquí tienes un amigo, Julia, saludale.

—Bienvenido, Jorge,—dijo la amable niña, alargando su pequeña mano, que el escolar recibió y estrechó.

—Es mi pupilo; mi segundo hijo, ¿no es verdad, Jorge?—dijo afectuosamente León.

—Sí, señor,—respondió conmovido el adolescente;—ya sé lo que valen vuestras bondades.

—Dame, hijo mío, dame tus coronas, y yo las pondré en lugar seguro,—dijo madama de Villiers.

El adolescente obedeció, mas de repente prorrumpió en lágrimas.

—¡Cuánto deseaba ofrecérselas á mis padres!—exclamó.—¡Oh, señora, dejadme una para que mañana pueda llevarla á su tumba! No he vuelto desde el día desgraciado que...

Su voz se ahogó en lágrimas y no pudo concluir.

Julia tomó de las manos de su abuela una de las coronas, y dijo:

—Toma, Jorge, la llevaremos los dos mañana.

Monsieur de Villiers la tomó en sus brazos, la besó muchas veces y dijo á media voz á su madre:

—Si su inteligencia no está adelantada, no sé puede decir lo mismo de su corazón.

La comida fué silenciosa; el huérfano respondía con dulzura á las atenciones de los señores de Villiers y á las de su nueva amiga, que se ocupaba de él con una simpatía tranquila y llena de respeto por su dolor.

Al dejar la mesa, Jorge fué á sentarse bajo el gran sicomoro del jardín.

—Dejémosle,—dijo León á su madre;—el pobre niño tiene necesidad de reposo; la muerte de su padre le ha aterrado; yo estoy asombrado de que haya podido tomar parte en los ejercicios.

Julia le miró durante largo rato por la ventana; en fin, llamando á todo su valor, reunió en su delantal sus más lindos juguetes y sus bonitos libros, ¡ay! bien intactos; bajó al jardín y se sentó al lado de Jorge en el césped. El adolescente volvió hacia ella sus ojos, cansados de llorar.

—Estáis triste; ¿por qué, por qué?—dijo dulcemente Julia.

El niño señaló al lazo de crespón que rodeaba su brazo.

—¡Yo no tengo padre ni madre!—dijo con voz sofocada.—¡Ah! ¡vos no sabéis, Julia, lo que es no tener padre!

—¿No tenéis papá?

El niño contestó negativamente.

—¿Ni mamá? ¡Eso es peor! ¡Es tan buena una mamá!... ¡Oh! ¡pobre, pobre Jorge!

Sacerdotes sábios, amables profesores, amigos fieles, habían consolado á Jorge por la muerte precoz de sus padres; mas las lágrimas que vió caer de los ojos de Julia le enternecieron mucho más.

—Mamá murió ya hace largo tiempo,—dijo Jorge;—apenas la he conocido; mas mi padre, que era tan bueno, tan tierno para mí... ¡Y ahora solo en el mundo!...

—¡No, Jorge, no estáis solo! ¿No es mi papá vuestro grande amigo?

—Es mi tutor, y era el amigo íntimo de mi padre.

—Ya lo véis; la casa de papá es la vuestra, y nosotros os amamos: mirad, yo traía todo esto para vos.

Julia desocupó su delantal sobre el césped; el escolar tomó un libro, le abrió y dijo con cierto pesar:

—Son para los niños pequeños.

—Sí, para mí; pero aún no se leer muy bien.

—¡Cómo! ¡a vuestra edad, Julia!

—Mamá me daba lección todos los días, pero no me entraba en la cabeza; ¡es bien difícil!

—¡Difícil! ¿pues y el griego? ¿y el latín? Eso es algo más árduo; es preciso aprender á leer, Julia; ¿queréis que yo os enseñe?

—Sí, quiero; pero antes es preciso que nos paseemos; ¡tenéis el aire tan fatigado! Venid conmigo á echar pan á los peces de colores.

Jorge cedió á la dulce insistencia que le atraía, á la dulce mano que le llevaba, y dócilmente reconoció el jardín, visitando el palmar, el estanque y el bosquecillo, asombrándose, el tan buen estudiante y tan sábio en temas, de hallar tanto encanto en la charla de una niña. La bondad nativa de Julia ejercía su magia allí como en todas partes, y Jorge se dijo al terminar el día:

—No tiene quizás gran talento; ¡pero qué

buenas es, y qué consoladora! ¡si yo tuviera una hermana como ella!

El escolar debía pasar las vacaciones en casa de su tutor, y durante quince días, vivió con Julia como con una hermanita querida. El humillaba su dignidad de estudiante hasta jugar á lo que Julia quería, mas exigía en cambio media hora de estudio y de atención, que Julia acordaba dócilmente. Resultó de esto, que Jorge, sin olvidar su pena, consiguió distraerla algún tanto, y que Julia, sin hacer grandes esfuerzos, llegó á leer correctamente; cambio de servicios, de consuelos y de amistad, que ligó estrechamente sus almas.

—Ya no volveréis hasta dentro de un año, Julia, y ¿qué haré yo sin vos?—preguntó un día Jorge.

—Es preciso que me vaya,—respondió la niña:—mamá piensa en mí sin cesar; estoy segura.

—Tú estás muy contenta porque vas á dejarnos,—exclamó madama de Villiers con alguna amargura.

—¡Oh, no, abuelita!—exclamó Julia con una expresión que nacía del alma; y abrazando á su abuela, luego añadió:

—¿Por qué no puedo estar con todos á la vez, con todos reunidos?

Madama de Villiers se ruborizó algún tanto, volvió á tomar su calceta y no dijo nada.

La hora de la partida llegó, en fin. Ursula, encantada de haber vuelto á ver á sus amigas, encantada de dejarlas, estaba pronta; la

silla de postas estaba enganchada, los cofres cargados, y Julia pasaba de unos brazos á otros, recibiendo los besos de despedida.

—¡Adiós, hija mía! sé buena y piensa en nosotros.

—¡Si, abuelita! yo hablaré de vos á mamá todos los días.

—¡Hija mía! ¡mi ángel adorado! ¡qué triste es dejarte marchar!

—Ven, papá, ven con nosotros; hay sitio en el carruaje y mamá no se enfadará por eso.

—¡Hija de mi alma!

—¡Adiós, mi buen Jorge!

—Hasta dentro de un año, Julia.

El postillón restañó el látigo y los caballos salieron del patio de la casa de Villiers entre las lágrimas de todos, y tomaron el trote largo.

¿Quién podrá pintar la alegría con que Julia fue recibida en casa de su madre? Aquellos dos meses pasados en el silencio, en la ausencia, sin otra distracción que los incoherentes garabatos de Ursula, habían parecido á Carolina dos siglos de angustia; todos los peligros que puede concebir la imaginación de una madre para la hija alejada de ella, se le habían representado durante los días y las noches; las cartas de la cocinera, esperadas con tanta ansiedadd, decían tan pocas cosas, y las decían tan mal...

—¡Dicen que está muy buena!—exclamaba Carolina;—¿pero estará agena de peligros?

—¿De qué peligros?—preguntaba mademoiselle de la Rochette.

—¡De mil! hay un estanque y se puede caer en él!... ¡si rodase por la escalera de piedra! ¡si la dejan salir sola á la calle entre los carruajes y los caballos! ¡yo no sé qué imaginar ni qué temer!

—¡Lo veo, desgraciadamente! Poned vuestra confianza en Dios, querida Carolina.

—Me atormentan además otros temores: ¿le hablarán mal de mí? ¿Me robarán su cariño?

—Concedéis á monsieur de Villiers y á su madre sentimientos elevados; ¿cómo acordarlos con semejantes suposiciones?

—¡Es verdad! ¡Estoy loca; pero soy muy desgraciada, perdonadme!

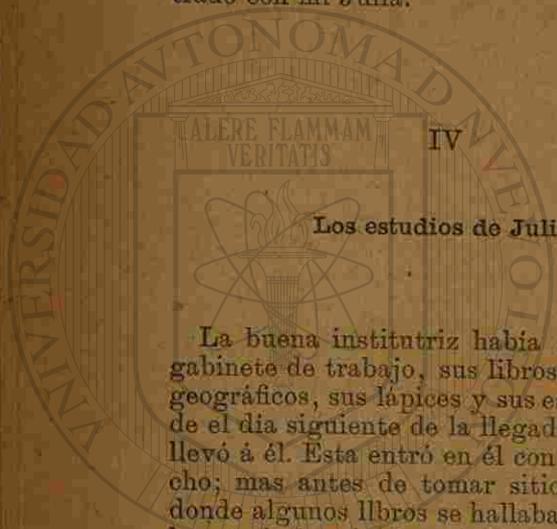
Desde que Julia llegó, desde que hubo abrazado á su madre con gritos de alegría, aquella sintió que no había perdido nada y que el corazón de su hija, enriqueciéndose con afecciones nuevas, nada había perdido para ella: el tesoro volvía entero.

—¡Mi Julia no ha cambiado, es la misma!—decía por la noche la joven madre á la señorita Esther,—y no obstante, ama con ternura á su padre y á su abuela; habla de ellos con complacencia y veo que han sido muy buenos para ella.

—¡Tanto mejor, mi amada Carolina! Me asusta lo que es demasiado exclusivo; el alma humana es espaciosa y puede alojar y amar más de un objeto á la vez.

—¡Ah! no tengo celos, y encuentro justo

que León sea amado de nuestra hija. Os aseguro, amiga mía, que pienso en él con más dulzura desde que sé cuán amante se ha mostrado con mi Julia.



Los estudios de Julia.

La buena institutriz había arreglado su gabinete de trabajo, sus libros y sus mapas geográficos, sus lápices y sus esferas, y desde el día siguiente de la llegada de Julia, la llevó á él. Esta entró en él con aire satisfecho; mas antes de tomar sitio en la mesa, donde algunos libros se hallaban esperándola, atrajo á su institutriz hacia un sillón, subió á sus rodillas y le dijo con tono de íntima confianza:

—Señorita, tengo que deciros una cosa.

—¿Y qué es, hija mía?

—Que me hagáis trabajar mucho; que deseo mucho aplicarme á escribir, á aprender la doctrina, el piano, el bordado, la costura, ¡todo, en fin!

—Está bien; pero me han dicho, Julia, que antes no amábais el trabajo: ¿es verdad?...

—No me gustaba cuando era pequeña, pero ahora he comprendido una cosa...

—¿Y qué es, mi amada niña?

—Os lo diré, pero á vos sola. Yo no sabía apenas leer, hasta que Jorge me dió algunas lecciones... y un día oí á mi abuelita que culpaba á mamá de no haberme enseñado mejor... Esto me dió mucha pena, porque mamá se tomaba mucho trabajo para enseñarme, y desde entonces me dije que era preciso aprender.

—Está bien, hija mía, —dijo la señorita de la Rochette, —yo os haré trabajar á fin de que vuestra abuelita quede contenta de vos.

—Lo que yo deseo más es poder escribir á papá; él me lo ha encargado mucho.

—Desde hoy vamos á empezar á aplicarnos.

Los progresos de Julia fueron lentos, aunque su voluntad fuese muy constante. Sumamente á mademoiselle de la Rochette los cuidados y el honor de esa educación, se había reservado las lecciones de escribir y los ejercicios de memoria, y al cabo de cuatro meses, al año nuevo, Julia escribió á su padre su primera carta, acontecimiento grave en su vida de niña; la carta decía así:

Mi querido papá:

Esta es la primera carta que escribo en mi vida y es para vos, para deseáros un buen año y para deciros que os abrazo con todo mi cora-

zón. Mamá es quien me enseña á escribir; aprendo además muchas cosas con mademoiselle Esther, pero adelanto poco.

Os amo mucho y lo mismo á mi abuelita, á quien envió un tapete para lámpara que yo he hecho, es decir, solo el fondo, pues la señorita ha bordado las flores.

Yo os abrazo, papá y abuelita, y también á mi amigo Jorge. Esta carta la he escrito yo sola. Vuestra pequeña

JULIA.

León respondió á esa epístola con una carta de cuatro páginas, toda llena de expresiones de ternura y de bellos proyectos para el futuro viaje de Julia á Caen.

Carolina la leyó con un suspiro; cada vez que las cualidades distinguidas de su marido, cada vez que su carácter afectuoso se presentaba á su memoria, echaba de menos, no el pasado, que á sus ojos nada tenía de bello, sino la felicidad que hubiera sido posible, si sus dos almas se hubieran entendido. ¡Amargo pesar! ¡la tierra prometida estaba allí! ¡una nube le había ocultado el camino! ¡Iba ya á enclavar el áncora en el puerto, una vela se rompió, y el barco quedó flotando y sin llegar á él! ¡Iba á ser dichosa! ¡Un pequeño obstáculo se levantó entre sus corazones y ya no había en perspectiva más que una vida solitaria! ¡pesar amargo! ¡perder tanto por tan poca cosa!

Aquella carta, que había hecho suspirar á Carolina, estimuló singularmente á su hija:

desde entonces hizo punto de honor el escribir todos los meses á su padre y anunciarle en cada carta un nuevo adelanto.

Los vacíos del pasado se llenaban poco á poco; Julia empezaba á poseer los conocimientos ordinarios á su edad, y nada más; pero sus facultades morales crecían en mayor proporción que su memoria y su inteligencia: todo lo que puede ser comprendido por el corazón, lo entendía; la instrucción religiosa encontró, sobre todo, en ella un alma abierta y dócil; le parecía tan dulce amar á Dios y tan fácil servirle! Las narraciones de la Historia Santa la cautivaban, sobre todo, y gustaba por instinto de su suave encanto y de su exquisita poesía; más las primeras escenas del Evangelio encantaron, sobre todo, su corazón; Belén, el establo, los ángeles, los pastores, los magos, no cesaban de ocuparla, y fue muy fácil enseñarla las virtudes que las almas inocentes aprenden en el ejemplo del Dios Niño. La caridad hacia los pobres se desenvolvió en ella, hasta inspirarle el espíritu del sacrificio; su dulzura, su obediencia, su amor á sus padres, se perfeccionaron y el gusto del trabajo se depuró todavía por el sentimiento del deber. Su piedad naciente daba un objeto á todas sus acciones, pues quería complacer á Jesús en la cuna, y cuando rezaba arrodillada por la mañana y por la tarde, al toque del *Angelus*, se hubiera dicho que como los ángeles veía la faz del Padre Celestial: tanto era lo que estaba de atenta y recogida.

Carolina gozaba con delicia de los progresos de esta joven alma, y mademoiselle de la Rochette, que cultivaba y dirigía las cualidades naturales de Julia, gozaba también, pero en silencio y sin grandes demostraciones; era dichosa, sin embargo, y confundía á la joven madre y á su hija en un cariño enteramente maternal.

El año se pasó regular y rápido, y el momento del viaje á Caen llegó demasiado pronto para Carolina.

—Ya te escribiré con frecuencia, querida mamá,—dijo Julia al partir.

Esta promesa fue el bálsamo vertido en la herida de la separación. Julia fue fiel á ella y cada cuatro días su gruesa letra infantil aparecía bajo un sobre.

Pero al cabo de tres semanas, aquellas cartas deseadas con tanto ardor faltaron de repente. Madama de Villiers esperaba la hora del correo con una ansiedad indecible, y ella misma escribía todos los días: después de seis ó siete días de una espera mortal, recibió la carta que sigue, de Caen:

Señora, he tardado en escribiros porque deseaba anunciaros la completa curación de Julia; mas ¡ay! no ha sido posible; nuestra querida hija se halla enferma hace ya seis días. Creíamos que sería una indisposición pasajera, y es una fiebre peligrosa lo que se ha declarado.

Creo que desearéis verla y cuidarla; venid, pues, las antiguas diferencias serán momentá-

neamente olvidadas en las efusiones de un dolor común. Mi madre y yo os esperamos; nada he dicho á la pobre niña, pero será muy dichosa con vuestros cuidados. Termino asegurándoos que, según la opinión de los médicos, el caso es muy grave, pero no desesperado.

LEÓN DE VILLIERS.

Carolina partió una hora después de haber recibido la carta que precede.

V

Enfermedad

Carolina pasó el tiempo del viaje en una agitación indescriptible; no podía llorar y se sofocaba: en medio del espasmo de dolor y de inquietud que la abrumaba, le parecía que la silla de posta, lanzada al galope, no adelantaba terreno: á cada instante sacaba la cabeza por la ventanilla y daba prisa al postillón; después, cayendo de nuevo desalentada en su asiento, exclamaba:

—¡Quizá llegaré demasiado tarde! ¡Oh, Dios mío! ¡haced que llegue á tiempo, que la vea aún!

Cada vez que veía el campanario de una

iglesia, unía las manos y rezaba con fervor, é invocaba el morador invisible del Tabernáculo en una plegaria muda: su alma, ya que no podían sus labios, invocaba á Dios.

—¡Oh, señor!—exclamaba,—¡oh, padre mío! ¡vos que todo lo podéis, salvadla, salvadla!

Cerca de la noche la fatiga cerró sus ojos; pero sueños espantosos la despertaron en seguida y la volvieron á una realidad igualmente llena de terrores: en fin, hacia la mitad del día distinguió en el horizonte los contornos conocidos y los campanarios de la ciudad normanda, la torre de la Abadía, la forma aérea de San Pedro y de la Abadía de las Damas, y bajo el peso de una certidumbre próxima, y quizá desgarradora, permaneció como abrumada; la esperanza tenía poco acceso en esta alma, entristecida por las decepciones de la vida.

El carruaje rodaba resonando en las calles, y se detuvo ante la casa que Carolina conocía tan bien; no se advertía en ella ninguna señal de luto: las ventanas estaban abiertas. Carolina respiró, y Ursula, precipitándose á la portezuela, exclamó llorando:

—¡Está muy mala, señora!

Carolina, temblorosa, se detuvo en el umbral; el dolor, mezclado á un embarazo inexplicable, la tenían inmóvil; acababa de ver á su marido, que llegaba á su encuentro, pálido y abatido, y que sin hablar le ofreció el brazo.

—¿Cómo está?—preguntó al fin madama

de Villiers, subiendo la escalera y extendiendo por aquellos sitios, que habia creído no volver á ver nunca, una triste mirada.

—¡Mal!—contestó León;—no quiero disimularoslo; ¡está muy mal!

Carolina tembló, y sin advertirlo, se apoyó con una fuerza mayor en el brazo de su marido. El la sostuvo, mirándola compasivamente.

—¡Os esperaba!—le dijo,—¡y sabia que vendriais!

La joven no pudo contestar; pero quizás sus almas se comprendían mejor que nunca; un mismo sentimiento las ponía á nivel.

—¡Yo quisiera verla!—dijo dulcemente madama de Villiers.

—Al instante,—respondió León, conduciéndola á la habitación que le estaba destinada.

Era la que ocupaban ordinariamente las personas extrañas; Carolina se quitó el sombrero y la manteleta, y descubrió su bella cabeza y su elegante y delicado talle.

—Sentáos un instante y escuchadme,—dijo León que la contemplaba con tristeza.—Anhele, ante todo, que no os asustéis al ver á Julia: no os reconocerá, porque se halla en ese estado de estupor que acompaña de ordinario á las fiebres perniciosas.

—Pero Dios mío, ¿qué es lo que tiene? Explicáos.

—Os confieso que no me he atrevido á escribiroslo, porque el nombre asusta tanto como la enfermedad misma. Nuestra pobre

niña tiene una fiebre tifoidea; pero, os lo repito... aunque se halla muy mal, no se han perdido todas las esperanzas.

Estas palabras, que querían ser consoladoras, despertaron, no obstante, en el alma de Carolina tan funestas imágenes, que prorrumpió en lágrimas: el llanto, agolpado había dos días en su corazón, corrió entonces como una fuente amarga. León que la veía llorar por primera vez, porque aquella alma orgullosa no le había confiado nunca el secreto de sus penas, se esforzó en calmarla con dulces palabras y serias afirmaciones.

—Os aseguro por mi honor,—le dijo,—que los médicos esperan aún salvarla... Tiene una constitución excelente y la enfermedad ha sido atacada á tiempo. Yo no querría ni podría engañaros, Carolina.

Esta levantó los ojos hacia su marido y un recuerdo de días mejores se despertó en ella, á pesar de su dolor. En los primeros días de su matrimonio se decía que amaba á León, sobre todo por la expresión de franqueza y de lealtad que había en su semblante; sincera como siempre, aquella mirada le decía:

—No os he engañado, ni os engañaré jamás.

—Os creo,—dijo Carolina;—pero ya comprenderéis mi mortal dolor; ¡sólo las palabras *fiebre tifoidea* son horribles!

Ambos callaron agobiados de pena; pero al fin madama de Villiers preguntó tímidamente:

—¿Puedo verla?

—¡Venid!

Los dos entraron silenciosamente en una estancia oscura y fresca; amplias cortinas de muselina, corridas ante el lecho, detuvieron la ansiosa mirada de Carolina: de pie é inmóvil esperaba percibir un ruido en aquel silencio, una forma en aquella obscuridad.

—Sed bienvenida,—le dijo una voz bien poco amada.

Su madre política acababa de levantarse del sillón donde sin duda había pasado muchos días y velado muchas noches, porque su semblante pareció á Carolina muy pálido y muy cambiado; la joven, reconocida, estrechó una mano que no rehusó la suya.

—Sentáos aquí,—prosiguió madama de Villiers;—podréis verla cuando vuestra vista se haya acostumbrado á esta semiobscuridad.

Carolina obedeció, y desde el sitio que su madre política le había designado pudo ver, en efecto, en medio de la nube blanca que formaban las cortinas y las ropas blancas del lecho, el semblante querido de su hija.

Julia parecía adormecida: su cabeza, medio envuelta en su abundante cabellera castaña, se hallaba caída hácia atrás, y aquel rostro infantil, de tan graciosos y puros contornos, cubierto ahora de una palidez lívida, parecía tener impreso el sello de la muerte.

—¡Oh, Dios mío!—sollozó Carolina.—¡Cómo has cambiado, hija de mi alma!

El silencio sucedió á esas palabras, ese silencio respetuoso é imponente que se guarda á la cabecera de los que van á partir para las comarcas eternas. El corazón de la pobre madre se helaba de espanto; con los ojos fijos en su hija buscaba en su semblante abatido un movimiento que le permitiese esperar.

Peró la niña permanecía sumergida bajo el peso de un sueño febril: de vez en cuando su abuela se levantaba, renovaba la compresa de hielo que estrechaba su frente, aproximaba á sus lábios un vaso de limonada, del que Julia bebía un sorbo, volvía á cubrirla con la ropa y la cortina caía de nuevo.

Carolina envidiaba amargamente á la madre de su esposo; pero no se atrevía á reemplazarla en aquéllos cuidados, cuyo derecho actual le parecía que era de la abuela. A la caída de la tarde, después de muchas horas pasadas al lado del lecho de Julia, madama de Villiers le dijo con tono de autoridad:

—Carolina, debéis estar abrumada de fatiga, y es preciso que vayáis á recogeros; yo velaré hasta media noche y Ursula me reemplazará después.

Carolina no se atrevió á resistir, y después de haber besado, llorando en silencio, la manecita de la niña, que pendía fuera del lecho, se retiró.

La materia triunfó del espíritu y la fatiga de la inquietud: durmióse profundamente hasta el día, y corrió al cuarto de Julia. Ursula velaba rezando en voz baja el rosario, cuyas cuentas rodaban entre sus dedos.

—¿Cómo está?—preguntó ansiosamente la joven.

—Yo no la veo peor que ayer,—respondió la cocinera;—no ha cesado de dormir, aunque ha soñado en voz alta... ¡Escuchad! ¡ahora habla!...

Todas las facultades de Carolina quedaron suspensas; las palabras ahogadas é incoherentes que salían de los lábios de su hija la ocupaban solo: la niña hablaba en voz alta, de esa manera rápida y breve que es propia de la fiebre interna; muchas veces seguidas nombró á Cora. ¡Cora, la compañera habitual de sus juegos! Después probó á modular una canción criolla, que la negra cantaba con frecuencia, y después, con una voz más baja y más lastimera, murmuró:

—¡Mamá!

—¡Piensa en mí!—exclamó Carolina conmovida hasta el fondo del alma.

—Siempre ha hablado de la señora la pobrecita, y en tanto que ha podido desembrollar sus ideas, no ha cesado de nombraros: esperemos en que Dios os la conservará, que para eso hago una novena para lograrlo, dedicada á la Santísima Virgen.

—¡Gracias, Ursula! ¡Que Dios os escuche, porque yo no podría vivir sin ella!

Ursula se retiró y madama de Villiers se instaló á la cabecera de Julia; el día se pasó, poco más ó menos, como el anterior, entre grandes inquietudes y débiles esperanzas; una sola vez pareció que Julia recobraba el conocimiento; abrió su fatigados ojos, miró

fijamente á su madre y dijo con voz á la vez débil y alegre:

—¡Querida mamá, venid á mi lado!

Carolina se lanzó al lecho y la abrazó con arrebato; mas la fiebre se apoderaba de nuevo del cerebro de la niña, que balbuceó algunas palabras vagas y recayó en su terrible soñolencia.

—¡La trastornáis, la molestáis, la estáis atormentando! ¿Acaso no véis que la más absoluta calma es indispensable?—dijo una voz cuyo acento despótico y celoso conoció en seguida Carolina.

—Sé muy bien lo que mi hija necesita;—contestó la joven vivamente y con sequedad.

—Conseguiréis ponerla peor con vuestras exageraciones. Si no podéis moderaros, sería mejor que no entraséis jamás en esta habitación.

—¡No lo haré, por cierto! León me ha llamado y mi sitio está aquí.

—¡Madre mía, por Dios!—exclamó León interviniendo en esa querella súbita.—¡Que nuestra pobre hija no os oiga.

Madama de Villiers calló y volvió á sentarse con la frente cargada de nubes. Un instante habia bastado para turbar esa unión, nacida del dolor. El carácter celoso de la abuela y la vivacidad orgullosa de la joven madre habían chocado al encontrarse, y desde aquel momento ambas se constituyeron en observación la una de la otra.

Por la noche, el estado de Julia se hizo más alarmante, y al amanecer el padre y las

dos madres se encontraban al lado de su lecho.

—¡Está peor!—dijo León,—la fiebre crece por instantes.

—El médico va á venir y él juzgará de su estado mejor que nosotros,—respondió madama de Villiers.

—En cuanto á mí,—añadió Carolina,—deseo que haya una consulta.

—¿Y á quién pediríais que se llamase en ese caso?

—A mi antiguo médico monsieur Bellyn, que ha cuidado de Julia desde que nació.

—Pues no se puede llamar á monsieur Bellyn, porque yo no participo en ninguna manera de esa gran confianza que os inspira.

—Es, sin embargo, el único médico de Caen que yo deseo ver.

—Nos permitiréis á mi hijo y á mí, que conocemos la ciudad mejor que vos, que no seamos de vuestra opinión.

—Hay un medio de arreglarlo todo,—dijo León;—llamemos para la consulta á monsieur Bellyn y otro médico que designéis, madre mía.

—Yo no designo á ninguno; el nuestro basta, me parece, en una enfermedad cuyas fases son bien conocidas, y cuyo tratamiento es familiar á los practicantes de medicina.

—No soy de vuestro parecer, señora, y por mi parte desearía llamar junto al lecho de Julia á todas las lumbreras de la ciencia; vuestra confianza... permitid que os lo diga, se parece á la indiferencia.

—No podéis suponerla en mí; pero á los ojos de las gentes apasionadas, la razón pasará siempre por dura, y no obstante, es la razón.

Esta conversacion, que en medio de una angustia creciente se parecia á un ácido destilado sobre una llaga, fué interrumpida por la llegada del médico. El mismo pareció inquieto, su rostro, mudo de ordinario, expresó el temor y una compasión nacida del alma, porque él también era padre: él mismo pidió el concurso de otro facultativo.

—Designadlo, —dijo monsieur de Villiers.

—Monsieur Bellyn, —si os parece, —respondió el médico, —porque es el único que ha hecho en los hospitales estudios detenidos sobre las fiebres perniciosas.

¡Miseria humana! Cualquiera que fuese el vivo y profundo dolor que laceraba el corazón de aquellas dos mujeres, no pudieron prescindir la una de un movimiento de satisfacción orgullosa, la otra de un sentimiento repentino de despecho y de sorpresa. El amor propio, ese enemigo doméstico que según el buen San Francisco de Sales no morirá hasta un cuarto de hora después que nosotros, se reanimaba ardiente y vivaz en medio de los dolores de esta hora amarga, y al lado de la niña moribunda, que las dos madres se disputaban todavía.

Pero bien pronto el peligro las absorbió por completo, y las reunió de nuevo en un sentimiento de simpatía, igualmente fuerte en las dos. Cuando el barco está próximo á

naufragar, cuando el abismo abre sus profundidades, cuando las olas suben, gemidoras y amenazantes, los pasajeros olvidan los odios que los han dividido y llevan sus manos unidas y amigas al timón y á las velas, para conjurar el peligro.

El día fué espantoso: cada hora traía con ella algún sintoma amenazante, combatido, sin embargo, por todos los medios que la ciencia y el amor unidos podían crear: durante la noche el estado de la niña no fué mejor, más por la mañana, la postración profunda que parecia el aprendizaje de la muerte, se disipó algún tanto. Julia se quejaba.

¡Con qué alegría fué acogido aquel acento lastimero tan desgarrador en otro tiempo para los que no esperaban volver á oír su voz en este mundo!

Una vez pidió distintamente de beber: su madre voló hácia ella, y en tanto que apoyaba ligeramente la cucharada en sus secos labios, León la sostenía en sus brazos y la abuela mullía las almohadas de la niña. Julia no reconoció á nadie, pero dijo con dulzura un ¡gracias! que llenó de esperanza cuatro corazones, porque Ursula estaba también allí, y dijo en voz alta:

—Seguramente que la Virgen Santísima va á hacer un milagro.

—No se puede negar, —dijo el médico.—La enfermedad parece detenerse, y quizá va á decrecer.

Tomó de nuevo el pulso, y añadió:

—Menos pulsaciones que ayer noche... No

quisiera daros una alegría falsa; pero es un hecho que la encuentro menos mal.

Por poco tranquilizadoras que fuesen esas palabras, se convirtieron para la familia afi- gida, en una luz que aparece en un lugar lle- no de tinieblas profundas, cuyo pequeño res- plandor alegre y da valor al ánimo: los tres respiraron libremente por la primera vez, desde hacia veinticuatro horas; Julia no dor- mía, ni deliberaba ya; pero estaba sumida por la debilidad en un aletargamiento com- plete: no conocía á ninguno de los que le ro- deaban.

Esa calma duró todo el día y se extendió á los siguientes. Julia volvía á la vida por una graduación muy lenta, y cuyos progre- sos solo podían ser sensibles á los ojos, cons- tantemente fijos en ella: esto es lo que ex- plicaba Carolina, en la siguiente carta, diri- gida á mademoiselle de la Rochette:

Caen, septiembre de 18...

Querida y buena amiga: Hoy es el día vigé- simo tercero de la enfermedad, y puedo anun- ciaros, según la expresa afirmación del médico, que la fiebre ha entrado en el período de descen- so. ¡Cómo esta seguridad alivia mi alma! ¡He sufrido mucho durante doce días, á la vista de mi hija, mi solo bien, abatida por un mal terri- ble y condenada en apariencia á una muerte próxima! ¡Qué días! ¡Qué noches! Y vos, mi excelente amiga, ¡con cuánta ternura habéis participado de mis penas! No la olvidaré jamás, y vuestras cartas, en las cuales vuestra afec-

ción á Julia se pinta tan bien, son un tesoro para mí, que leo y releo cada día. ¡Es preciso que pueda decirme que existe en alguna parte un corazón amigo que comprende el mío!

Aquí, en esta casa, ¿podréis creerlo? enme- dio del pesar que nos abrumaba á todos, he hal- lado las mismas espinas que otras veces: ¡la oposición de mi madre política y la debilidad de León!

Los primeros momentos que siguieron á mi llegada tuvieron, en medio de una inquietud in- explicable, alguna dulzura, hija de una pena común, y de la necesidad que todos experimen- tábamos de sostenernos reciprocamente; pero una muestra de cariño que, en medio de su deli- rio me dió mi hija, excitó el carácter celoso de madama Villiers, y desde aquel momento, me hallo bajo el peso de sus incesantes contradiccio- nes: ella quisiera alejarme de la habitación de Julia; pero yo sostengo mis derechos: ella qui- siera impedirme que la cuidase; mas yo no renunciaré jamás á tan dulce deber: crítica todas mis acciones, hasta las más indiferentes, la ma- nera de incorporar á Julia y de darle de beber, el tono con que le hablo, las palabras que le digo; pero yo desprecio sus ataques: mi sitio es este y sólo lo dejaré cuando mi hija pueda se- guirme.

¡León, después de haberme sostenido un poco en esta lucha, ha vuelto á abandonarme; pero eso me importa poco... si á su cariño por Julia hubiera sabido unir una simpatía indulgente hacia mí, yo hubiera podido sentir lo irrepara- ble! Ahora no siento nada lo que he perdido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Pero hablemos de Julia: el delirio la ha abandonado por completo; pero está muy débil y sería muy peligroso el estimular en ella un trabajo del cerebro, ó una emoción viva del corazón; así es que, dichosa en verla, cuidarla y asegurarme de que vuelve dulcemente á la vida, no había tratado de que me reconociese; pero ayer ella misma me reconoció y me dijo:

— ¡Eres tú, mamá! ¡Has sabido que estaba muy mala y has venido!

¡Oh! ¡Como la he abrazado á despecho de las miradas celosas! Julia ha puesto su carita pálida apoyada en mi hombro, y me ha dicho muy bajo y con misterio:

— ¡Qué contenta estoy!

Y un instante después añadió:

— ¡Es preciso que papá y la otra mamá vengan á abrazarme; yo les veía siempre á mi lado, pero no podía hablarles!

Ya lo veis, querida amiga, su inteligencia renace y recobra la posesión de la vida: mañana comerá ya alguna cosa y esperamos que pasado mañana podrá levantarse durante media hora. ¡Ya veis cómo progresamos! ¡Dios es bueno! lo repito con vos, y á la cabecera del lecho de Julia, estoy haciendo una novena de acción de gracias: es la corona de nuestra novena de súplicas. Ursula, que ha demostrado tanto sentimiento, se une á nuestros ruegos.

Adiós, querida y fiel amiga, continuaré enviándoos cada día un boletín de salud: tened la bondad de remitir el billete de Banco adjunto al señor cura para sus pobres enfermos: yo le encargo con este modesto donativo que ruegue

también por mi Julia cerca del trono del Señor.
Os abrazo, como os amo, con toda mi alma,
y soy vuestra,

CAROLINA DE VILLIERS.

Un recuerdo mío á Cora; estoy segura de que se interesa mucho por nuestra niña: decidle que ésta la llamaba en medio de su delirio.

VI.

Convalecencia.

Después de las graves enfermedades que atacan y debilitan todos los resortes de la vida, la reacción es lenta, y como el niño que prueba á andar, el enfermo prueba á recobrar la posesión de sí mismo.

Julia estaba ayudada en este trabajo por manos muy atentas y muy cariñosas; jamás hubo habitación más linda, más frescamente ventilada, más graciosamente adornada que la suya; jamás mejores alimentos que los que Ursula se tomaba sola el cuidado de preparar; jamás conversaciones más dulces que las que tenían por objeto distraer á la niña salvada; jamás á caricias más tiernas que las

Pero hablemos de Julia: el delirio la ha abandonado por completo; pero está muy débil y sería muy peligroso el estimular en ella un trabajo del cerebro, ó una emoción viva del corazón; así es que, dichosa en verla, cuidarla y asegurarme de que vuelve dulcemente á la vida, no había tratado de que me reconociese; pero ayer ella misma me reconoció y me dijo:

—¡Eres tú, mamá! ¡Has sabido que estaba muy mala y has venido!

¡Oh! ¡Como la he abrazado á despecho de las miradas celosas! Julia ha puesto su carita pálida apoyada en mi hombro, y me ha dicho muy bajo y con misterio:

—¡Qué contenta estoy!

Y un instante después añadió:

—¡Es preciso que papá y la otra mamá vengan á abrazarme; yo les veía siempre á mi lado, pero no podía hablarles!

Ya lo veis, querida amiga, su inteligencia renace y recobra la posesión de la vida: mañana comerá ya alguna cosa y esperamos que pasado mañana podrá levantarse durante media hora. ¡Ya veis cómo progresamos! ¡Dios es bueno! lo repito con vos, y á la cabecera del lecho de Julia, estoy haciendo una novena de acción de gracias: es la corona de nuestra novena de súplicas. Ursula, que ha demostrado tanto sentimiento, se une á nuestros ruegos.

Adiós, querida y fiel amiga, continuaré enviándoos cada día un boletín de salud: tened la bondad de remitir el billete de Banco adjunto al señor cura para sus pobres enfermos: yo le encargo con este modesto donativo que ruegue

también por mi Julia cerca del trono del Señor.
Os abrazo, como os amo, con toda mi alma,
y soy vuestra,

CAROLINA DE VILLIERS.

Un recuerdo mío á Cora; estoy segura de que se interesa mucho por nuestra niña: decidle que ésta la llamaba en medio de su delirio.

VI.

Convalecencia.

Después de las graves enfermedades que atacan y debilitan todos los resortes de la vida, la reacción es lenta, y como el niño que prueba á andar, el enfermo prueba á recobrar la posesión de sí mismo.

Julia estaba ayudada en este trabajo por manos muy atentas y muy cariñosas; jamás hubo habitación más linda, más frescamente ventilada, más graciosamente adornada que la suya; jamás mejores alimentos que los que Ursula se tomaba sola el cuidado de preparar; jamás conversaciones más dulces que las que tenían por objeto distraer á la niña salvada; jamás á caricias más tiernas que las

que se le prodigaban, se habían empleado en semejantes casos.

Las diferencias que alejaban á Carolina de la madre de su esposo y que turbaban la tranquilidad de estas tres personas, que unía, sin embargo, un lazo tan poderoso, desaparecían delante de Julia; su inocencia y su debilidad imponían como impone la presencia de los reyes, y todos se hallaban del mismo parecer para decirle palabras afectuosas, para entretenerla con pequeñas noticias que pudiesen distraerla un momento.

Fuera de aquella habitación, que era como un santuario de paz, las tempestades estallaban; mas allí había una corriente de ternura que se llevaba recriminaciones, palabras agrias, más agrias respuestas, observaciones punzantes y orgullosas rebeliones: allí era preciso agrandar á Julia, hacerla sonreír, crearle un instante de alegría... Las disputas no se olvidaban, pero se diferían.

Una mañana, entró Leon en la estancia de la niña, llevando en la mano una jaula de filigrana, que encerraba, acurrucado en un rincón, un hermoso jilguero, con las alas negras y el pecho color de fuego.

—¡Adivina quién te envía esto!—dijo el joven padre dejando la jaula sobre el lecho.

—¡Yo no sé!...—murmuró Julia, alegremente sorprendida,—será Cora quizá... Pero está tan lejos...

—¿Y tu amigo Jorge? ¿le has olvidado ya?

—¿Es Jorge? ¡Oh, qué dicha! ¿y dónde está, dónde?

—En el campo, en casa de nuestro arrendador Anselmo; él es quien ha comprado y educado para tí este pajarito; verás que bien canta.

—Es muy bonito, pero tiene el aire enojado... mirad, mamá, abre el pico y le brillan los ojos... ¡está muy enfadado!

—Ya se calmará; tú le amansarás.

—Pero dí, papá, ¿no vendrá Jorge á verme?

—Si, hija mía; ¿quisieras tú que Jorge pasara tu grave enfermedad?

—¡Oh, no!

—Ni yo tampoco; porque no le dé á él, le he enviado al campo; pero ya sabes que piensa mucho en tí.

—Yo me arreglaré de modo,—dijo la abuela,—que Jorge pueda decir de lejos algunas palabras á Julia.

—¡Sí, mamá mía!—exclamó la niña:—¡tendría tanto placer en ver á Jorge, aunque sólo fuera por un minuto!

Al día siguiente, cuando Julia estuvo levantada y cómodamente en su sillón, su abuela la dijo con tono misterioso:

—Mira hacia la venta, hija mía.

Los grandes ojos de Julia se fijaron en aquella, en la cual, y por la parte de afuera, estaba apoyada una escala, de la que se veía la parte superior á través de las ramas de pámpanos, enrojecidas ya por el otoño; de repente las ramas se movieron y una cabeza apareció detras de los cristales y en medio de las hojas flotantes.

Era Jorge, y desde que vió á su amiguita le envié algunos besos con la punta de los dedos.

—¡Qué contento estoy de veros!— le gritó con los ojos brillantes de alegría.

Julia no podía levantar su débil voz; pero le hizo mil signos afectuosos, y en su sonrisa y en su mirada la vida renaciente y la amistad fiel se pintaban á la vez.

—¡Qué bueno es Jorge!— dijo cuando aquel hubo desaparecido.— Abuelita, yo quisiera darle algo también... Decidme, ¿pudiera ser esta medallita de oro que me habéis regalado y que tiene la imagen de la Santísima Virgen? ¿Se la puedo dar á Jorge?

—Ciertamente, hija mía.

—Dádsela, pues, decidle que la guarde como yo guardo la mía, la que mamá me puso al cuello cuando yo era pequeña.

Jorge recibió aquel presente fraternal con alegría y prometió no separarse jamás de él. Sus visitas á través de los cristales y de las cortinas de hojas y de pámpanos, se repitieron con frecuencia y cada vez hallaba á Julia más fuerte y más sonrosada: la sangre y la savia volvían y reemplazaban en las mejillas de la niña con la dulce frescura de las rosas color de té, la palidez de la enfermedad.

Los progresos eran cada día más rápidos; en breve pudo pasearse por su cuarto, después por una larga galería de cristales caldeada por el sol del mediodía, y después pudo bajar al jardín; este fue un día de fies-

ta en el cual Jorge tomó su parte con un afecto infantil y fraternal á la vez. Al día siguiente Julia salió con su madre y su abuela y asistió á una misa de acción de gracias que la segunda había mandado celebrar.

¡Triste es decirlo! cada uno de estos acontecimientos domésticos memorables y dulces, había provocado alguna disputa entre Carolina y la madre de su esposo. Se discutía sobre todo y apropósito de todo; la hora de la salida de Julia, el traje que se había de poner, el carruaje que debía conducir, todo daba materia á contradicciones á aquellos espíritus irritados, y Carolina ansiaba con todo su corazón el instante que debía volverla á su casa, á su libre soledad, y á la entera posesión de su hija.

El otoño adelantaba; ya sus nieblas entristecían el crepúsculo del día y de la noche, el sol palidecía, y el suelo del jardín se cubría de hojas secas. Las golondrinas habían partido para climas más suaves, y Julia, como ellas, necesitaba para afirmar su convalecencia un cielo acariciador y un aire puro. León y su madre no veían sin tristeza los preparativos para el viaje de la niña que les era tan querida, y á la cual se habían adherido aún más con el lazo de su peligro y de sus sufrimientos pasados: ambos adivinaban, sin decirlo, el triunfo de Carolina, que iba á poseerla sola durante diez meses y á dirigir á su gusto y sin intervenciones importunas sus afecciones y sus pensamientos.

Muchas ideas, muchos deseos, muchos proyectos flotaban en la cabeza de León, padre tan afectuoso como hijo sumiso; muchas veces tuvo el pensamiento de tender la mano á su mujer y de decirle: ¡Quedaos y vivamos unidos! Mas el recuerdo de su madre le detenía y encadenaba sus palabras; no quería abandonarla y comprendía que la vida á tres era imposible. Carolina adivinó quizá sus combates, más no se lo dejó sospechar, y el temido día de la separación llegó muy pronto.

—Dejadme llorar un poco sin que mamá Carolina me vea,—dijo la niña á Jorge;—acaso creería que me causa pena el irme con ella...

—Mi buena Julia, pena os cuesta cuando lloráis!

—¡Ah, Jorge!... yo me voy muy contenta con mamá, pero el dejar á mi papá y á mi abuelita me causa también mucho pesar... ¡es por cerca de un año!...

—Es muy largo el plazo, en efecto, para todos nosotros.

—Pero Jorge,—dijo la niña confidencialmente, después de haber enjugado sus lágrimas:—¿sucede eso siempre? ¿todas las niñas se van con su mamá, lejos de su papá?... Decídmelo.

—¡Oh! no, ¡mi pobre Julia! los padres viven juntos ordinariamente y educan juntos á sus hijos: pero como los vuestros están separados...

—¿Separados? ¿Y eso es bueno ó malo?

—Malo seguramente: no se entendían bien.

La niña se ruborizó, porque comprendió que estas palabras encerraban un sentido desfavorable para los que ella veneraba. Ya no preguntó nada más, pero tampoco olvidó lo que había oído. Jorge, pesaroso de la impresión que había producido, quiso chancearse; pero Julia no le escuchaba, y después de haber dado la vuelta por última vez á los bosquecillos del jardín despojados, volvió al lado de sus padres.

Solo á ella esperaban: después de largos y tiernos adioses, su padre la levantó en los brazos y la colocó en la silla de posta, con la jaula del jilguero puesta en frente de ella. Carolina abrazó ceremoniosamente á su madre política, besó tiernamente en la frente á Jorge, y recibió con un poco de encogimiento el adiós y los deseos de buen viaje de su marido, que la dió la mano para subir al carruaje.

—No os recomiendo á nuestra niña,—le dijo:—la amáis como yo y eso basta: lo que si os suplico, Carolina, es que la permitáis escribirme con frecuencia, y vos misma me haréis un gran servicio si queréis escribirme una palabra que me diga cómo ha soportado el viaje.

—Lo haré con mucho gusto,—respondió la joven.

Una lágrima asomó á sus ojos; pero para ocultarla, dejó caer sobre su lindo y delicado rostro el velo de encaje de su sombrero y subió al coche seguida de Ursula.

Julia sacó la cabeza por la portezuela para ver el mayor tiempo posible á los que dejaba. El coche partió y madama de Villiers se dejó caer llorando en los brazos de su hijo.

—¡Qué dicha es marcharse y llevarse á la pequeñuela!—exclamó la cocinera,—¡no está uno á su gusto en esta casa!

Estas palabras hicieron temblar á Julia que las oyó.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿no es verdad que seria mejor no separarse nunca? ¡Los amo tanto; te amo tanto á ti! ¡Ah! ¿Por qué no puedo veros á todos juntos?

Carolina no respondió: enjugó con sus besos el llanto de su hija, y la calmó con sus caricias y sus tiernas palabras.

VII.

Vuelta á casa.

La señorita de la Rochette esperaba á las viajeras con mucha impaciencia, y sus amables atenciones habían llenado todo de vida y de alegría.

Un solo corazón amante suple algunas veces á toda una familia: un solo corazón puede llenar la soledad del Universo; y aun-

que la pobre institutriz no aspiraba á ocupar de ella, á las que tanto amaba, le pareció á Carolina que volvía á hallar en ella más que una parienta, casi á una madre: tanto el semblante serio de la señorita Esther se alegró á su vista, tantas lágrimas hubo en sus ojos y tanta efusión en sus palabras de bienvenida.

Cuando entraron en el salón que animaba un alegre fuego y gran cantidad de margaritas y crisántemos del otoño colocados en las jardineras, mademoiselle de la Rochette abrazó á su gusto á Julia: la contempló largo tiempo y cambió al fin con Carolina una mirada enagenada y gozosa.

—Está ya muy bien y ha crecido mucho, ¿no es verdad?—preguntó madama de Villiers.

—Sin duda... y además yo no sé qué cosa de nuevo hallo en su semblante... tiene más expresión y parece más animado que otras veces.

—¡Ah, mi buena amiga!—dijo la niña abrazándola; es que he estado como muerta durante largo tiempo y ahora deseo vivir...

Julia fue á su vez abrazada con ternura por estas dulces palabras; nada se le pedía en efecto, sino que viviese. Al ver á la niña, aun después de la fatiga del viaje, risueña y con las facciones reposadas, al hallarse en su casa, en la libertad afectuosa de su interior, al lado de Esther, de quien se sentía amada, al ver dando vueltas por la estancia á la negra Cora, que acababa de poner la

mesa y cuyos ojos brillaban de cariño cada vez que se fijaban en su señora, Carolina se creyó en un rinconcito del Paraíso.

— ¡Qué dulce es hallarse en su casa! — exclamó respondiendo á su propio pensamiento, y estrechando la mano de mademoiselle de la Rochette, — es preciso haber sufrido en casa de los otros para saberlo apreciar. ¡Qué hermoso me ha parecido Angeres cuando lo he visto desde lejos!

— Angeres, villa pequeña, con grandes campanarios, — dijo la voz gruñona y familiar de Ursula, á la vez que sus anchas manos dejaban sobre la mesa un sabroso pollo asado. — Caen es más hermoso, es una ciudad.

— Pues no os agradaba mucho, mi pobre Ursula, — observó riendo Carolina.

— ¡Caramba! La casa de madama de Villiers no es cómoda para mucho tiempo. Vos, señora, no tenéis nunca mala cara, y ella es tan seria... y además, haber visto allí á nuestra niña á las puertas de la muerte, es bien triste...

Ursula se fue continuando sus razones en tono regañón.

— Ved aquí la palabra que puede ser la clave de la situación, — dijo Carolina sonriéndose con tristeza, — un gran pesar complica las dificultades.

— ¿No habéis, pues, sentido deseos de la vida de familia?

— De la nuestra, querida amiga, sí, todos los días, á todas horas, y no puedo expresaros lo contenta que estoy de hallarme aquí,

sobre todo comparando... ¡Ah! ¡Qué bueno y tranquilo invierno vamos á pasar con Julia!

Cenaron, y ya á los postres, los ojos de la niña se cerraron de sueño y de cansancio. Cora la llevó á su cuartito y la acostó; poco después entraron á darle el último beso su madre y mademoiselle de la Rochette, y la hallaron profundamente dormida.

Carolina la contempló con ternura durante algunos instantes, y dijo á su amiga:

— Si la hubiérais visto sumergida en el espantoso letargo de la fiebre, comprenderíais mi dicha al verla dormir tranquilamente.

El dulce sol de Anjou completó la curación de Julia, y la madre y la institutriz se apercibieron de que durante su enfermedad la inteligencia de la niña había crecido; aprendía más fácilmente, su memoria parecía más dócil, la luz había brotado en su espíritu, y empezaba á gustar, en su pequeña esfera, esos placeres del pensamiento, á los que sólo igualan en este mundo la dicha de las afecciones y la dulzura de la oración. Aprendía, comparaba, iba de lo acostumbrado á lo desconocido, y buscaba cada día el aumento del tesoro de la vispera; pero la señorita de la Rochette, que deseaba educarla antes que instruirla, impidió que aquel gusto naciente por el estudio se convirtiese en una pasión. Julia estaba en una situación difícil, que un día atraería sobre ella las miradas curiosas, y tal vez severas del público, y la institutriz quería evitar que alguna

cosa singular, algún matiz de carácter demasiado marcado, justificase este rigor desconfiado de que sería objeto aquella niña, colocada entre un padre y una madre separados, y sobre la cual caería la desaprobación que dicha separación provocaba.

Julia estaba destinada á tener penas un día; el estudio no consuela más que á los que pueden dedicar á él su vida entera, y la institutriz quería para ella un consuelo más seguro; un bálsamo que llevamos siempre con nosotros. Así, aunque le hacía recorrer con cuidado los grados de la ciencia femenina, se esforzaba sobre todo en arraigar y hacer crecer la fe cristiana; la preservaba de todo contacto malo, de los libros peligrosos, de la conversación ligera é inclinada á la murmuración, y guardaba con amor y cuidado exquisitos la joven alma, confiada á su cuidado.

Julia aprendía, pues, más y mejor que antes, conservando intactos el candor y la sencillez de sus primeros años.

Carolina, que había sentido vivamente el pesar de no haber visto alrededor suyo en los días malos, ni amigos ni familia, deseaba que su hija cultivase los lazos de parentesco que le unían á algunas familias de Angeres, y algunas niñas de la edad de Julia se reunían con ella las tardes y veladas de los domingos. En estas reuniones infantiles, las charadas, los juegos del ingenio y una agradable colación, hacían el gasto. Julia iba á ver á sus amigas y primas á la ciudad,

y estas le devolvían sus visitas á la casa de campo que habitaba y que siempre estaba risueña y dispuesta á recibirlas.

Las reuniones de las primas eran más mundanas: se tocaba el piano, se bailaba y se cantaba. Las reuniones de Julia, más serias: se trabajaba en ellas para los pobres; todo el honor de esta buena idea era suyo, y la niña se divertía singularmente en preparar, ayudada de mademoiselle de la Rochette, las camisas, los baberos y los juboncitos de los niños de pecho, que ofrecía á la actividad de sus jóvenes amigas.

Julia empleaba en esta piadosa diversión, una vivacidad que probaba á la vez la bondad de su corazón y el ardor de su alma, á la que ninguna distracción satisfacía, si Dios y los pobres no tenían su parte en ella.

Sin embargo, al cabo de algunos meses, este gusto parecía debilitarse. Julia rehusó las invitaciones y no pidió más á su madre que, como otras veces, convidase á sus compañeras. Terminó sola los trabajos empezados en las alegres veladas que pasaba con las otras niñas, y se adhirió con nueva ternura á su madre y á la señorita de la Rochette.

Estas se inquietaron con semejante cambio; la niña constituía su ocupación inocente, y la más ligera diferencia en su actitud, en sus gastos, en su humor, despertaba en ellas una inquietud secreta, como en los marinos que espían todos los aspectos del horizonte, porque una nube blanca puede ocul-

tar la tempestad, y una sombra en el sol puede hacer presentir el naufragio.

Un día mademoiselle Esth er se paseaba por el campo sola con Julia; ya había llegado la primavera, y la primera verdura, riente como la infancia, alegraba los ojos; un viento ligero mezclaba en el ambiente los pétalos rosados de los melocotoneros, y las flores blancas y delicadas de los almendros; pero aún no estaba la estación bastante adelantada para Carolina, que buscaba al lado de un gran fuego el recuerdo de los calores tropicales.

Julia corria, volvia, disfrutaba de todo y gozaba en su plenitud de la alegría de aquel hermoso día.

—Bien pronto toda la campiña estar  verde y cantar n los pájaros,—dijo la niña a la buena Esther,—ya he visto una golondrina; ya ha vuelto la primavera.  A dónde van las golondrinas en el invierno, señorita?

—A los países cálidos.

— A la isla de Borbon?  Al país de mamá?

—Tal vez; pero no creo que vayan tan lejos; la Grecia   el Egipto les bastarán.

Julia call ; la institutriz continuó la conversación.

—Estamos en una estación encantadora para las partidas de campo; si quer is, Julia, podremos invitar a nuestras amigas,   iremos a beber leche a la quinta de Aren eres.  No habíais hecho este proyecto este invierno, sentada al lado de la chimenea?

—Si, por cierto,—contestó Julia que se

puso colorada,—pero eso no corre prisa... mejor quiero ir a la quinta, sola con mamá y con vos, señorita...

— Pero no am is ya a Margarita, a Luisa y a Estefania?  Antes deseabais mucho verlas, y recuerdo que en lo más rudo del invierno ped is que os llevasen a Angeres, para visitarlas y no había semana que no las enviaseis a buscar!..

—Es verdad, señorita, amo lo mismo a Margarita, que es muy dulce y muy buena, y a Luisa que es tan alegre y complaciente y que jams dice cosa alguna que pueda hacer sufrir a los demás, pero...

— Pero a Estefania no la quer is ya!  Qu  os ha hecho esa pobre niña?

Julia bajó la cabeza sin contestar, pero de repente d s lágrimas rodaron por sus mejillas seguidas de otras dos; la señorita Esther, toda asustada, se sentó sobre la hierba y tom  a Julia en sus brazos; ésta sollozó durante algunos instantes sin decir nada.

— Hablad, hija mía!  qu  tenéis?  por qué llor is así?  hablad, por Dios, hablad! La niña vacil  todavía.

— No ser  ofender a Dios,—pregunt ,—el repetir lo que Estefania me ha dicho para causarme pena?

—No, hija mía, a vuestra madre y a mí lo podéis decir todo.

— Pues bien, yo tenía mucha confianza con mis amigas, y una tarde, hallándonos en mi cuarto, les enseñe los regalos que papá y la abuelita me han enviado el día de

año nuevo; una cruz de turquesas, mis libros, la bella caja llena de bombones y el vestido de seda... Ellas admiraron todo esto, comieron bombones y después me preguntó Estefanía:

—¿Vive tu papá en su casa?

—Sin duda.

—¿Y tu mamá aquí! ¡eso es gracioso! ¡es cosa que no se ve nunca entre las gentes distinguidas; es muy feo el tener un padre y una madre separados...

—Margarita la hizo callar, Luisa reía sin saber por qué; pero yo me puse triste, ¡oh! ¡muy triste! y desde entonces me avergüenzo delante de esas amigas y ya no deseo verlas. Eso es todo, señorita.

Esther suspiró; esta primera pena, esta primera humillación, sufrida por el pequeño ser que amaba tanto, resonaba en su corazón, que conocía también los males de la vida. Abrazó á Julia y le dijo:

—Estefanía habló como una aturdida; pero yo espero que no le guardaréis ningún rencor.

—No... creo que no.

—Es preciso, hija mía, que no le tengáis ninguno, y para eso rogad á Dios por ella; es un esfuerzo sobre vos misma, y para vuestra primera comunión, que será muy agradable á Nuestro Señor.

—Lo haré,—respondió Julia con resolución, porque toda alusión á su primera comunión, aunque lejana todavía, era poderosa en su alma;—no obstante, Estefanía me

ha causado mucha pena; ¡amo tanto á papá y á mamá!

—Sí, hija mía, es preciso que los améis á los dos de todo corazón y que los deis con vuestra ternura el respeto que ambos merecen. Más tarde sabréis los motivos de su separación y veréis que si ha sido ocasionada por una desgracia, no hay nada que se parezca á culpa.

—Señorita, desde que Jorge me dijo que era mejor no estar separados, pienso sin cesar en mis queridos padres y desearía con toda mi alma que fuesen como los demás padres y madres... ¡Así podrían vivir juntos, y yo con ellos!

—Mi querida Julia,—repuso la institutriz enternecida,—guardad ese deseo en vuestra alma y no le confieis más que á Dios; él tiene nuestros corazones entre sus manos, y un día quizá escuchará vuestros votos.

—Todos los días rezo para que Dios nos conceda esa dicha,—dijo Julia en confianza,—y el día de mi primera comunión, ¡oh! ¡aquel día suplicaré á Nuestro Señor con toda mi alma que me conceda ese gran favor!

—Sí, hija mía, es preciso rogarle, y no cansarnos nunca; mas es preciso también, por prudencia y por caridad, que no os separéis de vuestras jóvenes amigas. Margarita y Luisa se han mostrado muy amables para vos, y Estefanía, cuando sea más razonable, deplorará la primera su imprudencia.

—Ya no me agrada estar con ellas, por-

que temo sin cesar, que digan ó piensen alguna cosa desagradable para papá ó mamá.

—Hablad de vuestros padres con el mayor respeto y no se atreverán á deciros nada.

—¡Y mi abuela, que es tan buena para mí! ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué es preciso?...

Y la tranquila Julia hirió el suelo con el pie, impaciente, en tanto que algunas lágrimas brillaban aún en sus ojos; mademoiselle de la Rochette la abrazó.

—Hija mía, —le dijo, —llevad con paciencia y en silencio esta cruz y no aflijáis á vuestra buena madre con una tristeza de la que adivinaría muy pronto la causa; pensad en que no tiene más que á vos.

—Tenéis razón, —dijo la niña, —y pues que mamá desea que vea á mis primas, las veré; sólo el buen Dios sabrá mi pena y me consolará, ¿no es verdad, querida señorita?

—Sí, Julia mía, así lo espero y le rogaremos juntas; ahora volvamos á casa.

—Voy á llevar á mamá este ramillete de violetas; algunas veces me ha dicho que no hay de estas flores en la isla de Borbón.

Ambas volvieron á casa; Carolina no vió ninguna tristeza en el rostro sonriente de su hija, mas si Julia tuvo bastante fuerza de voluntad para ocultar su pena á los ojos inquietos de su madre, tuvo también bastante constancia para no olvidar, y la ligereza misma de su edad no pudo borrar de su alma este primer dolor, del que Dios sólo era el consuelo.

VIII.

Cora.

Algún tiempo después de esta conversación, madama de Villiers y mademoiselle Esther, sentadas al lado de una ventana abierta respiraban el aire puro y templado de una bella tarde de primavera; hablaban íntimamente, como se habla cuando hay recuerdos comunes y cuando un mismo interés ocupa dos almas, y en tanto que hablaban, seguían con los ojos á Julia, que se paseaba en el jardín en compañía de la negra.

—Mirad, Carolina, mirad á la niña, —dijo mademoiselle de la Rochette; —cualquiera diría que está contando á Cora el cuento de *La lámpara maravillosa* ó el de *El gato calzado*; ¡mirad qué atentamente la escucha la pobre muchacha!

—Le cuenta cosas mejores; hace tres días me hallaba yo sola con Julia, acababa de tomarle su lección de catecismo, y de repente me dijo:

—Mamá, ¿no podría yo dar lecciones á Cora?

—¿Qué lecciones?—pregunté yo á mi vez

que temo sin cesar, que digan ó piensen alguna cosa desagradable para papá ó mamá.

—Hablad de vuestros padres con el mayor respeto y no se atreverán á deciros nada.

—Y mi abuela, que es tan buena para mí! ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué es preciso?...

Y la tranquila Julia hirió el suelo con el pie, impaciente, en tanto que algunas lágrimas brillaban aún en sus ojos; mademoiselle de la Rochette la abrazó.

—Hija mía, —le dijo, —llevad con paciencia y en silencio esta cruz y no aflijáis á vuestra buena madre con una tristeza de la que adivinaría muy pronto la causa; pensad en que no tiene más que á vos.

—Tenéis razón, —dijo la niña, —y pues que mamá desea que vea á mis primas, las veré; sólo el buen Dios sabrá mi pena y me consolará, ¿no es verdad, querida señorita?

—Sí, Julia mía, así lo espero y le rogaremos juntas; ahora volvamos á casa.

—Voy á llevar á mamá este ramillete de violetas; algunas veces me ha dicho que no hay de estas flores en la isla de Borbón.

Ambas volvieron á casa; Carolina no vió ninguna tristeza en el rostro sonriente de su hija, mas si Julia tuvo bastante fuerza de voluntad para ocultar su pena á los ojos inquietos de su madre, tuvo también bastante constancia para no olvidar, y la ligereza misma de su edad no pudo borrar de su alma este primer dolor, del que Dios sólo era el consuelo.

VIII.

Cora.

Algún tiempo después de esta conversación, madama de Villiers y mademoiselle Esther, sentadas al lado de una ventana abierta respiraban el aire puro y templado de una bella tarde de primavera; hablaban íntimamente, como se habla cuando hay recuerdos comunes y cuando un mismo interés ocupa dos almas, y en tanto que hablaban, seguían con los ojos á Julia, que se paseaba en el jardín en compañía de la negra.

—Mirad, Carolina, mirad á la niña, —dijo mademoiselle de la Rochette; —cualquiera diría que está contando á Cora el cuento de *La lámpara maravillosa* ó el de *El gato calzado*; ¡mirad qué atentamente la escucha la pobre muchacha!

—Le cuenta cosas mejores; hace tres días me hallaba yo sola con Julia, acababa de tomarle su lección de catecismo, y de repente me dijo:

—Mamá, ¿no podría yo dar lecciones á Cora?

—¿Qué lecciones?—pregunté yo á mi vez

muy sorprendida, — porque Cora no tiene la inteligencia nada abierta.

— De religión, mamá, — contestó Julia gravemente, — apenas sabe rezar sus oraciones diarias; mezcla el Padre Nuestro con el Ave-Maria, y estoy segura de que cuando se confiesa y comulga no sabe lo que hace.

— Yo os confieso, mi querida amiga, — continuó madama de Villiers, — que estas palabras de mi inocente Julia me han hecho entrar en mí misma y que me he reconvenido por haber olvidado tanto á esa pobre Cora, educada conmigo, para mí; á la que he hecho dejar su país, sus primeros amigos, los hábitos de su infancia y que me es tan fiel y tan adicta, en medio de los pesares que han abrumado mi juventud; he olvidado y ahora Julia repara ese olvido. ¡Miradla! cuenta por los dedos, y mira á Cora atentamente; apostaría á que le hace repetir los diez mandamientos.

— ¡Tiene el aspecto de un ángel! — dijo la señorita Esther, — y al lado de su negra amiga me parece un cordero que enseña á una leona.

— Nuestra querida niña hace todo esto pensando en su primera comunión; se obtendría de ella lo imposible invocando ese gran día.

— Es necesario un alimento á esa alma ardiente.

— ¿Os parece que Julia siente con vehemencia?

— Por lo que hace á su imaginación, con-

vengo con vos, en que la suya es fría y poco móvil; pero en su corazón hay llamas ocultas, es verdad, más grandes y luminosas.

— En efecto, ¡cómo nos ama á todos! su padre es un ideal para ella, y de su abuela solo vé las bellas cualidades; desgraciadamente, yo no he podido hacer otro tanto.

Y madama de Villiers suspiró.

— ¡Dejemos á Julia sus bellas ilusiones de niña; dejémosla en su cristiana obra; mirad cómo habla, cómo siente! ¡es un pequeño Lacordaire esa niña!

La madre y la institutriz admiraron aún á Julia durante largo rato, y todas las tardes del verano pudieron gustar el mismo placer; todas las tardes Julia llevaba á su educanda á la calle donde el sol proyectaba sus últimos rayos, y paseándose, le hacía recitar sus oraciones y las primeras lecciones del catecismo, escuchándola, reprendiéndola con una paciencia infantil y siempre sonriente, y no acabándose jamás la sesión sin referirle alguna de las historias de los santos que le habían contado á ella.

Cora escuchaba con religiosa atención, retenía mal y se hacía repetir la historia de San Francisco Javier, que había bautizado tantos millares de idólatras, negros ó poco menos; la de Pedro Claver y la de un santo casi ignorado que se llamaba *Benito el Moro*.

— De modo que está en el cielo, negro y todo, — decía Cora llena de alegría, — y yo puedo ir también.

Lo esencial era demostrar esto, según el lenguaje de la lógica, y Julia lo había conseguido con sus infantiles lecciones; sus narraciones, llenas de ingenuidad, habían impreso en el alma ignorante de Cora el deseo y la esperanza de la salvación eterna: la niña no podía hacerla sabia, pero la había hecho piadosa, y le decía con frecuencia:

— Cuando yo haga mi primera comunión, Cora, quiero que tú comulgues también: ya verás que dichosas somos las dos dentro de un año.

— ¿Y vos iréis á Caen antes de ese tiempo?

Caen era la nube negra en el horizonte para los corazones que en Angeres amaban á Julia: para ella aquel punto era luminoso, porque allí amaba ella también y sabía que era amada y deseada.

Sus cartas frecuentes, como dulces mensajeras, decían á su padre y á su abuela la alegría que sentiría al verlos; mas en el instante de la partida, sus lágrimas dijeron á su madre con sus besos la pena que le costaba el dejarla. Alma partida en dos amores, en ella estaba siempre el llanto al lado de la sonrisa.

La alegría fue grande en la antigua casa de Caen al encontrar á la niña, tan débil al partir, crecida, más bella y más fuerte que nunca; su padre la había hallado siempre encantadora y perfecta, y madama de Villiers, más severa, no pudo menos, sin embargo, de hallar á Julia más inteligente y más viva que otras veces.

No solamente sabía de las ciencias humanas lo que saben las niñas de su edad, sino que además poseía un buen sentimiento práctico y cierta energía que aplicaba con la mejor voluntad á los detalles del gobierno doméstico. La sangre normanda se revelaba en ella. Madama de Villiers aprovechó esas buenas disposiciones, y durante una dolencia que la retuvo en su cuarto, Julia fue su ayudante de campo, transmitiendo sus órdenes á la cocina, al comedor y á la repostería: era su mayordomo y estaba encargada de las llaves de la bodega y de la despensa; era su intendente y pagaba cuentas, recibiendo también pequeñas cantidades que algunos arrendadores llevaban y dando á cambio recibos: estas nuevas ocupaciones la divertían mucho, las desempeñaba á conciencia y madama de Villiers decía encantada á su hijo:

— Julia llegará á ser una mujer superior; tendrá talento y yo me encargo de iniciarla en el gobierno de la casa.

— Siempre os he dicho, madre mía, que era encantadora.

Jorge fue del mismo parecer cuando á su llegada halló su cuarto de estudiante mejor arreglado que nunca por los cuidados de su pequeña hermana de adopción. Julia había hecho colocar en trofeo la escopeta y el morral de caza, los floretes y la caña de pescar; había puesto en orden los herbarios y dispuesto coquetamente cuadros de mariposas, muestras geológicas y algunos fragmen-

tos de esculturas, venidos de Juniegues; había arreglado cuidadosamente los hermosos libros de premio y puesto en el lienzo de pared donde había mejor y más clara luz, los retratos del padre y de la madre de su amigo.

Jorge la encontraba buena y sencilla, como en los días en que la conoció; pero con el espíritu más abierto, y que se entendía mejor con el suyo: juntos leyeron algunos libros escogidos; mas lo que Julia admiró desde el fondo del alma, las páginas que hablaron más vivamente á su corazón, fueron las de *La joven de la Siberia*, de Javier de Maistre. Aquel cuadro noble y tierno del amor filial, llevado hasta el heroísmo, hizo en Julia una impresión profunda.

—¡Oh, Jorge!—exclamó al terminar el libro.—¡Qué hermoso es amar á sus padres y poderse sacrificar por ellos! ¿Que haré yo por los míos?

—Lo que ya hacéis, Julia. ¿No son dichosos por vos?

—¿Y esto basta?

Julia no dijo más; su corazón, como el de Prascovia, guardaba un secreto; un deseo que solo Dios conocía; pero á despecho de este peso amargo y silencioso, era alegre, sarvicial, dispuesta á jugar y á divertirse, tanto como al estudio y al trabajo.

He aquí lo que escribía á Carolina:

Mi querida mamá:

He recibido vuestra amada carta, y la he be-

sado como si fuerais vos; ¡qué dichosa era de tener en la mano alguna cosa que venía de mamá, que me hablaba de ella, que me decía que me amaba siempre! Pienso sin cesar en vos y en la casa, aunque en esta me divierto mucho y todos son muy buenos para mí; ayer hemos ido todos juntos, porque la abuelita está ya buena, á la quinta de Anselmo para hacer la recolección de las manzanas. Jorge ha trabajado mucho; yo no podía coger ese hermoso fruto, pero estaba sentada en el césped y lo recogía; la abuelita me ha dado un gran cesto para que lo llene yo sola, y lo llevaré á casa para que vos y la señorita Esther las comáis.

Papá me ha dicho que otras veces habéis venido con él á la quinta; es muy bonita, ¿verdad, querida mamá? ¡Cuánto me gusta este riachuelo que hace dar vueltas al molino, y cuya agua es tan clara que se ve todo el fondo! Jorge lo ha copiado en un paisaje que os llevaré también; ¡dentro de ocho días volveré! ¡Qué dicha la de volver á ver á mi querida mamá y abrazarla á mi gusto, así como á mi buena amiga Esther!

Os suplico que digáis á Cora que pienso mucho en ella, y que le llevo una bella imagen de Nuestra Señora y otra que representa á los Reyes Magos. También le llevo un lindo pañuelo de fular de color de grana, para que se lo ponga al estilo de la isla de Borbón, á manera de tocado.

Os abrazo otra vez, querida mamá, y soy con todo respeto y amor. Vuestra,

JULIA.

Aquellos ocho días, así como las semanas que los habían precedido, pasaron rápidamente y todos veían llegar con tristeza el instante en que el paso de Julia no resonaría ya en la escalera de la antigua casa, en que ya no se oiría su dulce voz y su risa de niña, y en que ya no se la veía aparecer como un espíritu familiar en el escritorio del padre, en el cuarto de la abuela, en la vasta cocina, sembrando en todas partes la dulce serenidad de que estaba tan rica. León se espantaba al pensamiento del vacío y de la tristeza de su casa cuando marchándose la niña, y con ella la alegría, se encontrase solo con su madre, siempre cuidadosa y siempre severa; no ver ya al dejar sus negocios y el trabajo aquel delicioso rostro infantil, donde sus ojos descansaban, como la vista de una verde pradera reposa el alma fatigada, le parecía insoportable. Madama de Villiers echaba de menos con la ausencia de Julia una ayuda fiel, una compañera dócil y obediente. Jorge una hermana afectuosa, una amiga que le comprendía, si no por el talento, al menos por el corazón, y todos la vieron alejarse con el corazón oprimido de pena.

—Cuando vuelva ya habré hecho mi primera comunión,—dijo la niña al subir al coche.

—Y yo, repuso Jorge,—llevaré el uniforme de alumno de Saint-Cyr; hasta la vista, Julia.

La alegría de la vuelta á la casa materna

fue turbada por una impresión triste; después que Julia hubo abrazado tiernamente á Carolina y á mademoiselle de la Rochette, buscó con los ojos á Cora que siempre corría anhelante á su encuentro.

—¿Dónde está?—preguntó con inquietud la niña.

—Hija mía,—respondió su madre,—la pobre muchacha está enferma desde hace algún tiempo: ha tomado frío durante estos días nebulosos.

—¿Puedo subir á verla, mamá?

Y Julia corrió al cuarto de Cora, no bien su madre hubo pronunciado el *sí* que deseaba.

La negra manifestó á la vista de Julia una alegría tan viva, que solo pudo expresarla con lágrimas y sollozos.

—Cuando os he visto entrar aquí, señorita,—dijo,—ha sido lo mismo que si viese el hermoso sol de Borbón.

El corazón de Julia, tan amante y tan bueno, se oprimió á la vista de la pobre Cora; la niña había ocultado algunas lágrimas al sentir el contacto de sus miembros enflaquecidos y de sus manos abrasadas por la fiebre: algunos días de enfermedad habían bastado para alterar aquel rostro y para imprimir en él un sello de sufrimiento profundo y de incurable languidez.

Cora era aún muy joven; durante largo tiempo, había conservado su mirada viva y sus dientes blancos, que reían de concierto con sus ojos; mas en aquel momento, una pa-

lidez lívida, parecía haberse extendido sobre su bronceado rostro; sus ojos, antes tan brillantes, no expresaban más que una sombría tristeza, apenas disipada por la vista de Julia, y de los que la rodeaban; la esperanza no parecía posible ante aquel mal rápido, que en tan poco tiempo había emponzoñado las fuentes de la vida.

El pecho de Cora estaba enfermo: los primeros fríos la habían atacado de una manera incurable, y durante todo el invierno, languideció y declinó cada día un poco más.

La Europa mataba á esa hija del sol: apagábase como una planta de los trópicos relegada á la sombra: todos los cuidados imaginables se le prodigaban. Madama de Villiers había llamado á la cabecera de su hermana de leche la ciencia y sus prodigios, más la ciencia no podía crear lo que faltaba á aquel cuerpo doliente: el aire vivificante, las brisas natales, las abrasadoras caricias del sol.

Cora se apagaba en ese destierro, que mataba su cuerpo: pero su alma había encontrado una patria, y era la caridad quien se la había mostrado; la caridad de una niña! Desde el instante en que se hallaba libre, Julia corría al lado de Cora y llegaba á la pequeña estancia, con los ojos llenos de caricias y las manos llenas de presentes; llevaba á la enferma una flor tardía ó precoz, una hermosa fruta, un manjar delicado, una estampa, una estatuita de la Santísima Virgen, todo lo que creía que podía alegrar y consolar á Cora: el cansancio no parecía al-

canzarla jamás al lado de aquel lecho, donde se veía, sin embargo, una tan melancólica imagen del sufrimiento: recordaba á Cora las lecciones del Catecismo, oraba con ella y por ella, y cantaba para distraerla, con su voz dulce y suave, ya una melodía francesa, ya una canción en patois criollo: algunas veces le leía en voz alta una historieta, una anécdota consoladora y ejemplar indicada por su madre ó por Esther. La dulce mano de Julia la sostenía en este camino tan tenebroso para los que marchan solos: esa mano inocente llevaba la antorcha de la fe, que iluminaba con su luz divina los confines de la vida y de la muerte; gracias á la niña, la pobre Cora sabía que al salir de este mundo, su alma iría á descansar entre las manos de un padre lleno de bondad: ella no podía nada más, y confiada en esta esperanza, nada temía, ni sentía el espanto de la muerte.

La enfermedad tenía sus alternativas: el mal se calmaba alguna vez, y cuando bajo el cielo clemente de Anjou, el mes de febrero trajo algunos días bellos, Cora reanimada de repente á la vista del radioso sol, pudo levantarse, y hasta se halló tan bien un día, que se aventuraron á llevarla hasta el monasterio del Buen Pastor.

Sin embargo, una fiebre intensa la consumía, y la dejó sin fuerzas contra los primeros calores del estío; bien pronto Cora estuvo demasiado débil para soportar aquel sol, que era no obstante, como la sombra del que bañaba las rocas de Borbón. Ya no se levanta-

taba, y cada día preguntaba cuánto tiempo tardaría en llegar la fiesta de la Eucaristía: era la época fijada para la primera comunión de Julia, y Cora había manifestado el deseo de comulgar aquel día.

—No podré seguirus á la iglesia, señorita, —dijo meciendo la cabeza;—pero os precederé en otra parte!

La vispera de aquel gran día, Cora se hallaba más débil y más doliente que nunca; no obstante aun, formuló un deseo: pidió que le llevaran flores, y quiso arreglar un ramillete para la iglesia. Este era otras veces uno de sus talentos; sus diestras manos disponían maravillosamente las flores de estufa y las flores de los campos, la verdura ligera y la seda aterciopelada de las rosas y las camelias.

—Yo hice vuestro ramillete de boda, —dijo á madama de Villiers, —dejáme hacer uno para la primera comunión de la señorita Julia.

Llevaronle toda una cosecha de flores, que contempló con ojos enagenados de alegría; y sus dedos enflaquecidos empezaron á agrupar las rosas blancas, los claveles, los heliotropos y las flores del azahar que debían formar el centro del ramillete: pero sus manos débiles no pudieron ya prestarse á este ligero trabajo. El frío de la muerte la invadía y dejó caer sobre la colcha del lecho las ramas floridas, que debían sobrevivirla!

—¡Dios vé que no me es posible! —murmuró.

Hacia la caída de la tarde, pareció tan abatida, que el médico no respondió ya de su vida hasta el día siguiente. Llamóse al instante al sacerdote que la confesaba; la señorita de la Rochette preparó á toda prisa aquella habitación donde iban á cumplirse las últimas ceremonias, y el último sacrificio: el ramillete sin terminarse fue colocado sobre la mesa que debía servir de altar.

Julia volvió de la iglesia en aquel instante, y su buen corazón se oprimió al ver tan próximo el fin de la pobre Cora. El sacerdote entró pocos instantes después, y la ceremonia grave y tierna se verificó en silencio, y en medio del mayor respeto; último tributo que pagaban madama de Villiers á los recuerdos de su adolescencia, la señorita Esther á la piedad y Julia á un afecto nacido de la caridad. La Providencia permitió, que el día mil veces dichoso, que tanto había deseado, se obscureciese por aquel duelo doméstico: más no obstante, en el fondo del alma sentía una alegría inefable, conocida de aquellos solos que han visto las maravillas de Dios en las almas; Julia ofrecía al Dios que iba á recibir al día siguiente aquel haz que ella había recogido en la cosecha del eterno Padre. Cora moría tranquilamente; y durante toda la noche rezó con aquella fe sencilla y pura, que Julia le había comunicado.

Por la mañana vivía aún, y dijo con voz débil:

—Hoy es la fiesta del Corpus... ¿dónde está la señorita?

Julia entró en la estancia: estaba vestida de blanco: una ligera corona, también de rosas blancas, sostenía su velo, y en medio de la luz espléndida de una mañana de junio, apareció como un espíritu celeste que iba á librar á aquella alma que sufría. Cora le tendió los brazos por un último esfuerzo.

— Vos, señorita, vais á recibir á Dios, y yo voy á verlo, — le dijo. — El os bendecirá por todo lo que habéis hecho por vuestra pobre servidora; ¡cuando esté en el cielo, siempre, siempre rogaré por vos!...

— No pudo proseguir. Julia, conmovida, le dijo en voz baja:

— ¡Cora! ¡ruega allá arriba por papá y mamá!...

Las alegres campanas del Buen Pastor sonaban y llamaban á la niña á la sagrada mesa, Julia se despidió por última vez de la moribunda y se alejó con madama de Villiers.

Cuando volvieron á casa, conmovidas y dichosas, Cora había exhalado el último suspiro, auxiliada por la señorita Esther y consolada por su confesor.

X.

La adolescencia.

Algunas semanas después de lo que dejamos narrado, Carolina escribía á su amiga de Borbón, con quien no había cesado de tener correspondencia, la siguiente carta:

Angeres, 2 agosto de 18...

Mi siempre amada Laurencia: Tu amistad no se cansa de buscarme en el fondo de mi retiro: quieres saber lo que hago, lo que soy en el día, lo que hace y es Julia, y me animas á que te escriba de una manera que no puede ser más dulce para mí, hablándome de tu familia y de tu querida vida doméstica, tan afectuosa y tan animada.

¿Desearías pues, que yo viviese todavía en Borbón? ¡Ah! estoy ahí con frecuencia por el pensamiento! Mas permíteme que á mi vez te atraiga hácia Francia, á mi soledad que conoces tan bien y en la que me sigues con los ojos del corazón. Desde que te he escrito, hemos tenido penas y alegrías. Mi fiel Cora no es ya de este mundo; ha sucumbido á una enfermedad de lan-

Julia entró en la estancia: estaba vestida de blanco: una ligera corona, también de rosas blancas, sostenía su velo, y en medio de la luz espléndida de una mañana de junio, apareció como un espíritu celeste que iba á librar á aquella alma que sufría. Cora le tendió los brazos por un último esfuerzo.

— Vos, señorita, vais á recibir á Dios, y yo voy á verlo, — le dijo. — El os bendecirá por todo lo que habéis hecho por vuestra pobre servidora; ¡cuando esté en el cielo, siempre, siempre rogaré por vos!...

— No pudo proseguir. Julia, conmovida, le dijo en voz baja:

— ¡Cora! ¡ruega allá arriba por papá y mamá!...

Las alegres campanas del Buen Pastor sonaban y llamaban á la niña á la sagrada mesa, Julia se despidió por última vez de la moribunda y se alejó con madama de Villiers.

Cuando volvieron á casa, conmovidas y dichosas, Cora había exhalado el último suspiro, auxiliada por la señorita Esther y consolada por su confesor.

X.

La adolescencia.

Algunas semanas después de lo que dejamos narrado, Carolina escribía á su amiga de Borbón, con quien no había cesado de tener correspondencia, la siguiente carta:

Angeres, 2 agosto de 18...

Mi siempre amada Laurencia: Tu amistad no se cansa de buscarme en el fondo de mi retiro: quieres saber lo que hago, lo que soy en el día, lo que hace y es Julia, y me animas á que te escriba de una manera que no puede ser más dulce para mí, hablándome de tu familia y de tu querida vida doméstica, tan afectuosa y tan animada.

¿Desearías pues, que yo viviese todavía en Borbón? ¡Ah! estoy ahí con frecuencia por el pensamiento! Mas permíteme que á mi vez te atraiga hácia Francia, á mi soledad que conoces tan bien y en la que me sigues con los ojos del corazón. Desde que te he escrito, hemos tenido penas y alegrías. Mi fiel Cora no es ya de este mundo; ha sucumbido á una enfermedad de lan-

guidez, cuyos progresos han sido en los últimos días de su existencia extraordinariamente rápidos.

Julia ha hecho su primera comunión; ella ha cuidado, consolado é instruido á Cora; ella, en fin, la ha preparado á morir. ¡Si! esta criatura, que sabe apenas lo que es la muerte, ayudó á Cora en ese trance terrible; le hablaba del cielo con tanto encanto y de Dios con tanto amor, que le transmitió el deseo del cielo y el amor de Dios. Y esta buena obra, inspirada por su corazón tan amante, la ofrecía como una preparación para el santo banquete, al cual aspiraba con todas las fuerzas de su alma. Tú eres madre, mi querida Laurencia, y comprenderás la impresión profunda que hacen en mí las nacientes virtudes de mi hija: ¿no estás tú también orgullosa de tu Elisa?

¡Tu Elisa! ¿creerás que la envidio? Esto te asombra, sin duda, y oigo que me dices:

—Tienes una hija buena, encantadora, amante, y envidiada de las hijas de las otras madres!

Laurencia, lo que yo envidio á tu hija es la familia que la rodea, es el padre que le dará el brazo el día en que por primera vez aparezca en el mundo; es la consideración social que rodea vuestro nombre y el respeto público que se inclina ante la inalterable y fuerte unión de todos los tuyos; una sombra pesa siempre sobre la mujer separada de su marido, y esta sombra cae también sobre la inocente cabeza de su hija; la niña y la mujer tienen necesidad de un apoyo, de una protección... ¿Quién nos protegerá?

Estos pensamientos me entristecen con frecuencia. Yo no puedo rehacer mi pasado; no puedo decir tampoco que si mi suerte estuviera aún en mi poder, obraría ya de otro modo. Sin embargo, si hubiera reflexionado más en el porvenir que se preparaba para Julia, quizá, sí, quizás hubiera humillado mi altivez á su futura dicha.

¡Qué cosa tan implacable es el pasado, mi querida Laurencia! ¿Y qué hacer contra lo irreparable, sino confiarlo á Dios para que El lo perdone, y para que su dulce Providencia repare los errores de nuestra pobre naturaleza?

Esto es lo que trato de hacer: en mis penas, en mi soledad, me he sentido atraída hácia las ideas religiosas, por las que he sentido siempre un grande respeto; el ejemplo de mi amiga mademoiselle de la Rochette, el perfume que la dulce piedad de Julia esparce en torno suyo, me han conquistado y procuro seguir las en la vía por donde marchan con paso tan seguro y tan alegre. Abro mi corazón herido á Dios; le ruego que me perdone el haberme faltado en los días malos la paciencia; yo le confío mi hija y le pido que sea todo para ella; padre, amigo, guía, protector, y que se digne darle un día la felicidad que su madre no ha conocido.

Ya lo ves, querida amiga; mi vida vuela dichosa sobre un fondo de tristeza; pero tu amistad, la presencia de mi adorada hija, la fuerza y la dulzura de nuestra religión me sostienen y me dan lo que no he tenido nunca; la serenidad; no deseo ninguna otra dicha que la de Ju-

lia; que ella esté contenta y que yo la vea, esto me basta.

En este instante se halla en Caen y al lado de su padre, ausencia siempre penosa para mí, aunque no tenga ninguna inquietud acerca de sus sentimientos: me escribe con frecuencia; pero sus cartas, afectuosas como ella, son cortas. Es verdad que á su edad no se sabe aún espresar lo que se siente; el corazón late con energía; pero la pluma corre con lentitud. Algunas veces imagino que ya comprende lo que su situación tiene de triste y de excepcional... ¡Ay! sería demasiado pronto.

Adios, mi bien amada Laurencia, te envío una caja de libros. Ya verás que van sobre todo dedicados á tu Elisa, á la que abrazo con todo mi corazón. Escíbeme y cree en la fiel é inalterable afeción de tu amiga,

CAROLINA DE VILLIERS.

Las cartas de Julia eran cortas, en efecto, porque se hallaban en la imposibilidad de decirlo todo. El año que acababa de pasar había desenvuelto en ella la facultad de reflexionar y el espíritu de observación; no era ya la niña que sólo comprendía una cosa; si se le amaba ó no; no tenía otro cuidado que el de responder al amor con amor y con caricias á las caricias; siempre amaba lo mismo, pero penetraba más en el fondo de lo que la rodeaba, y la alegría acompañara rara vez á la penetración. Los que saben los tristes secretos del hogar son poco propen-

tos á reír. Así Julia, á pesar de la acogida tierna que había recibido, no había podido menos de conocer que su padre parecía un poco preocupado, que la salud de su abuela no era buena y que Jorge mismo tenía un aire sério y algunas veces melancólico. No osaba preguntar á nadie; pero se preguntaba constantemente lo que podría causar su pena y escrutaba los rostros de sus padres con la mirada inquieta del cariño.

Su abuela la tenía casi siempre á su lado y le había confiado de nuevo las funciones de ama de casa. Julia la secundaba con alegría; iba, venía, arreglaba, ordenaba, y los criados hallaban muy dulces las órdenes de aquella voz joven y siempre indulgente; pero Julia se admiraba de que su abuela, tan vigilante y tan activa, olvidase así sus derechos.

Ya no se veía á madama de Villiers aparecer en los cuatro puntos cardinales de la casa casi al mismo tiempo y como si Dios la hubiese dotado del don de ubicuidad; ya no se encontraba su mirada severa y penetrante, que inspeccionaba tan pronto el aseo de la cocina, el trabajo de la costurera, el polvo que dejaban sobre los muebles y el estado de las provisiones de la despensa; no se oía ya su voz breve, que reñía con frecuencia y no elogiaba casi nunca; esta actividad devoradora parecía estar en vacaciones. Madama de Villiers parecía descansar en los ojos de Julia; no salía de su cuarto, excepto á las horas de las comidas, y, aún en estas, per-

manecía en una inacción asombrosa para los que la habían conocido. Durante el día no leía, aunque siempre había un libro abierto á su lado; no trabajaba, aunque el cestillo de su tapicería se hallaba al alcance de su mano; no se ocupaba de su casa más que por el ministerio de su nieta.

Esta no la dejaba nunca: rehusaba, á fin de hacer compañía á su abuela, las invitaciones de los parientes que tenían en Caen, y hasta los paseos al jardín, las partidas de juego que le proponía Jorge, y parecía complacerse en ese retiro, en esas ocupaciones serias y en la conversación un poco triste y misantrópica de madama de Villiers.

¿Había conocido la juventud la madre de León? ¿Había conocido las impresiones repentinas de la alegría, las alegres sonrisas, la necesidad de animación, la plenitud de vida, el descuido inocente que dan tanto encanto á la aurora de nuestra vida?

Podía creerse que no: había tenido un alma apasionada, combatida por principios fijos y rígidos, y esta lucha había dado á su carácter cierta aspereza mezclada de melancolía. Poco comunicativa, aún menos aprobativa, se mostraba reservada en la vida ordinaria; silenciosa y altiva, nunca su carácter y su fisonomía habían tenido el sello de melancolía que ahora llevaba impreso.

Julia en su abnegación ingénua, se multiplicaba al rededor de su abuela; su tarea de consoladora no era fácil; la pobre Cora, con la cual había hecho su aprendizaje, sonreía

muy pronto, en tanto que la frente severa de su abuela no era fácil de serenar. Menos accesible que nunca á la distracción, aun cuando León estaba á su lado y trataba de alegrarla, parecía, decimos, que miraba algún punto negro dentro de ella misma, y absorta en sus pensamientos, respondía apenas al hijo á quien adoraba, y no seguía la conversación sino con muchas distracciones.

Un día, Julia se había sentado á sus pies en un almohadón; había cantado, tocado el piano, propuesto un paseo, abierto la mesa de juego y no había podido obtener ni una sonrisa, ni una sola palabra de aquiescencia: después de un rato de silencio, dijo con voz afectuosa:

—Abuelita, ¿os acordáis de que el año pasado me ofrecisteis enseñarme á hacer malla? Mirad, he encargado á Ursula que me compre una aguja, hilo y un mallero, y ya espero la lección; cuando sepa bien haré un encaje para guarnecer cortinas para vos y una colcha para mamá.

Al decir estas palabras, puso sobre la falda de madama de Villiers los delicados útiles de su trabajo; ésta los tomó, los tocó y los dejó caer repentinamente, volviendo la cabeza; lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas, sin que pensase en enjugarlas, y en su semblante estaba impreso el sello de un amargo dolor.

—Abuelita, ¿qué tenéis?— exclamó Julia arrojándose de rodillas delante de ella y echándole al cuello los brazos.—¿Os he dis-

gustado?... ¿os he causado alguna pena? Hablad, ¡reñidme si es eso, abuela mía!

—Mi querida niña, —respondió madama de Villiers con voz quebrantada, —mi amada Julia, no has hecho ni dicho nada que no me sea agradable. Más, —añadió dejando caer sus manos en los hombros de la niña, —tengo una grande inquietud, y tú no puedes remediarla, hija mía... ¡tengo miedo de perder la vista!

—¡Oh... abuela mía!

Y Julia se echó á llorar también con desconsuelo.

—Sé razonable, hija mía; tu dolor aumenta el mío y me desgarrá el alma... ¡Oh, Dios mío... no verte más... no ver más á mi hijo!...

—Pero, abuelita, ¡si vuestros ojos son tan hermosos y tan claros!...

—Me duelen mucho, sin embargo, y cada día se debilitan más; ya no distingo sino con mucha pena las letras de los libros y los puntos de mi tapicería... Y además, Julia, ¡mi madre era ciega!

La niña levantó por instinto sus ojos hacia el joven y fresco rostro de aquella abuela muerta á los ochenta años, y cuyo retrato, hecho en su juventud, adornaba el salón. Su asombro fue grande al pensar que unos ojos tan límpidos y tan bellos hubieran dejado de reflejar la luz. madama de Villiers adivinó su pensamiento.

—A la edad que yo tengo ahora, —dijo, —fue cuando perdió la vista.

—Pero, abuelita, es preciso consultar á los

médicos de París, ir allá... La señorita de la Rochette dice que los príncipes de la ciencia están allí: ellos os curarán.

—Ya he consultado con ellos por escrito, hija mía, y no tengo ninguna esperanza.

—¡Mi buena, mi querida mamá! ¡ah! ¡qué triste estoy! ¿Y qué dice papá?

—El no conoce mi triste certidumbre, Julia; espera aún que esto no sea más que una leve indisposición pasajera. La casa será triste para él cuando se encuentre solo, porque una pobre mujer ciega no supone nada, no es nadie!

Estas palabras arrancaron nuevas lágrimas á Julia: ella hubiera querido prometer su abnegación eterna á su padre aislado, á su abuela enferma, pero su madre la esperaba, la llamaba, ¡y solo á ella tenía en el mundo! Su alma se desgarraba entre aquel doble amor y aquel doble deber.

—Yo no he podido callar contigo, —prosiguió madama de Villiers, tomando á su nieta sobre sus rodillas, —quería explicarte el por qué estaba concentrada y triste, á fin de que no te lleves al irte un mal recuerdo de tu abuela; pero ahora es preciso que trates de ser fuertes, yo para sufrir, tú para verme sufrir. ¿Lo oyes, Julia?

—¡Yo no puedo! ¡tengo demasiada pena! ¡Padeceréis, y yo no estaré aquí! ¡Oh! —añadió la niña con un estremecimiento repentino y lleno de candor: —¡si mamá, que es tan buena, estuviese á vuestro lado, estaríais bien cuidada y bien consolada!

Madama de Villiers no contestó: su semblante tomó una expresión severa. Julia no se atrevió á proseguir, y su abuela sintió bajo su mano los latidos del corazón de la niña, que palpitaba como el ala de un pájaro asustado. Serenóse en seguida y respondió con dulzura:

—Cuando vuelvas á Caen, me remplazarás, cuidarás de la casa y crearás en ella algún bienestar para tu pobre padre. ¿Me lo prometes, Julia?

Esta se arrojó al cuello de su abuela, y en este momento, al sentir sus lágrimas y sus caricias, el alma altanera de madama de Villiers perdió algo de su tensión, nació en ella un pesar y dijo para sí:

—Yo hubiera debido quizá tolerar á la madre por la hija, más es demasiado tarde.

Y reteniendo á Julia en su falda, le dijo:

—No hables á nadie de lo que acabo de confiarte: no quiero entristecer á tu padre ni despertar en los demás una esteril compasión. ¿Me comprendes?

—Si, abuela mía, pero á Dios le hablaré, ¡pues estoy muy triste!

Dios fue, en efecto, el único confidente de Julia, que era discreta por naturaleza y posición. El mismo Jorge, su confidente ordinario, no supo nada, aunque se quejaba algunas veces de la asiduidad de su amiga cerca de madama de Villiers y de que pasase largas horas en aquella habitación donde no se le invitaba á entrar. Decía que se fastidiaba en sus estudios y en sus paseos solitarios,

pues no veía á Julia más que á las horas de las comidas y cuando alguna vez bajaba al jardín por la mañana; la niña cogía en el jardín las primeras dalias y las últimas rosas, y la seguía llevando el haz de flores que Julia iba cortando para colocarlas en el comedor y en la habitación de su abuela.

—¿Vais también hoy á pasar todo el día en el cuarto de madama de Villiers?—le preguntó Jorge una mañana:—¡las vacaciones se pasarán sin que hayamos hecho siquiera una pequeña excursión al campo! ¡Es divertido esto!

—¿Os parece,—repuso Julia dulcemente,—que puedo dejar á mi abuela enferma?

Jorge tenía ya cerca de diez y siete años; era casi un hombre: en vez de ablandarse con la triste y suave sonrisa de Julia, se irritó y repuso con voz sorda:

—¡Muy dichosa es de estar enferma! ¡asi os guarda para ella sola!

—¿Cómo podéis hablar así, Jorge?

—¿Pensáis que yo también no tengo deseos de veros?

—¡No estáis enfermo, Jorge!

—¡Estoy triste, que es peor!

—¿Qué tenéis, querido Jorge? ¡Decídmelo! Os lo pregunto por afecto y no por curiosidad.

—Ya lo sé, mi buena Julia.

—¡Yo os creía muy dichoso en Saint-Cyr. Jorge se encogió de hombros.

—¿No estáis ya contento con ser oficial? Ya sabéis lo que en otro tiempo disputába-

mos acerca del uniforme; yo prefería los lanceros y vos los dragones.

—¡Buena locura es todo eso! ¡Ya he perdido la afición á todos los uniformes del mundo!

—No estáis ya contento en Saint-Cyr! ¿no queréis ya ser oficial! ¿Y qué dirá papá que se hizo rogar tanto antes de daros el permiso para entrar en la escuela militar?

La frente del joven se obscureció.

—Eso es lo que me inquieta, —dijo, —mi tutor me acusará de inconstancia, de ligereza y me obligará á estar otro año en Saint-Cyr, cuando le tengo horror!

Julia quedó estupefacta: no podía creer que se quemase tan pronto el ídolo que se había adorado.

—Mirad, Julia, —prosiguió el adolescente caminando con precipitación y con paso agitado; —yo ignoraba lo que es la vida común con gentes de carácter, de costumbres, de educación, de sentimientos opuestos á los nuestros; yo no sabía lo que era esa disciplina estrecha, inflexible, que regla todas las acciones de un día, sin dejar lugar un instante al libre albedrío, á la propia voluntad... ¿No puedo ya oír la trompeta y el clarín, que antes me alegraban! Me parece que esos sonidos roncós y estúpidos van á llamarme á las maniobras, á la teoría, á las comidas, á los estudios, cosas todas que me han dejado desagradables recuerdos.

—Pero eso os parecía muy hermoso en otros días, —observó Julia; —sólo os ocupa-

ba una idea, ir al Africa y volver coronel con la cruz de honor.

—Eso es muy hermoso, en efecto, —dijo Jorge con calma, —para los que tienen esa vocación; yo conozco todo lo que hay de nobleza y de abnegación en la carrera militar, pero... *cedant arma togæ*, Julia.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que en mí las armas han cedido á la toga; no quiero ser oficial, sino legista, he hecho estudios clásicos y podré ser abogado tan bueno como otros.

—¿Pero qué dirá papá? ¿Sospecha que habéis cambiado de afición?

—No; al principio yo traté de acostumbrarme; era el más nuevo en el colegio y mis camaradas hacían de mí el objeto de sus pesadas bromas, de lo que llaman *la novatada*... ¿No sabéis nada de esto, Julia? Figuroos mil chanzas, las unas groseras, las otras necias y todas irritantes, que deben, según dicen, formar el carácter del nuevo educando, y que le son infligidas por los antiguos, á la vista y con la tolerancia de los superiores.

—¡Pobre Jorge! —exclamó Julia con sincera compasión.

—Si, me han fastidiado á su gusto y de ello me acordaré siempre. Terminada *la novatada*, he examinado, he reflexionado y me he convencido de que no sirvo para militar. Como á tantos otros, me ha dado vértigo el ver desfilar un regimiento llevando á la cabeza la bandera agujereada por las balas y los oficiales á caballo con la espada desnuda

y el pecho cubierto de cruces: las voces de mando, los clarines, la vista de esos rostros tostados que pasan, todo eso hace subir al cerebro una especie de embriaguez guerrera; mas la escuela con su prosa la disipa en los que no hemos nacido soldados.

—¿Y si os disgustáis también de vuestros nuevos estudios?

—¡No, os juro que no! Conozco un poco el derecho, me interesa y sería muy dichoso si pudiera dedicarme á él por completo.

—¿De veras?

Y Julia levantó el dedo con una amenaza amistosa.

—¡Palabra de honor!

—Esperadme,—dijo Julia;—voy á hablar á papá.

Corrió al gabinete de su padre, saltó sobre sus rodillas y en algunas palabras expuso la petición de su amigo Jorge. Monsieur de Villiers frunció el ceño.

—¡Un cambio!—exclamó,—¿por qué no ha reflexionado antes de entrar en Saint-Cyr? ¿No tenia tanto entusiasmo?

—Mi buen padre, Jorge está disgustado allí; no hará por eso nada bueno, y al contrario se tendria por dichoso siendo abogado!

—¡Eso es! ¡y después del derecho vendrá la medicina, y después, las ciencias, la literatura, el comercio, y cansado al fin, acabará por ser militar!

—No, papá; ya no cambiará; me lo ha prometido.

Julia defendió tan bien á su amigo, que su padre dijo por fin:

—Si Jorge quiere estudiar leyes aquí y sin poner los pies en París, consiento en ello. Julia volvió á participar al joven el resultado de su tentativa.

—¡Pero si eso es todo lo que deseo!—exclamó el adolescente,—¡no dejar yo á Caen! ¡vivir aquí, á donde venia cada año! ¡Oh, Julia! ¡Qué gratitud os debo!

—Venid á dar las gracias á papá,—dijo la niña.

Ambos corrieron á abrazar á León y cuando al día siguiente volvieron á hallarse solos, Jorge dió de nuevo gracias á Julia con efusión, y le dijo:

—Ya he preparado mis carpetas y mis libros, y mi tutor no tendrá que quejarse de mí; sería yo muy ingrato, en estos momentos sobre todo, si le diese algún motivo de contrariedad.

—¿Por qué más en estos momentos que en otros?—preguntó Julia.

—¡No debía haber hablado tanto!—dijo el joven con pesar.

—Mas ¿por qué?

—Pues bien, Julia; ya que he empezado á hablar, sabed que el comercio de vuestro padre ha sufrido un poco con pérdidas que no previa; ahora se halla en una escasez momentánea; pero dentro de algunos meses todo estará reparado...

La llegada de la doncella de madama de Villiers interrumpió á Jorge; pero sus pala-

bras quedaron grabadas en la mente de Julia. Como todos los niños educados en la opulencia, no tenía una idea exacta de las penas materiales ni de las palabras que las representan. La palabra escasez, entre otras, le parecía encerrar un abismo de males, y excitó en su corazón la más tierna, la más respetuosa compasión hacia este padre, que luchaba así con las dificultades de la vida y que hallaba aun medio de ser dulce y cariñoso para ella; mas no se atrevió á hablarle de sus inquietudes, ni tampoco á su abuela; limitóse á manifestarles con doble ternura y cuidado las alarmas de su cariño.

Cada viaje había acrecido el amor de los padres por aquella niña, que hallaban cada viaje más amable; su abuela, sobre todo, más triste, más aislada que antes, veía llegar con dolor el momento que la separaría por un año de ese amor atento, de esas caricias candidas y tiernas que eran como un rayo de luz en su noche.

—¡Ya estaré ciega del todo cuando vuelvas!— le decía con tristeza.

—¡Si pudiera quedarme! Pero mamá, que está tan sola, me espera y me desea... Os leo todas sus cartas, abuelita mía, y ya sabéis cuánto me quiere.

—¡No trato de usurparla sus derechos!— respondió madama de Villiers con alguna amargura; —y no obstante, Julia, le haces menos falta que á mí.

Todos pensaban lo mismo; todos hubieran querido retenerla, y el padre, la abuela y el

amigo de la infancia sintieron correr sus lágrimas cuando Julia les dió el abrazo de despedida y les envió por la portezuela del coche sus últimas promesas, sus últimas palabras de amor, y su último y dulce beso en la punta de sus rosados dedos.

—¡Por un año!—dijeron todos. Y un pesar silencioso penetró en el alma de los que habían permitido que aquella flor fuese transplantada bajo otro cielo.

Carolina á quien aquellos dos meses habían parecido dos siglos, recibió á su hija con delicias, y Julia, que había llorado durante el camino, halló de nuevo su alegría y su sonrisa al hallarse entre sus dos madres.

El primer día se pasó todo en conversación; Carolina, que era dichosa, compadeció á la madre de su esposo, y dijo volviéndose hacia la señorita Esther:

—Si yo estuviese á su lado, quizás ahora nos entenderíamos mejor; no me costaría absolutamente nada ceder en todo á una persona enferma.

Al día siguiente, cuando Julia se halló sola con su madre, le habló aun de su viaje, y dejando desbordar de su corazón el secreto que llevaba desde hacia tres semanas, dijo confiadamente á su madre lo que Jorge le había revelado.

—¡Papá está en la escasez; si supieras, madre mía, qué daño me hace esta idea!... Muchas veces le veía pálido y triste, trabajando sin descanso todo el día, y una vez que me levanté muy temprano vi luz en su des-

pacho y la sombra de papá que se paseaba con aire muy abatido...

Esas palabras que Julia no pudo acabar sin derramar algunas lágrimas, despertaron en el alma de Carolina una súbita simpatía. ¿Era por la hija, ó por el padre? Ella misma no hubiera podido decirlo. Reflexionó durante largo tiempo, acariciando los cabellos de Julia, reclinada en sus rodillas, y, levantándose después, se sentó de nuevo delante de su buró, tomó pluma y papel, escribió algunas líneas, borró, volvió á empezar y alargó por fin á Julia la carta siguiente:

Caballero: He sabido que numerosos quebrantos, que pértilas sucesivas pueden hacerlos experimentar algunas dificultades en vuestros negocios, y deseo poner en vuestras manos una suma de la que puedo disponer. Hoy escribo á mi notario de Caen que esté pronto para confíárosela á vuestro primer aviso. Dignaos no rehusar; aceptad este pequeño servicio sencillamente, como lo recibiríais de un amigo. En caso necesario os lo pido en nombre de Julia. Nuestra querida hija ha traído un viaje feliz y os escribirá mañana. Espero de vos una respuesta afirmativa, que me dejará vuestra obligada,

CAROLINA.

—¿Estás contenta, Julia mía?—preguntó Carolina luego que su hija hubo acabado de leer.

—¡Ah, mamá, qué buenas eres! ¡Ahora

verán si eres buena! ¡Qué contenta estoy y cuán agradecida!

Carolina sonrió, en tanto que su hija le besaba las manos con efusión.

Pocos días después madama de Villiers recibió una carta que abrió con emoción; el sello y la letra le recordaban el tiempo en que su corazón palpitaba al oír el paso del cartero y en que recibía con una alegría tímida y llena de esperanza las misivas de su prometido.

¡Cuán lejos estaban aquellos días! ¡Cuántas sombras habían pasado sobre aquellos primeros rayos! Y no obstante, ella no había podido olvidar ni ser insensible al destino de León; Julia, colocada entre ellos, los unía aún...! y más que nunca. Carolina lo había comprendido así al ver llorar á su hija por las inquietudes de su padre.

La carta decía así:

Caen, noviembre de 18...

Vuestra carta, Carolina, me ha conmovido profundamente, y quiero expresaros mi sincero reconocimiento. No me atrevería á rehusar vuestro cordial ofrecimiento; y acepto por seis meses el préstamo que tenéis la bondad de hacerme, y que no correrá ningún riesgo en mis manos. Ya he dado respecto á esto explicaciones y garantías á vuestro notario.

Veó que mi querida Julia se ha preocupado profundamente de un poco de tristeza que no he podido ocultar, y que explican á la vez los cui-

dados del comercio y el pesar que me causa la enfermedad creciente de mi pobre madre. La vida, al avanzar, no se hace más risueña. ¡Ojalá no tengáis vos de qué quejaros, y ojalá nuestra adorada hija sea tan dichosa como merece!

Confestaré muy pronto su amable carta. Soy, Carolina, con sincera gratitud vuestro afectísimo.

LEÓN DE VILLIERS.

Carolina comunicó esa carta á su hija y leyó en aquel rostro cándido un profundo enternecimiento, que ella no procuraba tampoco ocultar. Su alma, como una agua transparente, no ocultaba nada, ni sentimientos ni pensamientos; ¿qué tenía, por otra parte que disfrazar? Ninguna de las afecciones de su corazón exigía el misterio, amaba libremente, y á la luz del día, dejaba ver á su abuela cuánto quería á su madre, y jamás había ocultado á Carolina el amor y la simpatía que la atraían hacia su padre. Toda su diplomacia consistía en la sencillez, y sin saberlo, poseía la habilidad de ciertos políticos que consiste en no tener ninguna.

La inquietud que Julia había traído de Caen se había disipado; la carta de su padre la tranquilizaba acerca del presente y del porvenir, y volvió á su vida acostumbrada, llena de dulzura en su monotonía. Trabajaba, estudiaba con mademoiselle de la Rochette, paseaba también con ella, porque madama de Villiers no gustaba de andar, y temía ade-

más los ataques del frío, de la lluvia y del viento; pero por la noche, la madre y la hija no se separaban, se leía un poco, se hablaba mucho y la señorita Esther, que tenía en el alma un ardiente amor á los pobres, trabajaba para ellos y hacia trabajar á su educanda.

Siempre había alguna miseria nueva sobre el tapete; ya era una envoltura para un recién nacido, un vestido ó una blusa para el niño que iba á entrar en la escuela, una camisa para un enfermo, unas medias para un anciano. Carolina proveía de telas, Julia ponía el trabajo y la institutriz lo daba al más necesitado; era una asociación encantadora é inocente en provecho de la caridad.

Pasábanse las noches muy rápidamente; algunas veces las familias amigas de madama de Villiers iban á tomar el té y llevaban á ese interior apacible y un poco melancólico los ecos lejanos del mundo, de sus ruidos y de sus fiestas; pero esas voces de sirenas que de ordinario encantan á las jóvenes, no hallaban el camino de los oídos ni del corazón de Julia; aquellos y éste estaban abiertos hacia otro lado, y siempre atentos para escuchar esas dulces voces que dicen: deber, amor, unión, y que tienen necesidad de silencio interior para hacerse oír.

Poco importaba á Julia que Estefanía, que tenía algunos años más que ella, fuese á un baile ó causase efecto en él; que la bella voz de Amelia se atrajese las alabanzas de los inteligentes; que hubiera muchos ado-

radores alrededor del dote de Luisa; ella no envidiaba los triunfos de las unas ni las riquezas de la otra, y cuando su pensamiento se separaba del círculo querido que rodeaba la mesa del salón, era para volar hacia Normandía, y para detenerse al lado del sillón en que pasaba la abuela largos días solitarios, ó cerca del buró en que León velaba solo, con la frente sombría y plegada bajo los cuidados de la vida.

A tantas afecciones como llenaban la vida de Julia se había unido otra nueva; amaba con amistad, por la primera vez, y es un sentimiento muy vivo el que va por la primera vez á un corazón amigo que le responde fuera del hogar doméstico; su prima Margarita, que Julia había preferido siempre á todas las demás, había llegado á ser su amiga, su émula, pero no su confidente.

Julia no tenía más que un secreto; deseo misterioso sepultado en el fondo de su alma y del que solo hablaba en la oración. Mencionar ni aun á su mejor amiga la división de sus padres, estaba en oposición con todas las delicadezas de su alma.

—¿Qué pensáis de la amistad que Julia siente hacia su prima?—decía á Carolina mademoiselle de la Rochette.

—¿Que la apruebo con toda mi alma! Yo he padecido demasiado en mi primera juventud por el aislamiento en que vivía para no desear evitar á mi hija esa pena, para no anhelar que forme hoy relaciones que la seguirán más tarde. Es muy dulce poder de-

cir á alguno: ¿Te acuerdas? pero vos misma, ¿qué pensáis de Margarita?

—Nada que no sea muy bueno; es piadosa, modesta, y además tiene un conocimiento de la vida práctica que le falta á Julia.

—Sin duda, Margarita es la mayor de sus siete hermanos, y puede decirse que es una madre por la previsión y la prudencia.

—Una sola sombra hay en el cuadro,—obtuvo mademoiselle de la Rochette. Margarita es la mayor de sus hermanas, pero tiene un hermano mayor que ella, ese gran Felipe... ¿No teméis nada, Carolina? ¿No sería posible?...

—Julia no tiene aún quince años,—respondió madama de Villiers,—es demasiado niña para que ese joven pueda pensar en ella; pero en todo caso, Felipe es conocido, pertenece á una familia que la ama, y este casamiento la fijaría para siempre á mi lado. ¿No os parece que es un buen partido el que reúne estas circunstancias? Ya había pensado en esto, querida amiga; creo que las ventajas son más que los inconvenientes. ¿Por qué he tenido yo tantas penas? ¿Por qué me he hallado en una situación excepcional? Porque era extranjera, y no tenía amigos... ¿No sería, pues, locura el rehusar á Julia probabilidades más favorables? Yo repito lo que decía una mujer célebre: *¡Obligaré á mi hija á casarse por inclinación!*

—En efecto,—dijo la señorita de la Rochette,—esa es la única dicha verdadera, y

Julia sabrá comprenderla. ¡Tiene un alma tan amante y tan pura! ¡Que Dios le dé la gracia de elegir bien!

—Somos dos para velar por ella,— dijo Carolina estrechando la mano de su amiga.

Julia no sospechaba las preocupaciones de que era objeto; se interesaba por todo lo que concernía á Margarita; desde Felipe el hermano mayor, á quien costaba mucho trabajo estudiar derecho, hasta el pequeño Claudio, que con gran dificultad echaba los dientes, todos merecían su afecto en aquella familia; Claudio le interesaba tanto por lo menos como Felipe.

Margarita tomaba muy por lo serio su papel de hermana mayor; tenía la gravedad, la previsión, los cuidados de una verdadera madre de familia. La suya, que estaba enferma, se levantaba tarde, y ella era la que vestía, lavaba y peinaba á los más pequeños, los hacía rezar la oración de la mañana y les daba de almorzar. Durante el día y en los intervalos de sus lecciones, cosía y secundaba á su madre en los cuidados de la casa; por la noche tomaba de memoria la lección á los colegiales y la gramática á las niñas antes de llevarlos á cenar.

Si los pequeños, que cuidaba con un afecto enteramente maternal, la preocupaban, Felipe, el mayor, era para ella objeto de una especie de culto. A sus ojos nada había más hermoso, más amable: como todos los seres demasiado amados, le causaba algunas veces vivas y punzantes inquietudes,

porque Felipe no era aplicado ni razonable. Cuando su madre hablaba de esto, Margarita suspiraba, y su padre menos tierno, fruncía las cejas.

Julia seguía á su amiga á través de esa existencia activa, que la iniciaba poco á poco en los sufrimientos y en las tristezas de la vida; su corazón afectuoso padecía con las penas ligeras ó graves que afligian á Margarita; la enfermedad de uno de los niños, el estado de languidez de su madre, la pereza de una hermanita, las travesuras de un hermano pequeño, y sobre todo, las locuras de Felipe; cuando éste volvía por la noche tarde, cuando había disgustado á su padre, Margarita le reñía dulcemente, y Julia, tomando también un aire grave, levantaba el dedo y decía:

—¡Ah, señor Felipe! ¡no está bien el que causéis pena á mi buena Margarita! ¡Un futuro notario!...

Pero le dirigía esta reprimenda con el mismo tono y con la misma indiferencia con que decía á Claudio:

—¡Estate quieto, niño, estate quieto! ¡no hagas tanto ruido!

Los días, las semanas se pasaban así, ligeros y tranquilos; fáciles deberes, santos afectos, dulces estudios ocupaban el curso del tiempo; una sola idea triste y abrumadora venía con frecuencia á la memoria de Julia, la de su abuela enferma; y las cartas de León, sin apoyar sobre este penoso objeto, dejaban entrever que la situación de ma-

dama de Villiers no había mejorado absolutamente nada; con muy tristes presentimientos fue, pues, como Julia partió aquel año para Normandía.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

X

La noche.

Madama de Villiers se hallaba sola en su cuarto, recostada en el fondo de su sillón, que ya no dejaba desde que las tinieblas se habían condensado más y más en torno suyo. ¡Esperaba ¡ay! en la inacción á que había sido reducida, esperaba con frecuencia, esperaba siempre!

Mas en aquel instante el esperar era dulce. Julia iba á llegar y la tristeza de diez meses de ausencia iba á fundirse como la cera ante aquel rayo de alegría.

Un carruaje resonó en la calle, se detuvo á la puerta de la casa, y después de un corto intervalo, un paso ligero se oyó en el corredor, y madama de Villiers se sintió tiernamente estrechada entre los brazos de su hija.

—¡Mi amada Julia!—exclamó la pobre señora.—¡Ya no te veo! ¡ya no te veré más!

Julia volvió hacia su padre, que la había seguido, una mirada llena de lágrimas, y dijo tímidamente:

—¡Madre mía, aún no está perdida toda esperanza! papá me ha dicho que más tarde... una operación...

—Yo no espero nada,—dijo madama de Villiers con una firmeza un poco amarga.—¡Me han hecho tantas promesas!... Mas no quiero afligirte, hija mía; estás cerca de mí y es como si me hubieran devuelto los ojos.

—Y yo espero, mi querida madre,—dijo León,—que la presencia de nuestra Julia os obligará á salir un poco de esta habitación en que os confináis; yo os confío á su guarda.

—¡Oh, sí!—exclamó Julia besando la mano de su abuela.—¡Ya no nos separaremos!

Madama de Villiers la retuvo dulcemente, y volviéndose hacia el lado donde estaba su hijo, le preguntó:

—¿La encuentras cambiada? me parece que ha crecido.

—Ha crecido mucho, madre mía; Julia tiene ya la elegante estatura de su madre, su talle delicado y el aire de una joven.

—Veamos,—dijo la pobre ciega.

Y pasó ligeramente su mano por el rostro inclinado de su nieta.

—También á tí se te parece, hijo mío,—dijo con visible satisfacción;—aquí están tu frente despejada, tus cejas finas y arqueadas, tu nariz recta y tus grandes ojos... ¿De qué color los tiene Julia ahora?

—Como antes, mamá; azules con cejas y

pestañas oscuras; unos adorables ojos, á fe mía!

Y el padre besó amorosamente los ojos de su hija.

—Entonces como tú también... y su boca es la de todos nosotros... la boca de la familia, no muy pequeña, pero muy bella y adornada de una linda dentadura.

—Si, mamá, Julia tiene vuestra boca encantadora, y la suya es además bien dulce y sonriente.

—También lo era la mía á su edad! A los quince años ¿qué boca no sonrie? Después las penas, los cuidados... la tristeza... En fin, he vuelto á hallarte, hija mía, y todo irá mejor.

Todo fue bien, en efecto; los habitantes de la vetusta casa hallaron pronto la dulce costumbre de ver á Julia; la costumbre añada á la felicidad un encanto apacible, y Chateaubriand ha dicho con su razón desdenosa:

Si yo tuviera aún la locura de buscar la felicidad, la colocaría en la costumbre.

León volvió con alegría á las caricias y á la conversación tierna y alegre de su hija, Jorge á la dulce y fraternal amistad de la niña; pero madama de Villiers, sobre todo, se apoderó de ella, como lo haría un águila de una paloma que destinase á alegrar el espacio en que volase; no quería que Julia se separase de ella; pero Julia le imponía sus pequeñas leyes; hacíala salir é ir por la mañana á la iglesia y por la tarde á paseo.

Madama de Villiers accedía á todo con tal de apoyar su mano en el brazo de su nieta, con tal de escuchar aquella voz límpida que le hablaba de los objetos exteriores y que disipaba ese sombrío hastio que las tinieblas crean al derredor de los ciegos.

La habitación en que desde su ceguera se había encerrado como en un calabozo, sufrió también algunos cambios bajo la influencia de Julia; desde que sus ojos perspicaces no las inspeccionaban ya, aquellas dos ó tres estancias que madama de Villiers amaba y prefería habían adquirido un aspecto descuidado; el polvo invisible y terco se había reunido sobre los muebles; los espejos y los cuadros habían perdido su brillo, y los libros que ya no se leían, se habían arrojado en el estante con el título hacia abajo; el reloj estaba parado, fiel y triste imagen de su señora; ¡parecía que el gran resorte de su vida se había roto!

Julia restableció por todas partes el orden y con él la gracia; muebles y pinturas recobraron su brillo; las flores ocuparon de nuevo los grandes vasos de la China; cerca del sillón se agruparon todos los objetos de que la ciega podría tener necesidad, y el tic-tac de la péndola resonó como en otro tiempo en la estancia tranquila.

—¿Le has dado cuerda, Julia?—preguntó madama de Villiers.—¿Y para qué? ¡Ya no puedo consultarlo!

—No, abuelita; mas podéis oirlo. Escuchad.

Una música argentina anunció el medio día.

—¿Le has cambiado acaso, hija mía? Mi reloj no era de música.

—Abuelita, he traído aquí el que tenía en mi cuarto, que papá compró porque tenía sonatas que me divertieran y que tanto me gustaban cuando era pequeña; cuando toque, os hará pensar en mí.

—No tengo necesidad de oír el reloj para eso; en tí pensaba siempre antes en medio de todas las ocupaciones del día; y ahora, en mis tinieblas, veo siempre tu rostro y el de tu padre; tu pobre y vieja abuela no es ya buena para otra cosa que para pensar.

—¡Y para amarnos! ¡y para hacer nuestra alegría!

—¡Daros alegría yo!...

Una sombra amarga pasó por la frente de madama de Villiers y reveló el fondo de su pensamiento; en otro tiempo era ella el alma de esta vasta casa, y empleaba en el cumplimiento de sus deberes, desde el más pequeño hasta el más grande, una voluntad firme ayudada por una viva inteligencia, y por una fuerte salud; lo que ella quería no había conocido jamás ni trabas ni obstáculos, y Carolina había probado que el cetro que sostenían aquellas manos poderosas no podía ser compartido. Y el alma, tan ardiente como en otro tiempo, la voluntad tan firme, el cuerpo mismo tan sano, tan robusto, se hallaban impotentes y reducidos á la nulidad por la dolencia de un solo órgano! ¡La

impotencia, la inmovilidad, la ignorancia del mundo exterior, la dependencia, tristes compañeras nacidas de las tinieblas, habían seguido á la dolorosa ceguera! Un solo obstáculo había servido á paralizar esa fuerza, á quebrantar esa vida, y durante sus largas horas de silencio y soledad, durante sus largos días muy parecidos á sus noches, madama de Villiers se daba cuenta á sí misma, con una lucidez implacable de lo que había sido y de lo que era.

Resultaba de eso una sublevación interior que no quería dar á conocer y que por lo mismo no podía ser consolada. Su hijo mismo, aquel hijo tan amado no obtenía en este punto la más leve confianza. Su madre, quizás por no affigirle, callaba delante de él y parecía resignada; mas ¡cuantas lágrimas comprimidas derramaban los ojos sin luz de la desgraciada señora al hallarse en la soledad de su cuarto! ¡Cuántos gritos de angustia dejaba escapar que no podían convertirse en plegarias!

Sólo Julia, con su piedad ingenua, la serenidad de sus maneras y de sus pensamientos le hacía algún bien, y le infundía en alguna suerte la dulzura y la sumisión: era un magnetismo que su bondad y su juventud ejercían alrededor suyo y que la calmaba, como una música armoniosa ó como algunos paisajes, cuya tranquila belleza apacigua nuestras agitaciones.

También León sentía la influencia de esa magia de la adolescencia y de la bondad,

porque aun cuando sus negocios fueran restablecidos de una manera ventajosa, la enfermedad de su madre extendía por su casa una tristeza sombría.

—¿Qué vacío va á dejarme mi Julia al partir!—decía frecuentemente á Jorge.

Este era el menos preocupado: los pesares, las previsiones lejanas no son del dominio de la juventud; era dichoso con la presencia de Julia; sin ir más lejos tenía ante él el porvenir, los anchos espacios, los radios horizontes, y en estos, á decir verdad, él no separaba su pensamiento de su infancia.

—No podéis creer, Julia,—le dijo una tarde,—qué servicio me habéis hecho librándome de Saint-Cyr y de sus matemáticas; me habíais engañado por completo acerca de mis tendencias.

—¿Y sois ahora dichoso, Jorge?

—Perfectamente; amo el estudio del Derecho; es una bella ciencia que tiene analogía con la Filosofía y con la Historia, á las que siempre he tenido gran predilección. El centro en que vivo me conviene; nuestra ciudad de Caen es tranquila y propia para el estudio; se acabó el tambor y la teoría. Una buena biblioteca; en el Palacio de Justicia negocios que me interesan y oír defensas de los buenos abogados para ir yo aprendiendo á defender; ¡qué diferencia! Ya he pasado el primer examen y voy á entrar en las prácticas; dentro de dos años podré ya hacer mi primera defensa, Julia.

—Yo conozco en Angeres un joven á quien cuesta mucho trabajo salir bien de los exámenes; no tiene tanta afición á las leyes como vos, Jorge.

—¿Conocéis á un joven que estudia leyes, Julia?

—Sí, uno de mis primos; Felipe, el hermano de mi querida Margarita, será notario.

—¡Hum! ¡notario! Los abogados son mucho más independientes,—observó Jorge con desdén.

—¡También la de notario es una carrera muy honrosa!—dijo Julia algo picada.

Jorge quiso demostrar á su amiga la superioridad de la abogacía sobre el notariado; ella le escuchaba apenas, y prosiguiendo el hilo de su pensamiento, dijo:

—Espero que no haréis como mi primo Felipe, que no va casi nunca á misa el domingo. ¡Con esto da mucha pena á Margarita y á su madre!

—No, Julia,—contestó el joven con acento serio.—Yo guardo la medalla que me disteis y ella me ha traído la dicha; con ella he conservado mi fe, y vos y yo oramos ante los mismos altares.

Al decir estas palabras mostró á Julia la medalla de oro pendiente de la cadena de su reloj.

—¡Ah! ¡estoy muy contenta!—exclamó la jovencita,—y yo también Jorge, yo también he guardado todo lo que me habéis dado: los dibujos, los libros, el pupitre, la plu-

ma de marfil que me habéis traído de Dieppe, y mi querido jilguerito, que ya es muy viejo.

—Y hacéis muy bien, Julia,—dijo Jorge estrechándole la mano;—porque no tenéis mejor amigo que yo, ni aun entre los notarios.

Julia sonrió como una persona convencida, y se separaron.

Desde hacía algunos días notaba la niña que su abuela parecía sentir una especie de contrariedad, como si estuviese bajo el yugo de uno de esos pensamientos que llegan á los labios, pero á los cuales no se deja salir de ellos.

Julia no se atrevía á interrogarla; pero probaba todos los asuntos de conversación para ver si podría descubrir lo que se agitaba en el alma de la anciana señora; las esperanzas que podía dejar la enfermedad de madama Villiers, formaba con frecuencia el objeto de la conversación.

—Mi buena madre,—decía Julia;—dentro de un año, cuando yo vuelva, estaréis curada sin duda, pues el médico dice que se puede intentar la operación: ¡qué alegría!

—Querida mía, yo no creo ya gran cosa en la alegría, y esta operación por sí sola es una gran prueba.

—¡Oh, sí! ¡y yo tendré ese día el corazón muy oprimido! ¡Cuánto rogaremos á Dios y á su Santa Madre, por vos, abuelita mía! ¡y mamá también y la señorita Esther!... ¡Estad segura!...

—Ya lo sé, hija mía... tú me quieres y quieres también á tu padre... así es que quisiera pedirte una cosa...

—¡Decidla, abuelita mía!

—Pues bien, Julia: debo sufrir la operación de las cataratas en febrero; será un momento terrible para tu padre, y tanto más, cuanto que el resultado de esas operaciones es siempre dudoso. Se hallará solo, solo con Jorge, que no le será de gran alivio: ¿querías tú, podrías, mi querida hija, venir aquí durante esos días? Tu presencia nos sostendría, nos consolaría en el caso posible de que la operación fuese inútil, y aumentaría nuestra alegría si Dios permitiese... ¡yo ansiaba pedirte esto... más no me atrevía... me he vuelto tímida!

La pobre ciega quiso sonreír, pero las lágrimas borrarón aquella sonrisa.

—¡Tengo miedo de ser importuna!—murmuró á media voz.

—¡Oh, madre mía!—exclamó Julia, con tono de dulce reproche y cubriendo su frente y sus ojos de besos.—¡Injusta madre mía! Ahora mismo voy á escribir á mamá, pidiéndole permiso para volver en febrero y me lo dará.

—Si, hija mía, escríbele y dile que yo se lo ruego.

La respuesta no se hizo esperar; Carolina acordaba la autorización y expresaba en pocas palabras su simpatía por los padecimientos de madama de Villiers. León leyó esta carta varias veces y dijo al fin en voz alta:

—¡Hay mucho corazón en estas pocas líneas!

Julia no dijo nada, pero guardó en el fondo de su corazón el recuerdo de estas palabras, como un grano precioso, que debía dar más tarde flor y fruto.

La partida fue menos triste con la promesa de la vuelta, y Julia, cuyo corazón estaba dividido entre dos amores, tuvo el placer de ver que su madre simpatizaba con sus propias impresiones.

El tiempo había hecho su obra en el espíritu de Carolina; sus pesares de otro tiempo habían perdido su aspereza; la dulce onda del olvido había ahogado en sus aguas las palabras, las acciones, cuyo solo recuerdo la irritaba otras veces: las penas de su primera juventud estaban lejos y la imagen de la madre de su esposo no le aparecía ya bajo su aspecto de enemistad.

Julia, mensajera de paz, como la paloma del arca, había adelantado insensiblemente en su obra. Como la aguja de una industriosa obrera, que va de un desgarrón á otro, los acerca y los reune, sus dulces palabras, sus intenciones á la vez, rectas y diestras, su atención para no herir á nadie, el cuidado que ponía en hablar bien á los unos de los otros, y en fin, el supremo poder del amor que extendía sobre todos, había adelantado en silencio su obra de reparación: el bálsamo había caído gota á gota; el hilo de seda había zurcido lentamente; nadie se había dado cuenta de este silencioso progreso; pero Ju-

lia, que lo presentía, se preguntaba cuál sería el dichoso coronamiento. Ella rezaba siempre y su corazón palpitaba de alegría, cuando leía en el Evangelio: *Pedid y recibiréis: Llamad y os abrirán.*

—¡Yo llamaré hasta que no tenga fuerzas!—decía para sí.

Carolina la había recibido con una alegría que era siempre nueva: ambas volvieron con la señorita Esther á su dulce vida acostumbrada, en la cual Margarita tenía su sitio, y el invierno como el otoño huyeron breves como un sueño.

Las cartas de León recordaban sin cesar el compromiso que había contraído, y á mediados de febrero, aquella volvió á Normandía, siempre bajo la guarda de la vieja Ursula, que no quería ceder esta prerrogativa.

Julia llegó dos días antes del designado para la operación y el corazón de la pobre niña se oprimió y palpité dolorosamente al pensar en el momento quizá dichoso, tal vez cruel, y en todo caso decisivo. Temblaba, figurándose lo que iba pasar, y no pudo menos de prorrumpir en lágrimas al abrazar á su abuela.

—¡Consuelo mío!—exclamó ésta,—¡si tú estuvieras siempre á mi lado, creo que no sentiría la pérdida de mis ojos!

—Será muy bueno verla, sin embargo,—observó León,—y espero, querida mamá, que os convenceréis de esto dentro de pocos días.

Madama de Villiers alzó sus ojos apaga-

dos hacia el cielo, con una expresión tranquila, que admiró á Julia, porque no la conocía: hubiérase dicho que había vuelto su fuerte voluntad contra sí misma para aprender la paciencia y que se hallaba decidida á sufrir su suerte, cualquiera que fuese. Era un primer paso hacia la resignación que, así como lo ha dicho una mujer ilustre de nuestros días, es el secreto de poner á Dios entre sí mismo y el dolor.

XI

Las cataratas.

¿Habéis tenido la desgracia de asistir á una operación quirúrgica, cuando el hierro cruel y benéfico trabaja en uno de esos seres que os interesan hasta el fondo del alma?

Si es así, habréis comprendido las palabras enérgicas de la Escritura: y la espada os habrá atravesado el alma; porque el alma se identifica con aquella carne que palpita y como ella, sufre y sangra bajo el cuchillo del operador.

Julia sentía en todo su cuerpo esa connocción punzante, en el momento en que, arrojada al lado de su abuela, cuya mano sen-

tía entre las suyas, esperaba á que el oculista empezase su obra terrible. León, en pie, á dos pasos, miraba con angustia á su madre, que parecía extraordinariamente tranquila. El momento del valor había llegado y madama de Villiers tenía bastante para desafiar, no solo la angustia del dolor, sino la mayor aún de la incertidumbre.

—¿Estáis pronta, señora?—preguntó el facultativo.

—Cuando gustéis, podéis empezar, contestó con voz firme.

La operación fue muy rápida, porque solo tuvo lugar en el ojo derecho: el izquierdo se había declarado perdido por completo. Se oyó un débil suspiro, única muestra de dolor de la paciente: hubo un minuto de espera cruel... León y Julia esperaban que su madre iba á reconocerles y que en el primer rayo de luz que llegase á sus ojos, se pintarían sus imágenes; pero madama Villiers no pareció ver nada, permaneció en la actitud inmóvil que le era familiar, y cuando el médico le puso sobre los ojos un vendaje negro, preguntó solamente:

—¿Está obscuro mi cuarto? No he visto nada.

—Paciencia, señora,—dijo el oculista;—necesitamos algunos días para juzgar del resultado de la operación; el reposo... la calma más absoluta os son necesarias en este momento.

León tomó el brazo de su madre y la condujo á su dormitorio, que era un lindo gabi-

dos hacia el cielo, con una expresión tranquila, que admiró á Julia, porque no la conocía: hubiérase dicho que había vuelto su fuerte voluntad contra sí misma para aprender la paciencia y que se hallaba decidida á sufrir su suerte, cualquiera que fuese. Era un primer paso hacia la resignación que, así como lo ha dicho una mujer ilustre de nuestros días, es el secreto de poner á Dios entre sí mismo y el dolor.

XI

Las cataratas.

¿Habéis tenido la desgracia de asistir á una operación quirúrgica, cuando el hierro cruel y benéfico trabaja en uno de esos seres que os interesan hasta el fondo del alma?

Si es así, habréis comprendido las palabras enérgicas de la Escritura: y la espada os habrá atravesado el alma; porque el alma se identifica con aquella carne que palpita y como ella, sufre y sangra bajo el cuchillo del operador.

Julia sentía en todo su cuerpo esa connocción punzante, en el momento en que, arrodillada al lado de su abuela, cuya mano sen-

tía entre las suyas, esperaba á que el oculista empezase su obra terrible. León, en pie, á dos pasos, miraba con angustia á su madre, que parecía extraordinariamente tranquila. El momento del valor había llegado y madama de Villiers tenía bastante para desafiar, no solo la angustia del dolor, sino la mayor aún de la incertidumbre.

—¿Estáis pronta, señora?—preguntó el facultativo.

—Cuando gustéis, podéis empezar, contestó con voz firme.

La operación fue muy rápida, porque solo tuvo lugar en el ojo derecho: el izquierdo se había declarado perdido por completo. Se oyó un débil suspiro, única muestra de dolor de la paciente: hubo un minuto de espera cruel... León y Julia esperaban que su madre iba á reconocerles y que en el primer rayo de luz que llegase á sus ojos, se pintarían sus imágenes; pero madama Villiers no pareció ver nada, permaneció en la actitud inmóvil que le era familiar, y cuando el médico le puso sobre los ojos un vendaje negro, preguntó solamente:

—¿Está obscuro mi cuarto? No he visto nada.

—Paciencia, señora,—dijo el oculista;—necesitamos algunos días para juzgar del resultado de la operación; el reposo... la calma más absoluta os son necesarias en este momento.

León tomó el brazo de su madre y la condujo á su dormitorio, que era un lindo gabi-

nete, muy retirado, y en el que Julia había reunido todos los objetos que agradaban á su abuela. Esta no hablaba: hubiérase dicho que reunía todas sus fuerzas para una última y dolorosa prueba.

Durante los días que siguieron al de la operación, y que pasaron para madama de Villiers en un reposo completo, Julia no se atrevió á preguntar á nadie, ni al médico, sobre los pronósticos de la ciencia, ni á su abuela, acerca de sus padecimientos interiores, ni á su padre mismo, acerca de lo que la experiencia de la vida nos enseña á todos: la pobre niña temía la terrible palabra que debía convencerla de la pérdida de toda esperanza. Como los soldados nuevos que van á la guerra y bajan la cabeza ante las balas enemigas, Julia vacilaba y no se atrevía á arrostrar frente á frente el dolor.

El momento llegó, sin embargo, y como siempre, demasiado pronto: el oculista, asistido de uno de sus colegas, no pudo disimular, ni á la enferma ni á su familia, que la ciencia era impotente en aquella ocasión y que la ceguera de madama de Villiers era ya incurable.

Aquella recibió la triste comunicación con una firmeza sombría, sin dejar ver ni sorpresa ni dolor, y al oír los sollozos sofocados de su hijo y de su nieta, les dijo:

—Yo lo esperaba: es preciso resignarnos, yo á sufrirme á mi propia, y vosotros á soportarme.

Este estoicismo no se desmintió durante los

primeros días, y Julia interrogaba en vano la fisonomía de su abuela; solo hallaba en ella una fuerza fría, grabada en aquellas facciones, que parecían petrificadas; la vivacidad, el sentimiento habían desaparecido para dejar sitio á toda la concentración de la voluntad, que prohibía á los ojos las lágrimas, y á los labios la queja y el suspiro.

Julia pasaba al lado de su abuela largos días, y el silencio era interrumpido apenas por una palabra pronunciada de tiempo en tiempo, una pregunta seguida de una respuesta, y nada más. En vano la niña tocaba mil asuntos de conversación: ninguna podía seguir; en vano se sentaba al piano; ni una palabra alentaba sus tímidos preludios; en vano proponía una lectura.

Madama de Villiers respondía.

—¿Y para qué?

Esa triste pregunta la hacía con un tono que no permitía ir más allá, y Julia bajaba la cabeza abatida, y se sentía presa de un desaliento que jamás había experimentado.

Algunas veces lloraba: en otro tiempo sus lágrimas hubieran alarmado la ternura inquieta de su abuela, y ahora corrían sin ser ni vistas, ni consoladas.

Un día en que madama de Villiers le hizo una pregunta insignificante, no pudo responder; lloraba y temía que al hablar su abuela lo notase.

—¿Hija mía, estas ahí? Respóndeme, te lo suplico.

El silencio siguió también á esas palabras.

Madama de Villiers, no recibiendo contestación, extendió las manos y quiso levantarse, cuando Julia se arrodilló delante de ella, y ocultó el rostro en su hombro.

— ¡Lloras! — exclamó la abuela — ¿qué tienes? ¿Quién causa tu pena, hija mía? ¡Habla! ¡Ya que no puedo verte, que te oiga!

Julia le llevó los brazos al cuello, la estrechó tiernamente en ellos y le dijo muy bajo:

— ¡Ay! ¡madre mía! ¡Sufro y lloro, porque vos sufrís! ¡No decís nada, pero yo adivino y veo que tenéis mucha tristeza! ¡y yo, vuestra hija, estoy triste con vos!...

— ¿Y qué remedio? — repuso madama de Villiers con desaliento — ¿Puedo estar alegre en mi situación, enferma y para siempre enferma? ¿Puedo estar alegre con esta terrible perspectiva de obscuridad eterna! ¡Yo entristezco la casa de mi hijo con mi desgracia, yo aflijo tu juventud y estoy devorada de hastío y de dolor!

— Madre mía, — repuso Julia, enjugando sus lágrimas que no dejaban de correr, — sois muy digna de compasión, es verdad; mas ¿por qué apartaros de nosotros que os amamos tanto? ¿Por qué, evitar la compañía de mi padre, que está tan triste por vuestro silencio y vuestra aflicción? ¡Todos somos desgraciados, sí, muy desgraciados; mas si pudiéramos á lo menos consolarnos juntos y decir juntos; ¡Dios lo quiere!

Estas palabras salidas del corazón puro y piadoso de Julia, parecieron hacer en su abuela una gran impresión.

— ¿Tu padre está triste? — dijo, — ¿y tú también, hija mía?

— Sí, por vuestros padecimientos y vuestro silencio, madre mía; y el pobre Jorge, está también muy melancólico. Si quisierais seriais tan querida, tan cuidada, tan servida... seriais la reina de todos... Mas nuestra reina nos destierra de su presencia, y todos somos muy desgraciados...

— Quizás tienes razón, hija mía... Sí, cuando te oigo veo que aún me queda en tí el mayor bien... pero tu no estarás siempre conmigo...

— Papá estará y Jorge, y yo volveré. Dejáos amar, abuelita mía, dejáos distraer: nosotros seremos vuestros ojos, seremos vuestras manos, seremos vuestros esclavos...

Estas dulces palabras, mitad alegres, mitad tiernas, ablandaron aquel corazón ulcerado, y las lágrimas desprendidas de los ojos de la abuela anunciaron á la niña su victoria.

— Yo debería dar gracias á Dios, — dijo madama de Villiers, con voz entrecortada, — pues que me ha dejado tesoros de cariño y de alegría. Hubierais podido herirme en mis hijos, Dios mío, y vuestra bondad se ha limitado á enviarme una enfermedad que su presencia dulcifica, una enfermedad soportable con la salud y la fortuna. Yo era ingrata para con Dios, Julia: ruégale que me perdone, yo trataré de corregirme... y para empezar, vé á decir á la cocina que hoy se comerá en mi cuarto; renuncio á mi soledad y ya no quiero dejaros en todo el día.

Desde este instante, en efecto, madama de Villiers pareció resignarse á la vida y reconciliarse con su enfermedad. Recibió con dulzura los cuidados y las muestras de cariño de que sus hijos la rodeaban; ella misma pidió distracciones y animó para las lecturas, la música, el paseo, que podían hacerle bien ó distraer á los demás; más sobre todo, se recogió en el fondo del alma en un íntimo sentimiento de sumisión á la voluntad divina.

Sin duda que en el secreto de su alma ardiente y altanera hubo muchas luchas y muchos desfallecimientos; mas combatió contra su carácter violento, y saliendo de su personalidad para pensar en los otros, en su dicha, en su tranquilidad, encontró poco á poco, como preciosa recompensa, la paz consigo misma.

No fue por cierto tal cambio obra de un día: mas cuando Julia, llamada por su madre, estuvo á punto de partir, madama de Villiers le dijo en confianza.

—Vete tranquila, mi gentil Odetta. No estaré muy triste durante tu ausencia; me dejaré distraer y procuraré estar buena, á fin de que cuando vuelvas quedes contenta de mí.

—¡Oh! ¡sí, abuelita mía! ¡y cuando yo vuelva, rogaremos juntas á Dios todos los días!

—Te lo prometo, hija mía.

XII.

Los proyectos de Margarita.

La vida de Julia se pasaba como la de esos pájaros viajeros que ella amaba en su infancia, y que van de una comarca á otra, de Thebas á París y del Rhin á España, hallando en todas partes un nido y amistades fieles.

Su madre, que solo por ella vivía, entró en la posesión de su tesoro con la alegría de un avaro. Mademoiselle de la Rochette y Margarita salieron con Carolina á recibirla; solo Cora faltaba á ese concierto de afecciones; mas aunque Julia corespondiese á ellas con viva ternura, aunque la presencia de su madre y de sus amigas la llenase de paz y de alegría, una parte de su corazón quedaba velado y triste; pensaba en Normandía, en su abuela ciega, en su padre triste y aislado, en aquella vasta casa, que nada animaba ya.

Dividida entre dos amores, entre dos deberes, entre dos techos maternos, su alma sufría una especie de violencia que la llevaba hacia los ausentes, ya fuesen unos, ya fuesen otros, con una angustia, con una in-

quietud inexplicables: no se hubieran atrevido nunca á confesar esa pena á Carolina, porque presentia los celos maternos. Mademoiselle de la Rochette era su único confidente, y algunas veces, al lado de esta amiga tan respetable, tan llena de ternura y abnegación, la pobre niña lloraba las divisiones que separaban á los que ella reunia en sus más ardientes afecciones.

Margarita no sospechaba que el dolor agitada sus negras alas sobre la blanca y hermosa frente de su amiga. Solo conocia de Julia el exterior lleno de encantos, el carácter amable ó igual, el espíritu dulce y modesto y el excelente corazón; pero no sospechaba la profundidad de los afectos que encerraba su alma seria y ardiente. Julia no los revelaba, pero á Margarita le bastaba lo que veia de su amiga, para idear algunos proyectos muy risueños. Amaba á Julia, pero amaba aún más á Felipe, y la idea de verlos unidos se le presentó naturalmente, se aposentó en su cabeza y rehizo un horizonte radioso, hacia el cual se volvian sus ojos con tal encanto, que le parecía que si Julia hubiera sido capaz de casarse con otro, hubiera hecho á su hermano una gran infidelidad.

Felipe no ignoraba los planes de su hermana, y de la mejor voluntad, habitaba ya los castillos en el aire que ésta edificaba para él. Julia, rica, bella y buena, era una prometida que nada dejaba que desear al más ambicioso pretendiente, á un hijo del siglo, que no despreciaba la riqueza y que tendria

mucho que pedir á la dulzura y á la indulgencia de su mujer.

Por lo demás, él dejaba, como hacen los príncipes, que su embajador hiciese la corte por él; Margarita se encargaba de este cuidado, y la inocente Julia no sospechaba en manera alguna los proyectos de su prima, pagaba la amistad con amistad y aceptaba sencillamente de la parte de su primo, casi amigo de su infancia, atenciones á las que no concedía valor alguno.

Felipe copiaba música para su hermana y para la amiga de ésta; les procuraba los libros que deseaban leer, buscaba para Julia las estampas de Dusseldorf, de las que aquella formaba colección, y un día escribió unos versos en un tarjetón que Julia había olvidado en el cuarto de su hermana. Julia, muy contenta, enseñó al instante los versos á su madre y á la señorita Esther; hizo más, los envió á Caen, porque los versos hablaban de su madre, y se imaginaba que podrían despertar un sentimiento dulce en el alma de León. Mas ni el lenguaje de la música ni el de la poesía le revelaron lo que Margarita deseaba tanto hacerle entender, y siempre niña por el corazón, preocupada solamente por las penas filiales, Julia pasó así los pocos meses que le separaban de sus encantadores y floridos dieciseis años.

Era la tarde del día que los cumplía; Margarita había comido en casa de su amiga, y á la caída del día ambas se paseaban juntas en la larga calle del jardín, donde Cora

había aprendido el catecismo de los labios de Julia; una calma profunda reinaba en la campiña. Las dos primas, asidas del brazo, andaban despacio, y Julia miraba con una impresión de recogimiento la belleza del cielo que brillaba en Occidente, en tanto que al Este se levantaba en medio de un azul profundo y espléndido el blanco perfil de la luna y las estrellas aparecían una á una brillantes y misteriosas.

—¡Hoy entras en los diez y seis años!— dijo de repente Margarita, que seguía el curso de sus pensamientos.

—¡Trabajo me cuesta decirlo! ¡Dentro de un año diez y siete!

—Muy pronto pensarán en casarte, mi querida Julia.

Esta miró á su compañera con aire sorprendido.

—¡Casarme!—¿Por qué piensas en eso, Margarita?

—¡Creo que es una idea muy natural!

—Te cederé el paso, porque tienes un año más que yo.

—¡Oh, yo no me casaré tan pronto!— mamá tiene demasiada necesidad de mí; ¡pobre madre! ¡siempre padeciendo! ¡Quiero que los niños queden educados antes de que papá y mamá piensen en establecerme!

—Y tienes mucha razón, querida y buena Margarita,— dijo Julia estrechándole la mano con simpatía.—Pero ¿acaso yo no tengo también deberes que cumplir? ¿Podría yo dejar á mi querida mamá? Y á mi padre y á

mi abuelita, á quienes tanto quiero, ¿no es preciso también que les consagre una parte de mi tiempo?

—Podrías casarte con un hombre que, conociendo y comprendiendo tu posición, te ayudará á llenar esos deberes.

Julia meneó su linda cabeza.

—¿Y dónde hallaré ese fenix? Aun cuando le hallara, creo que no le aceptaría, porque necesito un marido que reuna en sí, que sepa merecer á la vez el cariño de mi padre y el de mis dos madres.

—Bien podría hallarse,— dijo Margarita con un pequeño sentimiento de orgullo; hay un joven á quien conoces desde la infancia...

—¿Jorge?— iba á decir Julia sin reflexión; mas se contuvo y Margarita prosiguió:

—Un joven cuya familia te amaría, te apreciaría y llegarías á mirar como la tuya; que se fijaría cerca de tu madre, que sería un hijo para ella y llegaría á serlo también para tu padre; ¿no te convendría esto?

—¡Sin duda!—exclamó Julia, que pensaba en su fuero interno que muchas líneas de ese retrato se parecían á Jorge,—me parece muy necesario conocer y amar á la familia que ha de llegar á ser la nuestra.

—Es imposible casarse sin esas condiciones,—respondió Margarita con animación,— casarse con un desconocido es un riesgo terrible, y yo, Julia, he soñado por tí... he pensado...

La joven iba á proseguir para traer diplomáticamente el nombre de Felipe, pero un

agua-fiestas apareció bajo la forma de Ursula, con su acostumbrado aire regañón y dos manteletas en el brazo.

—La señora me envía á decir, señoritas, que es preciso dejéis el jardín; ya cae el relente, que es muy malo para el reuma, y yo lo estoy sintiendo así en mi brazo. Aquí están vuestras manteletas; la señora me encarga que os las pongáis.

—Mi buena mamá siempre está inquieta por mí, siempre es previsora. Vamos, Margarita, á su lado.

Margarita siguió á su prima de mala gana; pero en su interior se dijo con cierto convencimiento.

—Ya me habrá comprendido, ya pensará en ese matrimonio que tan dichosos nos haría á todos, á papá, y mamá, á Felipe y á mí.

Margarita había despertado, en efecto, en el espíritu cándido de Julia algunas ideas nuevas; pero cuando se representaba la imagen de un esposo, de un amigo, de un confidente, no era en Felipe en quien pensaba.

Pocos días después partió para Caen, á donde su corazón la había tantas veces precedido. Halló á su abuela grave y tranquila, á su padre melancólico; pero ambos la recibieron con la sonrisa de la dicha y se sintieron el alma dilatada cuando tuvieron á su lado á la hija que tanto amaban.

Había mucho que decirse, y se habló durante largo tiempo; Julia volvía algunas veces los ojos hacia la puerta de entrada, espe-

rando ver aparecer la hermosa cabeza obscura de Jorge; le parecía que tardaba mucho cuando monsieur de Villiers dijo:

—Durante estas vacaciones no verás á Jorge, hija mía; ayer partió para la Bretaña, que va á visitar como *turista* y desde allí irá á Luchon á reunirse con el abogado en cuya casa trabaja, y que ha ido á esas aguas por la salud de su hija Isabel.

Cada palabra de este discurso resonó de un modo lúgubre en el corazón de Julia; con la rapidez de un relámpago entrevió un mundo de dolores en estas dos palabras.

—No le verás, porque ha ido á reunirse con Isabel.

—Nos ha encargado sus afectuosos recuerdos para tí, querida mía, —añadió madama de Villiers; —yo quería que se detuviese hasta hoy para verte; mas no ha podido, porque tenía cita en Alenzon con uno de sus amigos, y desde allí partirán juntos para Bretaña.

Julia no dijo nada; prohibió á su pena que se transmitiese, se ocupó con más cariño que nunca de su abuela y de su padre; mas cuando se halló sola por la noche, prorrumpió en llanto, y dijo:

—¡Jorge no me quiere ya! Si así no fuera, ¿se hubiera marchado la víspera de mi llegada? ¡Ay! ¡Sólo nuestros padres nos aman bien y siempre!

La estancia en Caen fue para ella muy triste aquel año; aunque veía á su abuela más resignada que en otro tiempo, veía tam-

bién que su padre no era dichoso; su vida solitaria había extendido sobre sus pensamientos un velo de tristeza; no había jamás gustado de los placeres vanidosos del mundo, y le hubieran sido precisos el hogar, y en él la vida y el movimiento que no quería buscar en otra parte. Durante mucho tiempo, su madre, inteligente y activa, había impreso á su existencia, á su conversación misma una animación saludable; mas ahora, vivía concentrada en si misma, y sus fuerzas bastaban apenas á la resignación. El bienestar material de León, al que madama de Villiers había consagrado su existencia, no existía ya; en medio de la abundancia vivía olvidado, desde que la mirada atenta de una mujer no velaba por él: no se quejaba jamás, pero Julia adivinaba, y á sus penas secretas se unía el peso de las de todos los que amaba.

— ¡Si yo pudiera quedarme aquí, — decía para sí, — sería útil á mi pobre padre y á mi abuela; pero Jorge volverá y me verá ya sin placer... y además, mamá me espera allá... ¡Oh, Dios mío, que difícil y que doloroso es partir el corazón!...

XIII.

Los diez y ocho años.

Hay un yugo para todos los hijos de Adán, dice la Escritura. Julia empezaba á comprenderlo; los pasajes melancólicos que hallaba en sus libros y los gemidos elocuentes de los salmos hallaban un eco en su alma.

Alegre, complaciente, activa en el exterior, guardaba para la soledad de su cuarto, ó para el aislamiento de la iglesia, un depósito de lágrimas que salían gota á gota de su corazón oprimido.

¿Por qué lloraba?

No hubiera podido decirlo ella misma, porque no se creía ofendida ni engañada; solo en su último viaje á Caen, una secreta amargura se mezclaba á su vida, y sin que ella quisiese exaltar su imaginación sentía inclinación hacia las cosas tristes.

Involuntariamente pensaba en todos los motivos de pena que se reunían alrededor suyo; el aislamiento de su padre y de su madre tan tiernamente amados, las enfermedades y la edad que pesaban sobre su abuela; y en fin, Jorge que iba á alejarse, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cd. 1625 MONTERREY, MEXICO

bién que su padre no era dichoso; su vida solitaria había extendido sobre sus pensamientos un velo de tristeza; no había jamás gustado de los placeres vanidosos del mundo, y le hubieran sido precisos el hogar, y en él la vida y el movimiento que no quería buscar en otra parte. Durante mucho tiempo, su madre, inteligente y activa, había impreso á su existencia, á su conversación misma una animación saludable; mas ahora, vivía concentrada en si misma, y sus fuerzas bastaban apenas á la resignación. El bienestar material de León, al que madama de Villiers había consagrado su existencia, no existía ya; en medio de la abundancia vivía olvidado, desde que la mirada atenta de una mujer no velaba por él: no se quejaba jamás, pero Julia adivinaba, y á sus penas secretas se unía el peso de las de todos los que amaba.

— ¡Si yo pudiera quedarme aquí, — decía para sí, — sería útil á mi pobre padre y á mi abuela; pero Jorge volverá y me verá ya sin placer... y además, mamá me espera allá... ¡Oh, Dios mío, que difícil y que doloroso es partir el corazón!...

XIII.

Los diez y ocho años.

Hay un yugo para todos los hijos de Adán, dice la Escritura. Julia empezaba á comprenderlo; los pasajes melancólicos que hallaba en sus libros y los gemidos elocuentes de los salmos hallaban un eco en su alma.

Alegre, complaciente, activa en el exterior, guardaba para la soledad de su cuarto, ó para el aislamiento de la iglesia, un depósito de lágrimas que salían gota á gota de su corazón oprimido.

¿Por qué lloraba?

No hubiera podido decirlo ella misma, porque no se creía ofendida ni engañada; solo en su último viaje á Caen, una secreta amargura se mezclaba á su vida, y sin que ella quisiese exaltar su imaginación sentía inclinación hacia las cosas tristes.

Involuntariamente pensaba en todos los motivos de pena que se reunían alrededor suyo; el aislamiento de su padre y de su madre tan tiernamente amados, las enfermedades y la edad que pesaban sobre su abuela; y en fin, Jorge que iba á alejarse, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Cd. 1625 MONTERREY, MEXICO

crear una nueva familia, á ser indiferente para ella.

— Se casará con Isabel y no le veremos más, — decía para sí algunas veces, — Yo creía tener un verdadero hermano, y no es así.

Si estas ideas oprimían su alma y le causaban una pena desconocida hasta entonces, sin embargo, la fe y la religión las combatían victoriosamente. La piedad guarda las almas virginales, como el querubín guarda las puertas del Eden, aleja los malos pensamientos, endulza la melancolía, hermana de la debilidad, prohíbe el pensar demasiado en sí mismo, prohíbe las miradas inquietas enviadas al porvenir, hace descender la paz, la sumisión, el abandono en las manos de Dios, é impide que el dolor se vuelva un peligro y la desgracia una tentación. Julia sufría porque estaba herida en un recuerdo íntimo y querido; pero la lectura de novelas absurdas no le había enseñado á aumentar sus penas, la oración, suspiro filial de su corazón, que iba hacia á Dios, la calmaba, la dirección paternal de un santo sacerdote moderaba las demasiado vivas impresiones de su alma y le enseñaba ese desprendimiento cristiano que sin quitar nada al deber, quita mucho al dolor; en fin, si conocía el yugo de la cruz del Evangelio, la llevaba con sumisión y con un consuelo eterno ante sus ojos.

Carolina se había apercibido, no obstante, de que ya no tenía su hija la serenidad

profunda de otro tiempo. La mirada de una madre es la del alcón; nada escapa á esos ojos que conocen tan bien el semblante del ser amado; un estremecimiento de las cejas, una sonrisa resignada, un débil velo de palidez, lo que es nada para los indiferentes, una madre lo ve, lo adivina, y por más que Julia procuró disimular, la careta de alegría que ponía ante su lindo rostro fue penetrada por los ojos maternales.

— ¡Esta niña me inquieta! — dijo un día á la señorita de la Rochette. — Ya no me parece dichosa... hace las mismas cosas, es activa como siempre, ríe, canta, su lenguaje es dulce como lo ha sido toda su vida; pero algunas veces, cuando cree que nadie la observa, queda inmóvil, pensativa... un escultor podría copiar de su actitud y de su rostro el ángel del dolor. Algunas mañanas se levanta pálida como una rosa blanca... Y ya lo sabéis, amiga mía, la palidez de las mejillas en las niñas, es el efecto del insomnio de la noche. Otras veces la veo los ojos encarnados al volver de la iglesia, como si allí llorase... ¿Qué sucede?

— Está preocupada pensando en su padre y su abuela, querida Carolina, la situación de aquellos seres que tanto ama es triste en efecto.

— Sin duda, pero no es nueva, yo me figuro más bien que Julia empieza á sentir, y cada día más, lo que nuestra situación tiene para todos de falsa y de penosa; estoy segura de que mi pobre hija siente en medio

de sus amigas ese encogimiento doloroso que yo misma he sentido tantas veces, ¡es una grande amargura!

La señorita Esther guardó silencio, sabía que Julia, niña todavía, había sufrido ya estas humillaciones. Madama de Villiers continuó:

—Pronto tendrá diez y siete años; es buena, amable, encantadora y rica... quizá si yo la casara, nuevos intereses, una nueva familia también, y más tarde los hijos, disiparían esa tristeza que tanto me inquieta.

—¿Os separaríais de esta niña, mi amada Carolina?

—¡Oh, Dios mío, con indecible pena, con el corazón desgarrado! Pero, ¿qué no haría yo por verla dichosa? Algunas veces pienso en ese joven, en Felipe, de quien me habéis hablado algunas veces.

—¿Y pensará él también?

—Tengo esa convicción; su padre me ha hablado en ese sentido y Margarita adelantó conmigo todo lo posible en los negocios de su hermano.

—Es una unión que ofrece grandes ventajas, Carolina; porque Julia quedaría á vuestro lado, y ese joven tiene una fortuna regular, además de ser agradable su persona.

—En efecto...—respondió Carolina pensativa;—pero, ¿cómo le encuentra Julia? ¿le agrada? ¿qué os parece?

—Hablando francamente, creo que Julia hasta ahora no ha concedido ni un pensamiento á Felipe.

Esta aserción de una persona observadora no causó ninguna pena á Carolina; era demasiado madre para desear que su hija tuviera el corazón en otra parte; y sin embargo, una justa inquietud para el porvenir le hacía desear que esa hija tan amada tuviese un protector, un amigo, una familia.

Felipe le convenía por muchos conceptos, y sin pensar aún sobre la voluntad de Julia, seguía recibiendo cariñosamente á Margarita, la que, por su parte, continuaba sirviendo eficazmente los intereses de su hermano. La sagaz joven ponía diestramente ante los ojos de Carolina los talentos de Felipe y lo bien acogido que era en los salones de Angeres; le repetía sus rasgos de ingenio, elogiaba su elegancia, sus conocimientos, le citaba como notario ya esperto; llevaba en su nombre á madama Villiers las primeras violetas, y á Julia la música, los libros y los grabados que pedía para ella á París.

Julia no estaba más advertida que antes y veía en ese inocente manejo una prueba de la buena amistad de Margarita, pagando al pequeño Claudio, su favorito, en besos y en juguetes las atenciones de sus hermanos mayores.

Las cartas de León, frecuentes y tiernas, hablaban poco de Jorge; no obstante, mencionó su último examen de Derecho, sufrido con brillantez, y en el mes de febrero escribió á su hija lo que sigue:

Creo que sabrás con placer, Julia mía, que

Jorge ha tenido en el tribunal dos ruidosos triunfos en dos defensas difícilísimas que ha hecho; tu abuela asegura que este joven abogado va á ser peligroso para la sociedad: á una figura muy bella reúne una buena fortuna y un porvenir más bello aún. Mi antiguo amigo el célebre abogado Descombes, á cuyo lado ha practicado, le protege mucho y va á cederle su gabinete.

Julia inclinó la cabeza para ocultar dos lágrimas; estas dos últimas líneas le parecían decisivas; un mes antes, á principio del año, Jorge había escrito según su costumbre á madama de Villiers, rogándola que entregase á Julia una caja de dulces y un libro que le remitía como recuerdo habitual de su amistad, y al final de la carta había añadido estas líneas:

La señorita Isabel Descombes me ruega que la recuerde al afecto de Julia: ambas se han visto algunas veces, pues la familia de aquella tiene relaciones de amistad desde hace muchos años con la de Villiers; la señorita Isabel se acuerda mucho de Julia y desea volver á verla.

—¡Desea que yo ame á esa mujer!—dijo para sí Julia.—Pues bien; ¡trataré de hacerlo! ¡sería muy injusto no amar á la que le hará dichoso!

Mas al formar esa generosa resolución una lágrima cayó sobre las páginas de Fabiola, presente de Jorge, y le pareció que este li-

bro piadoso, austero, elevado, había sido escogido á propósito para consolarla.

—Es la Providencia divina que me lo envía,—decía al leerlo,—¡cómo no tener valor, habiendo conocido aquí á Inés y á Cecilia!

El año pasó así: los años pasan demasiado fugitivos en la dicha, y rápidos aún en medio de las penas; las nubes blancas ó negras se deslizan igualmente sobre el fondo inmutable de los cielos; el año pasó sin que Margarita hubiera adelantado terreno, y decidida al fin á un esfuerzo decisivo, dijo á su amiga la vispera de su partida para Caen.

—Tengo que hablarte seriamente cuando vuelvas de tu Normandía.

—Háblame ahora mismo,—dijo riendo Julia.

—¡Imposible! Sólo piensas ahora en tu viaje; esperaré.

—¡Pues bien! abrázame otra vez y dí á Claudio que le traeré conchas y caracoles marinos, porque papá me ha prometido llevarme á ver el mar.

—¡Vuelve lo más pronto posible, Julia!

XIV

Bajo los árboles

El primer rostro que Julia vió á su llegada á Caen, fue el de Jorge, que abrió la portezuela del coche cuando se detuvo al pie de la gran escalera de la casa. A primera vista creyó hallarse al Jorge de otras veces; dióle la mano para bajar del carruaje, se la estrechó con ternura y mirándola con ojos, en cuyo fondo residía su alma entera, exclamó:

—¡Mi buena Julia! ¡qué alegría siento al volver á veros! Venid pronto, porque madama de Villiers viene á recibirnos...

—¿Mi abuela anda? ¿y sola?

—Completamente sola.

—¡Oh! ¡qué buena noticia!

Y el amante corazón de Julia pareció que se despojaba de toda su tristeza. Llena de alegría, corrió hacia la casa: su padre la recibió en sus brazos en la escalera; madama Villiers venía por el fondo de la galería, andando con paso lento, pero seguro, y llamaba: ¡Julia! con el acento de la alegría; aquella corrió hacia ella, la abrazó mil veces y cuando se vió en el salón, cuando vió á las

tres únicamente ocupadas en ella, profundamente dichosas de hallarla de nuevo, sintió que el pasado dolor huía á vuelo de pájaro.

Los primeros días fueron hermosos y apacibles; parecía que los días serenos de la infancia habían vuelto para Julia: su padre estaba contento; su abuela, familiarizada con las tinieblas, las desafiaba á fuerza de destreza y de presencia de espíritu; había adquirido la seguridad, la prudencia, la fineza de tacto de que tan orgullosos están los ciegos, y su piedad, que se había hecho más íntima, más interior, imprimía á todas sus palabras un carácter apacible y casi satisfecho.

Jorge era tan afectuoso como siempre: manifestaba á monsieur de Villiers una amable deferencia: á la anciana señora una complacencia, un respeto, unas atenciones sin límites: únicamente había en él un cambio respecto á Julia: parecía observarla profundamente y se complacía en preguntarle y hacerle hablar de su vida en Angeres: ella se prestaba con suma complacencia y le hablaba tanto como él quería de mademoiselle Esther, de Margarita, del pequeño Claudio, y hasta de Felipe, cuando llegaba la ocasión. ¡Pobre Felipe!

Los dos jóvenes animaban con su alegría y su dulce conversación las comidas y las veladas: ni monsieur de Villiers ni Jorge salían de casa: el último acompañaba á Julia, que cantaba deliciosamente, ó bien la joven tocaba al piano la música que su abue-

la prefería: se dibujaba un rato, se leía, se hablaba, se tomaba té, se discutía sobre arte, se miraban los libros y grabados nuevos que cada día mandaban traer monsieur de Villiers y Jorge, de París, para Julia: y ésta lo explicaba todo á su abuela con una paciencia, una dulzura y una gracia que para nada echaban de menos sus ojos.

Julia se hallaba en Caen hacia quince días y habia recobrado todas sus prerrogativas de ama de casa: una mañana, con una cestilla colgada del brazo, seguía á lo largo de las tapias del jardín, por las calles donde tanto habia jugado siendo niña; deteníase ante los árboles cargados de melocotones, pintados de carmin y de albaricoques dorados, y albaricoques y melocotones pasaban á su cestillo. Hallábase tan absorta en su tarea, que su padre y Jorge llegaron á su lado sin que ella los oyese, hasta que León estampó un beso en su mejilla.

—Mirad que lindo postre!—dijo,—y además tengo ya en el aparador higos y moras; á mi abuelita le gustan mucho; vos, Jorge, tenéis hoy el asado que os agrada, pues Anselmo ha traído perdices, y para vos, papa, estoy haciendo un puding, que otras veces habéis alabado mucho.

—Eres mil veces buena y complaciente,—dijo León, abrazándola con ternura.—Pero Julia, aquí está Jorge, que desea hablarte; concedele un rato de conversación, y piensa que lo que va á decirte, tiene la aprobación de mi madre y la mía.

Volvió á abrazarla, estrechó la mano de Jorge, y se alejó.

Solos ya los dos jóvenes, parecían igualmente tímidos y no osaban mirarse.

—¿Queréis venir al cenador, Julia?—dijo al fin Jorge;—os sentaréis y estaremos más tranquilos.

Julia dejó su cestillo bajo un árbol; aceptó el brazo que Jorge la ofrecía, y éste la condujo á un cenador situado en el fondo del jardín.

Ambos formaban una pareja encantadora. Jorge, alto, esbelto, ligeramente moreno, tenía una belleza completamente varonil é inteligente: sus hermosos cabellos negros se rizaban con profusión; su barba negra y rizada era sedosa y fina; grandes ojos negros alumbraban aquel hermoso y expresivo rostro, al que prestaban extraordinaria nobleza, una nariz recta y aguilena y una boca delicada y soñadora, no menos que su elevada frente.

Julia era de estatura mediana, delgada y elegante: su figura tenía un sello poético é ideal, producto de su inocente vida y heredado de la gracia virginal y púdica de su bella y aristocrática madre; su rostro, ovalado, con un encanto infinito, tenía el colorido de una blanca camelia; su cabellera, de un castaño dorado y naturalmente ondulado, caía por su espalda, partida en dos largas y espesas trenzas, costumbre que aún conservaba de su cercana infancia; sus ojos, grandes, rasgados y dulces, eran de un azul in-

tenso, como el fondo de un lago y limpidos como él; largas pestañas, oscuras como sus delicadas cejas, les daban una expresión de sensibilidad infinita; su boca, de coral-rosa, estaba guarnecida de dos sartas de perlas muy pequeñas; sus manos, de marfil, eran delgadas y finas hasta el ideal y sus pies ostentaban la misma exquisita distinción: su pura frente, su delicada nariz, su barbilla adornada de un oyo, la posición algo inclinada de su cabeza, que parecía abrumada por el peso de su cabellera, su esbelto talle, su melodiosa voz y su dulcísimo lenguaje, hacían de Julia de Villiers un ser encantador que robaba el alma, y á quien era imposible no adorar.

El cenador, adónde llegaron en breve, lo formaban saucos, glicinas y madreselvas; las clématidas, una parra y algunas ramas de yedra lo sombreaban además con sus espesas cabelleras. Dos espinos silvestres, cubiertos de rojos racimos, guardaban la entrada; algunas sillas rústicas estaban colocadas en el fondo, alrededor de una mesa en que se cenaba en las noches del estío.

Los jóvenes se sentaron. Jorge estrechó de nuevo en silencio la mano de Julia, que había guardado entre las suyas.

—Julia, —le dijo, —¿queréis escucharme?

—¡Pues que papá lo ha dicho!... —respondió sonriendo.

—Mi querida Julia, ¿sabéis cuánto os amo? Sois mi amiga, mi compañera de infancia... no he olvidado jamás que á la muer-

te de mi padre me consolasteis con vuestra simpatía y vuestra bondad: nada veo de tan amable como vos sobre la tierra...

La niña se ruborizó; inclinó los grandes ojos hacia los pliegues que formaba en el suelo su largo peinador blanco, y dijo sonriendo:

—¿Ni aun la señorita Isabel?

—¡Isabel! ¿Quién es Isabel? ¡Ah, Julia! Solo he pensado en ella cuando me hablaba de vos. ¡Estáis unida á todos mis recuerdos, á mis pensamientos más nobles! Cuando yo tenía á gloria el ser cristiano, en medio de mis descreídos compañeros, vos erais quien me sosteniais! ¡Cuando trabajaba, cuando estudiaba, cuando he defendido en el tribunal, quería que estuvierais orgullosa de vuestro amigo! ¡Un solo momento he dudado de vos! El año último, cuando vi los versos que un monsieur Felipe había escrito para vos!... ¡ah! ¡qué desgraciado me creía! Partí sin veros, porque me imaginaba que estabais prometida á otro. Se han necesitado un año y las buenas palabras de vuestro padre para tranquilizarme, y luego, al veros, al hablaros, el resto de duda que me atormentaba ha desaparecido al fin de mi alma... ¿No habéis amado jamás á Felipe, no es verdad, Julia?

Sacudió la joven su peregrina cabeza, y dijo sorprendida:

—¡Felipe! ¡mi primo Felipe! ¡si no he pensado jamás en él!

—Pero en mí, Julia, en vuestro amigo,

vuestro confidente, en mí, que os conozco, que os amo, ¿habéis pensado alguna vez? ¿Queréis ser mi esposa? ¡Seremos tan dichosos! Os amaré tanto, Julia mía! ¡Jamás nos separaremos de vuestro padre; si queréis, habitaremos en esta gran casa, que se volverá alegre y animada!... ¡Vuestro padre y madama de Villiers son tan dichosos, pensando en este porvenir! Iremos frecuentemente á Angeres á ver á vuestra madre... ¡Pero, hablad, mi adorada Julia! Decidme, ¡oh, sí! decidme con vuestra dulce voz:

¡Acepto!

Jorge, estrechando apasionadamente la mano de la joven, que tenía entre las suyas, buscó su mirada, que durante un instante había reflejado una alegría suprema. Pero Julia se había vuelto muy pálida y sus ojos se hallaban inclinados hacia el suelo; Jorge insistió amorosamente: Julia alzó por fin la cabeza, le miró con una dulzura infinita, y le dijo:

—¡Mi querido Jorge, permitidme dar la respuesta á mi padre: él os la transmitirá!...

—Así sea, pues que lo queréis, Julia,—respondió el joven, pensando que obedecía sólo á una timidez infantil:—mi tutor está en su gabinete. Iré á buscarle.

Julia le hizo una señal de despedida y volvió á entrar en la sala: Jorge la siguió con la vista, hasta que desapareció el último pliegue de su traje blanco.

A la puerta del gabinete de su padre, la joven se detuvo, alzó al cielo los ojos, é hizo

la señal de la cruz. Después abrió la puerta.

León se paseaba con aire gozoso: al ver á su hija, la tomó la mano, se sentó y la puso sobre sus rodillas.

—Habla, hija mía,—le dijo,—¿ha recibido mi pupilo una acogida favorable? Siempre esperé que esa amistad de la infancia acabaría por un feliz matrimonio, y te doy á Jorge con alegría, porque es el hombre más digno de tí que conozco: has dicho sí, ¿no es verdad?

—No, padre mio,—dijo Julia con dulce firmeza:—nada he contestado á Jorge y vengo á deciros que no me casaré con él.

—¿Que no te casarás con él!... Pero, ¿has reflexionado en lo que pierdes? ¡Hablas con mucha ligereza, hija mía! Jorge es un partido excelente y que te conviene más que otro ninguno... Te ama con el alma y tú eres el primero y único amor de su vida: su porvenir es el más hermoso.

—Sí, padre mio,—repuso Julia con voz quebrantada,—sé todo lo que pierdo; pero no me casaré con Jorge, porque no puedo ni quiero separarme de mi madre.

León tembló al oír esas palabras; una sorda cólera se levantó en su alma, al ver el recuerdo y el nombre de su mujer destruir un proyecto que él había acariciado tantas veces.

—¿Te ha prohibido tu madre que te cases?—preguntó amargamente.

—No,—contestó Julia,—mi madre no se opondrá jamás á lo que puede hacerme fe-

liz... Yo, por mi plena voluntad y obligada por el amor que le profeso, no quiero dejarla sola y triste; eso sería pagar muy mal su ternura, esa ternura que ha velado siempre sobre mí; He resuelto no dejarla jamás!

—¿De modo que te casarás en Angeres y según temo, en la familia de tu madre?— exclamó León levantándose con aire irritado y alejándose un paso de su hija.

—No, padre mío, yo no me casaré jamás; casarme en Angeres sería fijarme lejos de vos y rechazo esta idea, tanto como la que me alejaría de mi madre.

Esa respuesta tan dulce y tan noble hizo desaparecer la cólera de León; sentóse de nuevo, atrajo á su hija hacia sí, y volviendo á colocarla en sus rodillas, apoyó la cabeza de Julia en su pecho y besó su frente y sus cabellos.

—Eres una niña exaltada,—dijo,—pero en la vida es forzoso guiarse por la razón y no por el entusiasmo; ¿no sabes, amor mío, que el destino de la mujer es seguir á su marido y dejar por él á su padre y á su madre?

—Ya lo sé; pero el padre y la madre se quedan juntos y se sostienen y se acompañan mutuamente. ¿Quién sostendría á mi pobre madre si yo me estableciese en Caen para siempre? Y á vos, papá, ¿quién os consolaría si yo no dejase más el Anjou?

León besó á su hija de nuevo.

—Eso es fácil de arreglar,—dijo,—irías á ver á tu madre con frecuencia; ella vendría

á verte á Caen... podría acercarse á tí, porque al fin nada le retiene en Angeres...

Julia movió la cabeza.

—Eso no bastaría á su ternura,—dijo;—papá, no conocéis á mi madre.

León apartó á su hija suavemente, levantóse y sin responder á ese reproche involuntario, se puso á pasear por la estancia, buscando una solución á la dificultad, y no hallando más que una, ante la cual retrocedía, volvió hacia Julia, la tomó las dos manos y le dijo:

—Y si tu madre y yo no estuviéramos en una posición excepcional, si tu madre estuviera conmigo, ¿acceptarías á Jorge?

La joven alzó hacia León su dulce y límpida mirada y dijo:

—Sí, padre mío.

—¿Sin pena?

—¡Con inmensa alegría!

—¿Le amas?

—¡Le amo!

Julia hizo esa afirmación en voz baja, y dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas atestiguaron la verdad de su confesión: su padre hirió el suelo con el pie y exclamó:

—¡Pues cástate con él! ¿Quién te lo impide?

—¡Mi deber, mi conciencia, mi corazón! ¡Todos os habéis olvidado de mi madre al pensar en mi dicha! ¡Es preciso que yo mire por ella!

Monsieur de Villiers insistió largo rato,

más sus objeciones y ruegos fueron inútiles: todo se estrelló ante la firmeza de Julia, y no obstante esa firmeza era muy dolorosa para ella y al cumplir el sacrificio, no ocultaba lo doloroso que le parecía.

Desesperado de convencerla, su padre bajo al jardín á buscar á Jorge, y ambos fueron á la habitación de madama de Villiers, á la que esos proyectos de matrimonio habían alegrado y rejuvenecido; los tres tuvieron una larga conferencia, que terminó con estas palabras de la abuela:

—Reflexiona aún hasta mañana, hijo mío; pero puedes estar seguro de que el partido que te propongo es el único bueno para ella y para tí.

Aquel día se comió poco; desde la mesa, en vez de reunirse en el salón, cada uno se retiró á su cuarto; Jorge dió el brazo hasta su habitación á madama de Villiers, según su costumbre, y al despedirse de él, la anciana señora le estrechó afectuosamente la mano.

Apenas la aurora envió su primera luz, León, que no se había acostado, fue al cuarto de su madre, y después de una larga conversación, mandaron llamar á Julia.

Esta estaba muy pálida; sus grandes ojos abatidos se hallaban rodeados de círculos oscuros. León fue á recibirla, y al tomarla la mano se estremeció, pues la halló abrazando. Julia tenía fiebre y su padre comprendió que aquella delicada flor no podría acaso resistir al huracán del dolor.

—Mi querida hija,—le dijo,—dentro de una hora salgo de Caen y voy á defender ante tu madre mi causa y la tuya: ¿me comprendes?

Julia se estremeció, aumentóse su palidez y después el carmín vistió su blanca frente y sus mejillas; temía haber entendido mal, y tan cerca del término del deseo de toda su vida, no podía creerse escuchada por el cielo.

¡Padre!... ¡Oh, padre mío!—exclamó temblando,—¿sería eso posible?

—¡La haces llorar, León!—dijo madama de Villiers atrayéndola hacia sí,—ven Julia, ven á mi lado, yo te lo diré todo; tu padre parte para Angerés con Jorge; va en mi nombre ¿lo oyes? en mi nombre, á rogar á tu madre que recobre su sitio en nuestra casa; el pasado no existe, si ella consiente empezar como otra existencia; ¿qué te parece?

—¡Oh, abuela mia! ¡que soy demasiado dichosa!—exclamó Julia sofocada por las lágrimas.—¡Será posible que os vea á todos reunidos! ¡pasaremos las noches aquí en esta habitación! ¡No más separación! ¡no más viajes! ¡no más pesares!

—Y Jorge, á quien olvidas, ¿crees que tu madre le aceptará por hijo?

—¡Oh! podéis ¿dudarlo?—exclamó Julia ingenuamente.

.....
¿Por qué argumentos persuadió León á su mujer?

El nombre de Julia bastó quizás; quizás

también la vista de su marido le trajo á la memoria los recuerdos de los primeros hermosos días de su unión. Carolina era aún joven, pues se había casado niña; la elegancia, la distinción, la gracia, la hermosura delicada que tan admirable la hacían, vivían aún en toda su persona y le daban encanto indecible; el pasado se perdió en el olvido y confiada en el porvenir, puso su linda mano en la de su marido y le dijo con ternura:

—¡Ahora es para siempre!

La obra de reconciliación en la cual Julia, niña todavía había trabajado, y por la que había orado tanto, daba sus frutos dulces, aunque por largo tiempo esperados; hay también hermosos días aquí, en este mundo.

Nada podrá pintar la dicha profunda de Julia cuando vió entrar juntos á su padre y á su madre en la casa conyugal, seguidos de Jorge, que la dirigió una mirada llena de felicidad y de alegría.

Juntos fueron todos á la habitación de madama de Villiers; ésta, muy conmovida, se adelantó hacia la esposa de su hijo, y dijo con voz cariñosa:

—¡Mi querida Carolina, abrazadme y sed bienvenida, mil veces bienvenida!

Carolina se arrojó en sus brazos; Julia las enlazó á entrambas y gritó con su alegría de niña:

—¡Mis dos mamás! ¡oh, qué dicha!

—He aquí las llaves de la casa,—continuó madama de Villiers,—os confío el cuidado de todo, mi querida Carolina; solo os

pido una pequeña parte de vuestro tiempo y de vuestro afecto.

—¡Oh, madre mía!—exclamó Carolina conmovida por tan noble recibimiento y apoyando su rubia y bella cabeza en el hombro de madama de Villiers,—madre mía, yo os amo ahora también y mi más dulce ocupación será la de distraeros y acompañeros. ¡Ah! ¿por qué no nos hemos comprendido más pronto?

—Ya no os quejaréis más de vuestro aislamiento, querida mamá,—dijo alegremente León; ya están á vuestro lado mi Carolina, nuestra Julia, Jorge nuestro amigo y la amable señorita de la Rochette, con quien os entenderéis á las mil maravillas.

—Sí,—dijo madama de Villiers;—las que han amado y educado como lo está á nuestra Julia, son muy queridas para mí: ¿dónde están mi niña y mi hijo Jorge?

Ambos jóvenes se acercaron á la abuela; ésta puso la mano de su nieta en la de Jorge, y dijo á éste:

—Sus padres, su aya y yo os la damos, hijo mío: ¡cuantos la amamos en el mundo, os confiamos su suerte! ¡es nuestro tesoro... hacedla feliz!

—¿Jamás nos separaréis de ella, no es cierto, hijo mío?—preguntó Carolina abrazando á Jorge.

—¡Jamás!—respondió el joven,—¿sería posible separar á Julia de sus padres.

.....
Julia se halla casada hace ya muchos

años, y su dulce influencia no ha cesado de brillar en el hogar doméstico.

Su padre y su madre son dichosos, y solo sienten una cosa: haber dejado perder tantos años, que hubieran podido ser dulces y sonrientes.

Su abuela tiene una dulce vejez; está unida á la señorita Esther por una profunda amistad; se ve juntas á las dos ancianas en la iglesia y en el paseo, llevando con ellas á los hermosos hijos de Jorge y de Julia, porque tres generaciones viven hoy en la gran casa de Caen, y viven en la más perfecta y dulce armonía.

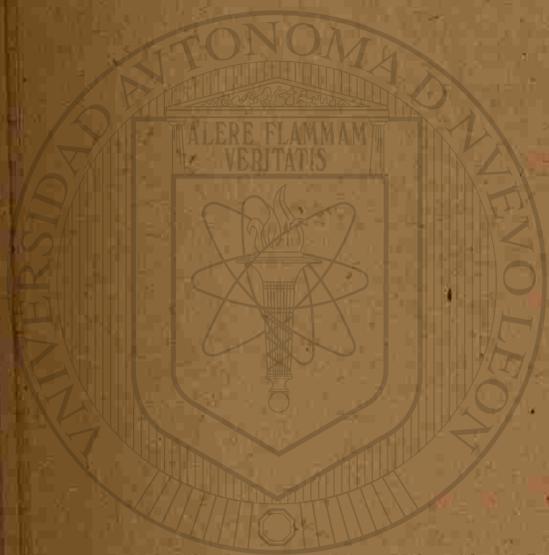
Esta es la obra de Julia.

FIN

FANY KENDAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

FANY KENDAL

I

Estoy alegre de todas veras de que sea ya un asunto terminado, porque nunca se ha hablado tanto de una boda, —dijo mistress Smile.

—Pues aún no es cosa concluida, —replicó mistress Knowle, meciendo la cabeza con aire misterioso. —En cuanto á mí, aunque nos hallemos en la iglesia, aunque el sacristán arregle los almohadones para los novios, y aunque el pobre John se pasee allá, al fin de la nave principal, no creo en nada de lo que á la boda se refiere.

—¿Habéis reparado, aniga mía, qué aire tan inquieto y tan nervioso tiene John Bowerbank, á pesar de ser viudo y de no ser ya joven?

—¡Vaya si lo he reparado! Por eso os digo que hasta que no vea el anillo nupcial en el dedo de Fany no creeré que se han casado por fin.

—¿Qué cosa tan extraña! ¡Fany Kendal esposa de John Bowerbank!

—¿Por qué decís *pobre John y pobre Fany*? A mi parecer, es un matrimonio proporcionado en todas sus condiciones, excepto por la edad; pero la edad de un hombre es sin consecuencia, y además miss Kendal parece que tiene más años; es tan callada y tan tranquila, que ya parecía una solterona: verdaderamente, cuando la miraba el otro día en la gran comida que nos ha dado su padre á todos los amigos de la casa, no podía persuadirme de que sólo hubieran pasado dos años desde aquel suntuoso baile que tuvo lugar el día en que ella cumplió veintuno; es decir, que Fany, con toda su figura silenciosa y grave, cuenta por junto veintitrés años. ¡Qué magnífico baile aquél! ¿Os acordáis?

—Me acuerdo muy bien,—repuso mistress Knowle,—que sólo prestaba un oído distraído á las palabras de mistress Smile, y que miraba fijamente hacia la puerta de la iglesia, en la que, de un momento á otro debía aparecer la desposada.

—Aproximémonos al altar,—dijo mistress Smile,—que, viva y curiosa como buena hija de Londres, quería examinar de cerca los trajes y las joyas de las invitadas.

—No,—contestó mistress Knowle,—no quiero que Fany me vea, porque esto podría entristecerla.

—¿Por qué motivo? ¿No es vuestro esposo uno de los socios de monsieur Bowerbank?

¿No han sido siempre excelentes amigos? Estoy segura de que os invitarán para la comida de hoy.

—Ya lo han hecho y me he excusado; no era posible que yo hubiera ido, porque mi presencia hubiera causado mucha pena á Fany.

Mistress Smile no oyó estas palabras, porque toda su atención estaba concentrada en el principal personaje de la fiesta: en la novia, que entraba apoyada en el brazo de su padre, y seguida de una comitiva brillante y numerosa.

Fany Kendal era una joven de pequeña estatura, pálida, frágil, y tan delgada, que no se la distinguía con claridad entre la masa de seda blanca y de encajes que formaba su traje de desposada, y bajo la guirnalda móvil de flores de azahar que ceñía sus cabellos rubios.

—¿Está temblando la pobre niña!—murmuró mistress Knowle, hablándose á sí misma:—¿cómo se apoya en el brazo de su padre!

—Según dicen, mister Kendal ha sido muy bueno para su hija,—repuso mistress Smile;—á pesar de no gustar de que se le contradiga, y de que tiene ideas bien extrañas, Fany debe sentir separarse de él, como que es su hija única, y como que ella le amaba tiernamente.

La misa, que empezaba, hizo guardar silencio á las dos señoras; terminada, la novia se puso de pie, imitándola el novio; era un

hombre grave, con el cabello cano, de aspecto vulgar, y que contaba treinta años más que su joven esposa; su semblante, de inquieto que era antes de la ceremonia, se había vuelto tranquilo; ofreció el brazo á su mujer y la condujo á la sacristía; ya allí, levantó el velo blanco de Fany y le dió un beso en la frente, el primer beso, con el aire ceremonioso y frío del hombre que termina un negocio.

—¡Todo está terminado!—dijo tristemente mistress Knowle lanzando un profundo suspiro, que pareció aliviar su oprimido corazón:—por cierto que nunca hubiera creído presenciar esta ceremonia. ¡Pobre niña! ¡pobre Fany!

—Pero ¿no me diréis á qué vienen esas palabras de compasión?—preguntó mistress Smile;—¡ya quisiera yo que mis hijas hicieran tan buenos matrimonios y que hallasen maridos tan honrados! *John Bowerbank y Compañía, negociantes, Liverpool*. El papel de esta razón social vale tanto como el del Banco. Vos lo sabéis mejor que nadie, puesto que vuestro esposo es socio de esta casa desde hace muchos años; en cuanto al marido no le había visto bien hasta hoy, pero tiene un aire muy agradable. Yo soy de las que prefieren dar sus hijas á hombres de edad proyecta, aunque sean viudos, con tal que tengan un carácter digno y una buena posición, más bien que á un necio joven que gaste en seguida el dinero. ¿Es muy rica miss Kendal?

—¡Demasiado, por desgracia! ¡tiene cincuenta mil libras! (1).

—¡Qué gran opulencia!—murmuró la otra, penetrada de admiración.

—Fany me dijo un día que de buena gana cambiaría sus libras en peniques.

—Habría perdido el juicio.

—En esa época no hubiera sido extraño; pero sin duda lo ha pensado de nuevo, y ha hecho un matrimonio prudente. Pues bien, amiga mía, cuando yo me casé con Edward Knowle éramos, él un dependiente de comercio, y yo una modista, que reuníamos entre los dos unas doscientas libras: y ¿creéis que por eso éramos desgraciados? Pues todo lo contrario: pareja más feliz no la había en el mundo, y eso se comprende, porque nos habíamos casado sólo por amor, y no había nada que impidiese nuestro matrimonio; yo creo, y Dios me perdone, que no puede decirse lo mismo del enlace que acabamos de presenciar.

Al oír estas palabras, mistress Smile parecía tan asombrada, y hasta tan asustada, que la cándida mistress Knowle se hubiera cortado de buena gana la lengua por haberlas pronunciado.

Sabía que su interlocutora era maestra consumada en habladurías; pero pensó que, si bien era incapaz de guardar un secreto que hubiera descubierto ó sorprendido, en cambio se podía apelar á su discreción, gracias

(1) Equivalen á 1.250.000 francos.

á un vago sentimiento de dignidad y deber que existe aun en el alma de las personas más habladoras. Tomando, pues, rápidamente su partido la buena señora de Liverpool, se volvió hacia su amiga de Londres, que en el fondo no era una mala mujer, y le dijo seriamente:

—Siento mucho haber dicho lo que habéis oído, mistress Smile, porque es una historia triste á lo que se refiere, y ya está terminada; os la voy á contar, rogándoos antes que jamás digáis una palabra que á ella se refiera; y no es porque nadie sea culpable en ella, no; bajo el punto de vista del honor, jamás se ha podido decir una palabra de mister Kendal ni de su hija; su nombre está sin tacha, y lo que ha sucedido ocurre á la mayor parte de las jóvenes... aman y dejan de amar una docena de veces antes de casarse...; pero yo no creía que Fany fuese de esta clase...

—¡Cómo! ¿Fany amaba á alguno? ¿Estaba comprometida? Contadme eso. ¿Quién era? ¿Le conozco yo acaso?

Mistress Knowle hubiera deseado estar debajo de tierra antes de haber dado lugar á todas estas suposiciones. Para cortar el mal, no había más remedio que decir toda la verdad y confiar el secreto al honor de su amiga; después de todo, no era una verdad muy terrible de confiar; como decía poco antes, era una cosa que sucede á todas las mujeres.

—Voy á contároslo todo, amiga mía,— dijo;—pero prometedme que no lo repetiréis á nadie; ¡pobres muchachos! ¡Eran tan jóve-

nes, que forzosamente habían de amarse! Pero á mi marido y á mí nos ha causado este asunto mucho pesar, porque fue en nuestra casa donde se conocieron.

—¿Es una historia de amor?

—Sí; una verdadera historia de amor... pero no como las de hoy, sino como las de mi tiempo: un idilio... una cosa encantadora y dulce, llena de ternura; tan tierna, que mi excelente Edwar decía que le recordaba nuestra juventud y nuestro amor.

—Creo que adivino,—dijo mistress Smile,—por qué he hallado á Fany dos veces de visita en vuestra casa, y yo tengo la nariz fina.. ¿Se trata del joven Stenhouse?

La narradora hizo un gesto afirmativo, y una nube de tristeza pasó por su frente.

—Justamente,—contestó.—¡Pobre muchacho! Apenas dos veces hemos pronunciado su nombre mi marido y yo desde que marchó á las Indias, que hará año y medio. ¡Hemos sentido tanto perderle! Ya sabéis que era dependiente de nuestra casa de comercio, y entró cuando tenía sólo quince años: era un hermoso muchacho, sumamente distinguido: como ella venía algunos días, se conocieron y se amaron. ¿Y qué podía yo remediar? Además, él se ha portado de la manera más honrosa: yo creo que nunca se atrevió á decir á Fany que la amaba, y que descubrieron su mutuo cariño por casualidad: un día me dijo:

—He sido un necio, y hasta se me podrá acusar de haber sido un malvado. Amo á

miss Kendal, y no he pensado hasta hoy en que ella tiene cincuenta mil libras de renta, y yo no poseo ni un penique.—¡Pobre joven!

—¿Y qué habéis hecho entonces?

—¡Nada! ¿Qué podía hacer? ¿No os digo que se amaban los dos?

Este argumento no pareció hacer gran fuerza á mistress Smile, que dijo con dignidad:

—Era un amor bien inútil: yo tengo, como sabéis, siete hijas, y me creo buena madre; pero os aseguro que, en vuestro lugar, no hubiera hecho lo que vos.

—¿Pues qué hubiérais hecho?

—Me hubiera opuesto á esas relaciones.

—¿De qué modo?—exclamó la buena mistress Knowle con acento patético, y como si el recuerdo de su pasada pena le fuese aún amargo en aquellos instantes.—Eran dos muchachos encantadores: ella tenía diez y nueve años; él, veinticinco: se encontraban en mi casa todos los días, y se apercibían cada vez más que parecían formados el uno para el otro, y que eran felices cuando pasaban algunas horas juntos: os aseguro que hacía bien al alma el verlos pasearse por las calles de lilas, y el oírles charlar, leer, reirse de cualquier pequeñez, como dos niños inocentes. Hubiéramos querido Edward y yo tener una hija como Fany, y nos acordábamos de nuestro pequeño Edward, que reposa en el cementerio de Hate, esperando á su madre...

Aquí la voz de mistress Knowle se apagó, y guardó silencio durante algunos segundos; después continuó:

—En nuestra casa sin hijos, aquella juventud y aquel amor nos hacía bien, y era para mi marido y para mi una compañía encantadora; y mil veces nos hemos dicho que, si uno de los dos solamente hubiera sido nuestro, los hubiéramos casado para hacerlos dichosos á los dos. Pero estaba sin duda decretado por el cielo que Fany fuese la esposa de Bowerbank; y no es por cierto que yo tenga nada que decir en contra suya, no; es amigo de mister Kendal, es amigo de mi marido, es muy buen hombre, pero no es Dexter Stenhouse; y cuando me acuerdo de cuánto adoraba á Fany, y cómo ella le correspondía; cuando recuerdo la tristeza de los dos, las noches que he pasado á la cabecera de Fany, que lloraba; cuando recuerdo aquellos días en que Stenhouse iba y venía de nuestra habitación al escritorio, pálido como un muerto, con los labios apretados y la desesperación retratada en el semblante, me parece que sueño al recordar lo que ha hecho.

—Pero, ¿qué es lo que ha hecho?

—Es verdad,—repuso la honrada mujer con un suspiro;—casi nada. Mi marido y yo tomamos entónces mucho pesar, y sin embargo, cosas como éstas suceden cada día, y nadie se ocupa de ellas; pero nosotros pensamos de otro modo, y jamás pudimos comprender el por qué se enojó tanto mister Kendal con nosotros: nos dijo que jamás debimos permitir que semejante cosa sucediese; ¡como si nosotros hubiéramos podido im-

pedirlo! Nosotros estábamos en la convicción de que el casarse con un hombre honrado y laborioso es lo mejor que puede suceder á una joven, y no podía ocurrirnos la idea de impedir lo que sucedía; pero mister Kendal era de otro parecer. Cuando Dexter Stenhouse le escribió para obtener su consentimiento, Edward añadió una carta, en la que, de la manera más amistosa y más cortés, le exponía la situación de Stenhouse, nuestra alta estimación hacia él, y todos los méritos que hacían de este joven el esposo mejor para una señorita; le decía que sólo de una cosa carecía, de dinero; y que esto no importaba mucho, puesto que miss Kendal tenía de sobra; así que leyó esta carta, cayó en nuestra casa como un huracán, despidió á Stenhouse del escritorio, haciendo uso de sus derechos de socio, y quiso llevarse á Fany, á la que yo servía de madre: pero esto último fue imposible, porque aquella tarde hubo de acostarse con una gran fiebre; yo no sé que poeta ha dicho que "los padres tienen corazones de piedra," y yo voy más allá, porque digo que carecen en absoluto de corazón. ¿Cómo, si no, hubiera podido ese hombre ver á su hija única reducida al estado de esqueleto, tendida en el lecho muchos días, y con la desesperación escrita en sus hermosos ojos, que tanto se parecen á los de su madre? Y no creáis que jamás ha dicho una palabra amarga para su verdugo; sólo me decía algunas veces en voz baja:

—¡Sobre todo, que no sea cruel para Dex-

ter!... Y mister Kendal se cree cristiano, y va á la iglesia todos los domingos!

—Toda esa aparente dureza ha sido dictada por el amor á su hija,—observó mistress Smile.

—No olvidéis, querida amiga, que Stenhouse no era ni un calavera, ni de mal nacimiento, ni de mala educación; nadie en el mundo puede decir nada contra su honradez. Ni una sola razón verdadera había para rehusarlo, á no ser que era dependiente de una casa de comercio y Fany es la hija de un abogado; él no tenía nada, y ella posee cincuenta mil libras; ved aquí el fondo del negocio; el dinero, el maldito dinero, como dice mi marido; mister Kendal quería que su hija se casara de una manera conveniente; el novio ha hecho la corte durante dos meses; la joven le recibía con una sonrisa, bien forzada, pero muy cortés; pidió su mano, y le fue concedida al momento, y el matrimonio se ha celebrado en el gran estilo, con seis señoritas de honor y veinte carruajes, tirados cada uno por dos caballos blancos, como acabamos de ver! Y ella, ¿por qué lo ha consentido? Porque es una criatura dulce y débil; á cada instante le daban síncope y ataques de nervios; yo en su lugar hubiera mirado de frente al viejo tirano, con un corazón tan duro como el suyo; por el amor de Edward yo hubiera combatido con un regimiento de soldados; ¡ella era un cordero, que sólo sabía temblar!

Y la buena señora, que era muy gruesa y

tenía la voz muy fuerte, pero el corazón muy tierno, dejó escapar dos lágrimas, que enjuguó con su pañuelo guarnecido de encajes.

Las dos amigas salieron de la calle apartada que habían seguido hablando, y se dirigieron hácia la mucho más populosa de la Reina Ana.

—Vamos por aquí,—dijo mistre Knowle,—porque deseo evitar el ver á Fany antes de que parta; la he querido y la quiero aún mucho.

—Referidme el fin de la historia,—repuso la señora Smile:—os juro que no la repetiré; ni ¿á quién podría hacerlo? A nadie conozco en el círculo de sus relaciones, y además, ella se va: ¿no es cierto que se van á establecer en Liverpool?

—Si, John Bowerbank posee allí una de las más bonitas casas de la ciudad. Su prolongada viudez es solamente lo que le ha impedido ocupar su sitio en la mejor sociedad de Liverpool. Ahora lo hará, porque le gusta el mundo y el hacer papel. ¡Qué diferencia del pobre Stenhouse, que hubiera pasado la noche al lado de su mujer, ocupado con los libros y el piano! Era el mejor aficionado que he conocido, y fabricó por si mismo un órgano de gabinete, que me regaló cuando se ausentó de Inglaterra.

—¿Y por qué se marchó?

—Os diré lo que sé: él fue siempre muy comunicativo; pero de repente se volvió mudo, y nada podía sacar de él: cuando quería ir á la conversación de sus amores se le de-

mudaba el semblante de una manera que daba miedo. ¡Oh! ¡si! ¡Amaba terriblemente á Fany Kendal!

—Es cosa muy perjudicial el enamorarse así y desentenderse de todos los deberes sociales,—observó sentenciosamente mistress Smile.

—¡Oh! ¡Que día aquel que vino mister Kendal, después de leer la carta de mi marido!—exclamó la buena mistress Knowle. Le vimos entrar súbitamente, y nos dijo que venía á buscar á su hija. ¡Qué tempestad todos los días por la mañana y por la noche! ¡Qué discusiones en el comedor y en el cuarto de la pobre niña! ¡Porque ella cayó enferma en el lecho desde el primer día! ¡Qué de argumentos, razones y consuelos! ¡Nosotros, que no teníamos hijos, nos admirábamos de ver á aquel padre pisotear su tesoro! Nos preguntábamos mi excelente marido y yo qué deseaba aquel hombre, que veía á su hija moribunda, y si lo que anhelaba era matarla para satisfacer su orgullo y hacer triunfar su autoridad. Pero el dinero era su ideal y lo que le guiaba en su persecución incansable. Si Dexter Stenhouse hubiera sido rico, le hubiera adorado de rodillas, estoy segura; en lugar de esto, le puso á la puerta.

—¡Vaya una grosería!—exclamó mistress Smile.

—No, no creáis que lo hizo tal como suena: se respeta demasiado para eso, y además tenía que guardar su reputación, porque había sido mirado siempre como el mejor de

los padres: hasta allí lo había sido: todos podemos ser criaturas perfectas hasta el día de la prueba, que cada uno aparece lo que es: al mirarle hoy con esa cara de pascua, bondadosa y risueña; al verle correctamente vestido, he recordado sus furias de entonces, su dureza y su lenguaje violento.

Mistress Smile aprobó con un signo de cabeza.

—¡Sí!— continuó la narradora;— el pobre muchacho fué despedido sin apelación: como la niña era aún menor, la ley favorecía al padre; un rapto hubiera podido salvar á Fany de la desdicha de perder á Stenhouse; pero éste es demasiado honrado para pensar siquiera en ello; y después, Kendal tenía su dinero, *su deplorable dinero*, como decía el pobre joven, y todo su orgullo y toda su dignidad se sublevaban ante el pensamiento de que, lo mismo al padre inexorable que el mundo frívolo, creyesen que ambicionaba las riquezas de Fany: este sentimiento era tan fuerte en él, que muchas veces temía que le hiciera olvidar lo mucho que la quería: yo dije que su orgullo llegaba ya á la cobardía, y que se debe temer más á lo que digan los buenos que á lo que murmuran los malos. Cualquiera que hubiera visto á la dulce Fany y al honrado Stenhouse hubiera comprendido que se habían casado por amor. Pero, querida señora, yo me dejé llevar demasiado de mi cariño á esa pobre niña: son cerca de las dos, y debe partir á las tres... ¡Oh desgracia! ¡Cuando pienso en los proyectos que

hacíamos respecto á sus trajes cuando se marchase al viaje de boda con Stenhouse!

Mistress Smile guardó silencio; la relación le parecía larga, y pensaba en su *lunch*.

—El fin de la historia es bien corto,— prosiguió la narradora;— Dexter y Fany se despidieron en presencia de mister Kendal y en la mía, porque el pobre amante lo exigió así: la desgraciada niña se abrazó á Stenhouse, y le prometió solemnemente que se casaría con él ó con nadie. En cuanto á Dexter, le prometió, y él no miente jamás, que si vivía cuando Fany llegase á su mayor edad, volvería para casarse con ella, *á despecho de los hombres y del diablo*. Estas fueron sus palabras, porque estaba casi loco de cólera; era muy cruel el ver á aquella pobre niña pálida y demacrada por el dolor; ella, tan dulce, tan delicada, y que necesitaba tantos cuidados y tanto amor! Entonces él la abrazó y la besó, pero ¡de qué manera! ¡Aún lloro al recordarlo!

—¡Pobres jóvenes! Pero la verdad es que hubiera sido un enlace muy imprudente,— dijo con frialdad mistress Smile.

—Dexter Stenhouse no ha tenido jamás otras relaciones de amor; trabajaba mucho en el escritorio, y fuera de su trabajo llevaba una vida muy solitaria. Jamás nombraba á Fany Kendal; pero cuando yo pronunciaba su nombre, parecía querer beber mis palabras; yo me arreglé de modo que, durante dos años, él supiese lo poco que yo misma sabía; su padre la tenía todo lo separada de

mí que le era posible; pero algunas veces tenía noticias suyas, y se las daba á Dexter; la sola cosa que le callé fueron los rumores acerca del enlace de Fany con Bowerbank, porque nos parecían tan grotescos, que, así yo como mi marido nos reíamos de ello.

—Yo fui quien os hablé, y recuerdo vuestra indignación; pero ya véis que después de todo decía la verdad.

—Ahora ya importa poco. Dexter ni aún pronunció el nombre de Fany; ignoro si sabía lo que pasaba; pero en esta misma época es cuando fue á Londres, sin duda para ver á Fany y reclamarle su palabra. ¿Le renovó su petición de matrimonio, y ella se ha negado, ó bien la nueva de su probable boda con Bowerbank le ha hecho retirarse y no ha vuelto á verla?—¡Dios lo sabe! Todo lo que yo sé es que dos meses después de haber llegado Fany á su mayor edad, Dexter Stenhouse abandonó á Liverpool y se embarcó para la India, donde, según creo, permanece: sin embargo, no nos olvida el pobre muchacho. Para Navidad nos escribe siempre, y este año me ha enviado un chal de la India para el día de mi santo. Pero ni nombra á Fany en sus cartas, ni dice una palabra que á ella se refiera.

—Es que acaso no tenga nada que decir,—observó mistress Smile.—La muchacha cambió de modo de pensar, y esto es todo; es más alagüeño casarse con el dueño ó jefe de la casa, que con un dependiente de la misma. Pero, mirad, ya llega el carruaje que sin du-

da es el del novio. ¡Ah, querida mía! Si pudiera ver á una de mis hijas siquiera con carruaje suyo!

Mistress Knowle no contestó; habían ya llegado casi á la puerta de la casa de los novios; delante de ella se veían varios grupos de ociosos, que esperaban la salida de los nuevos esposos con esa curiosidad que provoca siempre una boda; las dos señoras se quedaron detrás del grupo más numeroso. Mistress Knowle estaba pensativa, y en su ancho y benigno semblante se hallaba pintada una expresión en la que entraban por partes iguales la piedad, la ternura y una especie de desprecio; el aspecto de esta excelente persona era un poco rudo; no había recibido lo que se llama una educación refinada ó en extremo distinguida, más poseía lo que da á la mujer la más grande dulzura y la más grande fuerza: un corazón amante y una comprensión clara de la divinidad del amor; del amor, que, cuando es mútuo, ni da ni exige nada menos que el alma entera del hombre y de la mujer, y que transforma en un deber absoluto esta verdad, de la que el matrimonio no es más que el sello exterior.

—*No puede separarse lo que Dios ha unido.*

—¡No acabo de comprender, ahora que estoy aquí, cómo ha podido casarse!—murmuró la buena matrona.—Si yo hubiera plantado á Edward Knowle, ¿qué hubiera pensado de mí, y qué pensará de ella Dexter Stenhouse?

—Nada, probablemente,—repuso mistress Smile, que estaba dotada de una naturaleza mucho menos delicada,—tal vez esté casado actualmente.

—¡Imposible! Me lo habían de jurar y no lo creería: los hombres no valen gran cosa, pero las mujeres valen menos; ¡éstas se venden en cuerpo y alma por una despreciable cobardía! ¡Estas rompen un juramento solemne, sólo por miedo!

—Pero, ¿qué había de hacer, sino obedecer á su padre?

—Nadie la obligaba á esa obediencia,—repuso severamente y con tono enérgico mistress Knowle; —ni vos, ni yo, ni ninguna mujer, está obligada á obedecer á su padre, ni aun á su marido, si aquél ó éste la ordenan una villanía. Si Edward me dijese: “Emma, tengo hambre, es preciso que te dejes cortar en pedazos”, quizás lo haría si el mal fuese sólo para mí; pero si me dijera: “Emma, tengo hambre, ve á robar una pierna de carnero”, le contestaría: “No, caballero; la ley de Dios es superior á la obediencia que os debo: robad vos, si esto os complace...” Pero mirad; ya abren la puerta del vestíbulo; ya sale la novia.

En efecto, la novia apareció, blanca y delicada como una azucena; todas las alegrías y las agitaciones del día de la boda, el almuerzo, el champagne y los discursos no habían hecho otra cosa que aumentar su palidez; se apoyaba, como en la iglesia, en el brazo de su padre, personaje elegante, co-

rectamente vestido, de maneras reposadas y distinguidas, y que hablaba siempre en voz baja; condujo á su hija al carruaje, le dió un beso en la frente y una bendición, que Fany recibió pasivamente, y la ayudó á subir, arreglando los almohadones, para que estuviese con más comodidad.

Era Fany una criatura frágil, dulce, y tal como un hombre valeroso y fuerte la hubiera querido para tomarla en sus brazos y abrirla en ellos, para amarla con toda su alma, porque ella tenía mucha necesidad de ser amada y protegida.

John Bowerbank no era ya joven, pero no parecía desprovisto ni de valor ni de ternura, dos cualidades que van siempre unidas, y en todo caso, parecía mucho más apto y mucho más capaz de proteger y amar á Fany que el padre de ésta, tan buen mozo y tan elegante.

—¡Pobre niña!—murmuró la gruesa Emma,—por de pronto, este casamiento le dará alguna libertad; por lo menos su marido es un hombre honrado; será al fin dichosa, y no tan infeliz como al lado de su egoísta padre. ¡Que Dios la bendiga!

Este deseo cordial no fue oído por Fany; dos lágrimas le acompañaron, que tampoco vió la novia; ésta no se hallaba en estado de apersibirse de lo que pasaba alrededor suyo; el carruaje, arrastrado por un hermoso tranco, salió al trote por la ancha calle de la Reina Ana.

Así se terminó el primer acto, y así des-

aparecieron los principales actores de este matrimonio de gran espectáculo. Todos los elementos que á él habían concurrido eran muy satisfactorios; todos los detalles, muy brillantes; sólo se había omitido una bagatela, como sucede en ocasiones semejantes: el amor.

II

La historia de mistress Bowerbank es muy sencilla, pero muy triste; mas antes de entrar en más detalles, no estará demás decir algo de su marido.

El retrato más fiel que de él pudiera hacerse se encierra en estas palabras:

Es un hombre de negocios.

Fuera del mundo de los negociantes se acostumbra á mirar con una especie de desdén á los hombres que poseen esa especie de mérito, sin que sea posible explicar el por qué; todo observador atento comprenderá que para ser el verdadero tipo del hombre de negocios es preciso reunir muchas cualidades eminentes.

El negociante necesita ser exacto, perseverante, tener ingenio é iniciativa; un sentimiento fuerte de sus derechos propios, y á la vez mucha equidad; saber reconocer

los derechos de otro, pero en una medida conveniente; por conciencia, por razón y por prudencia, no hacer más que lo que desearía que hicieran con él mismo; ser bastante firme, para establecer una justa balanza entre la justicia y la generosidad; ser honrado antes de ser benévolo, y justo antes que compasivo; no hacer daño á nadie, pero no tolerar tampoco el que pretendan hacerle; ser estricto y exigente en todo, para alguna vez poderse mostrar generoso; velar sobre sí mismo en los menores detalles, á fin de poder exigir lo mismo en las gentes que emplea; saber deplorar vivamente la pérdida de una libra esterlina, y, en casos dados, no economizar millones si se trata de un gasto honroso y oportuno.

Este hombre de negocios tendrá muchos enemigos, que le harán en toda ocasión el objeto de sus críticas: dirán que es un egoísta, que sabe muy bien cual es el mejor camino, etc.; pero hay muchas cosas excelentes en el mundo, obra de los hombres dotados de este temperamento; y estas obras, útiles y buenas, se han llevado á cabo por ellos con más éxito y más dignidad que todas las inventadas por esos grandes genios, que todo lo emprenden y nada consiguen; por todos esos grandes inútiles, que sólo alcanzan á entristecernos con el espectáculo de sus decepciones y caídas.

Hacia sesenta años que John Bowerbank estaba en el mundo, y, por tanto, se decía de él mucho bueno y mucho malo; pero to-

dos, amigos y detractores, se hallaban conformes en asegurar que no había faltado jamás á sus promesas y que nunca se le había visto ni pedir ni robar un *schelin*: su ideal podía no ser muy elevado; su vida ordinaria estaba muy lejos del heroísmo; mas, en resumen, era un hombre bueno y honrado, un verdadero hombre de negocios.

Nada podía excitar el interés en su persona: era pequeño de cuerpo y fornido; sus cabellos, casi blancos, guarnecían su frente y dejaban al descubierto su cabeza calva y brillante: el más poderoso esfuerzo de imaginación no hubiera podido transformarle en héroe de novela; y, sin embargo, era muy cierto que él también había tenido su novela, como todo hombre que está dotado de corazón la tiene en su vida.

La novela de John Bowerbank estaba intimamente ligada con una modesta tumba, que mistress Knowle descubrió un día que fue á visitar la de su pequeño Edward: aquella tumba de mármol blanco, sin emblemas ni coronas, tenía en letras negras esta sencilla inscripción:

JUANA CRUX,
ESPOSA DE JOHN BOWERBANK:
MURIÓ DE SOBREPARTO,
Y YACE AQUÍ CON SU HIJO.

Desde aquel día la buena y gruesa Emma miró con un interés más vivo al asociado de su esposo; pero era tal el olvido que había

caído sobre aquel episodio, que muchas gentes consideraban á mister Bowerbank como célibe; cuando los años y las riquezas le agobiaron con su peso, se dijo que había rehusado el título de caballero por parecerle poca cosa, y el de *baronet* porque era una dignidad estéril, tratándose de un hombre sin herederos. Nadie se imaginaba que pudiera casarse algún día; y cuando se verificó su matrimonio se le atribuyeron miras positivas; el deseo muy natural de instalar una persona amable en su magnífica casa, y el de asegurarse para su vejez una encantadora compañía.

Preciso es convenir en que estos rumores tenían razón: el amor entraba por muy poco en su enlace con Fany; la sola, la única pasión de su vida había sido apagada por la mano del destino, y era ya demasiado tarde para encendar otra en su corazón.

Ni se había casado con miss Kendal por amor, ni había tenido la loca pretensión de que ésta le amase, y acaso era éste el secreto del consentimiento de la joven: John tenía por su esposa todo el respeto que el noble carácter de ésta merecía: adhirióse á ella de una manera casi paternal; pero Juana, la primera y feliz esposa, que dormía bajo la tumba blanca del cementerio, no podía tener celos, y apenas hubiera reconocido en aquel viejo, que todos llaman *el dichoso marido de Fany*, al esposo enamorado y entusiasta que la condujo al pie de los altares para unir al suyo su destino.

Para Fany todo se arregló de la manera más feliz posible: en el afecto que le demostraba su marido, afecto sin exigencias y sin demostraciones apasionadas, más parecido al de un padre que al de un amante, encontró la sola cosa que deseaba: el reposo.

En el carácter de Bowerbank, mesurado, tranquilo, siempre el mismo, que no deseaba más de lo que podía esperar, y que no le pedía más que lo que quería darle, la pobre niña encontró un poco de ese bienestar moral que creía haber perdido para siempre en el mundo. Ella, que había empezado su vida por un sueño virginal, del que había reconocido tristemente la absoluta falsedad; que en su debilidad, más grande que la de otras mujeres, había buscado apoyos, uno después de otro, y que todos los había visto hundirse bajo su mano, encontró en su casamiento un hombre bueno, benévolo, práctico, y cierta calma que, después de las tempestades de su juventud, no estaba exenta de dulzura y de encanto.

Y además, para una naturaleza débil y vacilante como la suya, había un verdadero alivio al pensar que su destino se había fijado de una manera irrevocable.

Durante los tres primeros meses de su matrimonio, todos cuantos conocían ó visitaban á Fany decían que mistress Bowerbank tenía un aspecto de salud excelente, y mil veces mejor de lo que podía esperarse, porque todos sus conocidos creían que había heredado la enfermedad de su madre, enfer-

medad de consunción y de languidez, mal íntimo, que rompe los resortes de la juventud, y que hace de la vida una larga y triste fatiga, y del sepulcro el sólo descanso posible.

No podía decirse que su nuevo estado hubiera operado cambio sensible en mister Bowerbank: era ya demasiado viejo para eso: sin embargo, recorría con aire de contento y de orgullo su bella y suntuosa casa, y cuidaba con el mayor esmero á su joven esposa, tan dulce y tan delicada: la presentó á la sociedad más brillante de Liverpool, y aceptó para ambos suntuosos convites: en medio de aquellos trajes vistosos y ricos, Fany, vestida siempre de blanco ó de color de rosa pálido, parecía una flor del valle en una plantabanda de jacintos y de ranúnculos.

Si no llevaban, pues, una vida de embriagadora felicidad, llevaban estos dos seres una apacible vida doméstica. Fany había soñado en la aurora de su vida con ser la esposa de un hombre pobre, cuidar de una casa muy modesta, componer la ropa blanca de su marido, y velar para que las comidas estuvieran sazonadas y la mesa bien servida en lo posible; hubiera querido ser tan económica, que nada de lo que ganase su marido se emplease mal, y todo trabajo, aun el más penoso, le hubiera parecido dulce si podía contribuir á su bienestar.

Mas el cielo no había querido que éste fuese el lote de la vida de aquella joven. Tenía por marido á un hombre rico, y no se la pe-

día otra cosa que una ociosidad elegante: quizá algún tiempo antes le hubiera parecido esto intolerable; pero desde hacía muchos años estaba habituada á una vida pasiva, lánguida, y ahora encontraba placer en no hacer nada, y en vivir por la imaginación, puesto que nadie se interesaba en darle un papel activo. A los ojos de los que sólo veían su vida exterior, ésta no podía ser más dichosa.

—Está mimada por un viejo,—decía una joven señora de Liverpool á mistress Knowle, que se hallaba de visita en su casa;—lo cual es mil veces mejor que ser la esclava de un marido joven.

—No es eso, muy segura estoy de ello,—respondió Emma con un acento mitad cómico y mitad furioso;—yo creo, amiga mía, que vos sois la esclava de vuestro marido, como yo lo soy del mío, y que si no lo fuerais, deploraríais el haberos casado.

Pero la esclavitud del amor no era tampoco el lote que había tocado á Fany; no tenía que cuidar de la ropa de su marido, ni le cepillaba la levita, ni le buscaba los guantes; cuando mister Bowerbank regresaba á su casa por la noche, no iba tampoco apresurada á abrirle la puerta; no le preparaba los almohadones del sofá para que durmiese la siesta después de comer. ¿Para qué había de hacer ella todo esto, cuando había tantos criados en la casa? A la verdad, jamás le ocurrió ocuparse de tales cosas, propias sólo cuando nos acompañan los dos grandes

bienes de la vida: la modesta medianía y el verdadero amor.

Fany cuidaba mucho de vestirse con esmero para presidir la mesa de su marido; casi todos los días paseaba en carruaje por el campo, pensativa y solitaria, ó bien devolvía visitas de cumplido después de los sa-raos y conciertos, adonde mister Bowerbank se complacía en llevarla, siempre vestida con esquisito gusto y riqueza. Nunca estaba desapacible con Fany; nunca le preguntaba tampoco si era dichosa. Sin duda que él buscaba, á su modo, la manera de hacerla feliz, porque estaba dotado de buen corazón; pero no era ni afectuoso, ni galante, ni simpático. Además, era viejo, y toda su juventud se hallaba sepultada bajo la blanca tumba del cementerio de Hate.

Mistress Knowle contó una vez, algunos años más tarde, que un día de Navidad, uno de esos raros días en que la Bolsa está cerrada, porque mister Bowerbank era incapaz de faltar á sus operaciones comerciales, le había visto atravesar el césped helado del cementerio; estaba solo, aunque sólo hacía siete meses que se había casado por segunda vez; la blanca tumba de Juana estaba cerrada; pero el montoncito de tierra que la formaba se había ido bajando al nivel del suelo. John se arrodilló delante de aquella tumba; su mirada triste y fija parecía querer penetrar hasta el fondo; pero si lo hubiera conseguido, sólo hubiera encontrado un puñado de huesos.

Ahora, otra mujer estaba sentada en su hogar, que se había vuelto espléndido, y algunos de sus amigos le decían que podría tener un hijo; los menos benévolo aseguran que después de haber rehusado el título de *baronet*, una necesidad orgullosa de posteridad, el deseo tan *inglés* de tener una familia, había entrado en aquella grave cabeza, y entonces, siempre serio y positivo, había concebido el proyecto, tan tardío á sus años, de casarse otra vez. Paseando entonces una mirada por el escaso círculo de jóvenes que conocía, había hallado una que por su extrema dulzura podía ser una compañera conveniente para un hombre de su edad. Y sin preocuparse mucho de sus sentimientos, había arreglado el matrimonio, como si fuera un negocio, con su antiguo amigo mister Kendal.

Un año más tarde le ofrecieron de nuevo el título de *baronet*, y fue aceptado; pero al ver que no aparecía ningún heredero de esta grandeza, sir Jhon Bowerbank se volvió más silencioso y más triste; demasiado bueno para dejar ver su pena, su cara plácida adquirió, sin embargo, una expresión más fría; y bien que no fuesen completamente desgraciados, porque no tenían mucha felicidad que perder, la desunión tácita y silenciosa entre ambos esposos se acentuó más cada día. Cada día pasaban juntos menos tiempo, lo que es cosa muy fácil entre las gentes ricas que tienen ó creen tener que cumplir tantos deberes de sociedad y de posición.

La pobre Fany sonreía siempre con su aire lánguido, dulce y pensativo. Sir Bowerbank no le dirigía jamás una sola palabra desagradable; y, sin embargo, sus días se volvían cada vez más pálidos, sus grandes ojos parecían agrandarse todavía, y su mirada vaga se fijaba en un horizonte lejano, como si buscara en un cielo ya vecino alguna cosa que no se hallaba ya en la tierra, alguna cosa perdida ó incompleta, y que no podría completar acá abajo, ni aun al precio de toda su fortuna.

El matrimonio es el cielo ó se vuelve el infierno, no de pronto, porque el tiempo dulcifica y corrige muchas cosas; mas cuando el tiempo no adelanta nada en esta obra, se produce en el alma un vacío de muerte, un estado de sufrimiento sin esperanza; se siente que la última probabilidad de dicha se ha perdido, que el último dado se arrojó, y que el juego ha hecho traición.

No era tal probablemente la situación de sir Bowerbank; su sensibilidad no había sido nunca muy viva, y además le embargaban el pensamiento el cuidado de decorar su nobleza reciente y el de atender á sus negocios; las mañanas las pasaba en la Bolsa, las primeras horas de la noche estaban consagradas, algunos días de la semana, á esas grandes comidas, largas, espléndidas y profundamente fastidiosas. Pero Fany permanecía sola en su casa durante eternos días, sin hijos de quien cuidar, sin ningún deber para llenar tantas horas de ocio y de aburrimiento mortal, sin actividad ni ener-

gía bastante para hacer lo que otras mujeres sin hijos, lo que hacía la excelente mistress Knowle; acoger bajo su protección los hijos de la miseria, que necesitaban para vivir de la caridad de las madres por el corazón, que no lo son por la naturaleza.

Para un organismo como el de aquella joven, el matrimonio, tal como le había encontrado, se asemejaba mucho á ese lago en el que los condenados se sienten helar vivos poco á poco, y que es uno de los suplicios que el Dante describe en su poema inmortal.

Pero nadie en el mundo sabía esto; su padre se hallaba en Londres, llevando una existencia de comidas, bailes y negocios como sir Jonh llevaba en Liverpool; y aquel padre correcto y elegante no iba á verla jamás; en cuanto á sus cartas, el contenido se reducía siempre á aplaudirse por el brillante enlace que había proporcionado á su hija querida, de la que había asegurado para siempre la felicidad.

Los que habían discutido más vivamente el pró y el contra de aquel enlace se habían ya olvidado de él, y dejaban á los esposos llevar su cruz ó disfrutar de su dicha, como sucede siempre y en todos los países.

III

Los dos socios y sus esposas se habían reunido á la mesa en una comida íntima; el número no pasaba de las cuatro personas, á fin de poder discutir un asunto importante, que interesaba la casa Bowerbank y Compañía.

Aunque el asunto capital se reservaba para cuando las señoras se levantasen de la mesa, los dos negociantes habían hablado de sus asuntos durante toda la comida, cambiando las palabras técnicas y habituales de *buque, navegación, cargas, consignaciones, el algodón en alza, el indigo firme*, y toda esa fraseología que parece tan extraña fuera de los circuitos comerciales.

Tales eran los fragmentos de la conversación de sus dueños y señores, que venían á herir los oídos de las dos damas. Mistress Knowle abría los suyos, pues tenía una cabeza muy firme, y desde el día de su casamiento se había arrojado en cuerpo y alma en los negocios de su marido; en caso de necesidad, hasta podía ir á la Bolsa. Mas lady Bowerbank apenas escuchaba lo que se decía; tenía, como siempre, el aire fatigado y distraído, con una indiferencia de gran se-

hora, cumplía sus deberes de ama de casa, y á cada instante, en los intervalos de la conversación, sus grandes y melancólicos ojos se separaban de la mesa para fijarse á lo lejos en las ondas brillantes del mar, que se descubría por la ventana abierta y que reflejaba los rayos del sol poniente.

No se hallaban los esposos en su magnífica residencia de Birkenhead, sino en una bonita casa del muelle Waterloo, donde á pesar de sus costumbres sedentarias, sir John había ido á pasar el estio con el solo objeto de que Fany cambiase de aire, pues algunos amigos le habían hecho reparar en su palidez y en su estado de abatimiento.

Sir John era un marido excelente; jamás ponía la menor resistencia cuando se trataba de proporcionar á su joven esposa un placer ó un bien, cualquiera que fuese; pero era preciso que le sugirieran la idea de hacerlo, pues nunca se le ocurría por sí mismo.

Lady Bowerbank no había hecho ninguna oposición á aquel proyecto; todos los sitios del mundo le eran indiferentes, y además, éste le agradaba porque la brisa del mar no era en él demasiado fuerte; por las tardes se paseaba á la orilla del mar y llenaba un cestillo de esas conchas pequeñas y delicadas que han hecho célebre aquella costa; y no era que ella tuviese gusto por aquella ocupación; no lo tenía por ninguna, pero le parecían bonitas y esto le bastaba; y después en otro tiempo, que ya le parecía pertenecer á otra vida, un amigo, tiernamente amado

le había llevado algunas conchas, que Fany había guardado en la caja de su labor, y que aun conservaba, pues no creía que en hacerlo hubiera ningún mal.

La naturaleza de Fany tenía de singular que, tanto como era débil cuando era preciso resistir, era tenaz de una manera extraordinaria en sus ideas y sentimientos; tales anomalías no son raras; pero estos caracteres son los que se crean más dificultades y se preparan más penas.

Lady Bowerbank no se esforzaba en dar conversación á su interlocutora, aunque, en verdad, la buena señora no lo necesitaba; á través de la ventana abierta paseaba por el caudaloso Mersey miradas distraídas, siguiendo con la vista los buques que subían ó bajaban silenciosamente por el río, ó bien el largo y misterioso penacho de humo de algún *steamer* aún invisible, pero cuya máquina dejaba oír á una gran distancia su ruido, debilitado á través del apacible paisaje.

Fany ofrecía el más grande contraste con mistress Knowle, que era gruesa, colorada, resplandeciente con su traje de raso color de rubí, y que lucía en el pecho un broche de pedrería, casi tan grande como su corazón. Fany, con su traje de seda de un color claro, sus ricas alhajas, sus encajes magníficos cayendo sobre sus manos blancas y enflaquecidas, tenía mucho de triste y de ideal. Ninguna de ellas hablaba, cuando de súbito una frase las hizo estremecer á las dos. Mistress Knowle se puso colorada como si hu-

biera tenido diez y ocho años, y quedándose inmóvil, fijó los ojos en su plato.

— A propósito, Knowle, — dijo sir John, reclinándose en su silla y con el aire de un hombre que, no obstante la moderación de sus deseos, sabe apreciar la delicia de los vinos de los postres después de una buena comida, — á propósito, siempre se me olvida el preguntaros qué ha sido de aquel joven Stenhouse, que se marchó hace cerca de tres años, bien contra mi gusto por cierto. ¿Os acordáis de él? Si mal no recuerdo, le habéis colocado en Bombay.

— Ciertamente, — repuso mister Knowle, con alguna brusquería, — alargadme esa botella de Jerez, mi querida Emma.

— ¿Sabéis si está allí todavía? ¿Sabéis si le va bien?

— Creó que sí; nos escribe rara vez. Sir John, tenéis un delicioso vino de España.

— No es malo, pero, — prosiguió sir John con la persistencia de un hombre que no quiere abandonar su objeto, — volvamos á Stenhouse; cuando le escribáis decidle que Jones nos deja, y ninguno me gustaría para reemplazarle en el sitio de primer amanuense como Stenhouse... ¿No era Dexter su nombre de pila?

— Sí, así se llama.

— Alargadme el casco nueces, Eduardo, — dijo mistress Knowle con aire significativo.

— Puesto que estáis aún en relaciones con él, — prosiguió sir Bowerbank, al que nadie conseguía desviar de la línea de sus pensa-

mientos, — ¿por qué no le aconsejáis que vuelva á Inglaterra y que entre en nuestra casa? Aquí podía hallar una posición bastante segura.

— Creo que no volvería, sir John; no le gusta Inglaterra, ya pensaré en eso, y volveré á hablaros mañana.

Sir John se sirvió un vaso de Burdeos y habló de otra cosa.

Entonces las señoras se levantaron: la convidada estaba de color carmesí; la señora de la casa, pálida como la muerte. Fany se apartó para dejar pasar á mistress Knowle, á la que Bowerbank abría cortesmente la puerta. Pero cuando la buena señora llegó al salón, se halló sola, y durante más de media hora lady Fany no dejó ver su delgada y elegante persona.

La antigua intimidad de estas dos mujeres no se había reanudado después del enlace de Fany; sólo tenían relaciones de cortesía, y Fany no parecía desear otra cosa; siempre llena de bondad y de benevolencia, la joven, sin embargo, no parecía ni buscar ni desear la amistad de nadie. La vida era para ella una cosa absolutamente pasiva. Mistress Knowle, por su parte, había tenido el buen sentido y el tacto de respetar esta reserva de no hacer nunca alusión á su anterior intimidad, y de no hacer de sus relaciones de otro tiempo un motivo de embarazo para el presente. De esta suerte, y viendo que el silencio acerca del pasado, que ella deseaba, no se alteraba, Fany había pasado

poco á poco de una frialdad nerviosa á una cordialidad relativa.

Sin embargo, mistress Knowle no estaba en casa de lady Bowerbank bajo un pie que la autorizase á seguir á Fany por toda la casa, á hacerle abrir su corazón y á consolarla si esto era posible. Quedóse, pues, sentada en el salón, no atreviéndose ni aun á interrogar á los criados.

Fany volvió, en fin, á aparecer, y su aspecto causó una impresión de pena á mistress Knowle; si poco antes estaba pálida, ahora tenía el aire sepulcral; tenía los ojos encendidos y rodeados de círculos oscuros, y cuando el criado que les sirvió el café hubo llenado su taza, apenas sus manos temblorosas podían sostenerla; balbuceó algunas palabras de excusa; pero cuando el criado se retiró, reinó un silencio mortal, que mistress Knowle, muy confusa, rompió para decir que hacía un tiempo muy bello para pasear.

—¿Queréis pasear por la orilla del río?— preguntó Fany vivamente;—yo no me siento bien, pero mi doncella os acompañará.

—No quiero dejaros sola, querida mía,— contestó la buena señora, cuyo corazón estaba conmovido al mirar aquellas manos, que temblaban, y aquel pálido semblante, en el cual las dos rosas de los pómulos hacían parecer los ojos más grandes. En aquel instante su memoria le representaba dolorosamente aquella Fany tan alegre, tan linda, tan feliz, que había conocido en otro tiempo, cuando

iba á su casa é iluminaba con su alegría y su juventud los aposentos sombríos; cuando se deslizaba como un rayo de sol por las calles del jardín, los domingos, días en que dejaba el escritorio Dexter Stenhouse, é iba á disfrutar durante algunas horas de las bienaventuranzas del paraíso:

El acento maternal, la dulzura exquisita con que le contestó mistress Knowle rompieron el candado de hierro que cerraba el corazón de lady Bowerbank, que se apoyó sollozando en el hombro robusto de su amiga.

—¡Es preciso que yo os hable de esto, es preciso; si no, voy á morir!

—Pues bien, hablad, hija mía,— respondió la buena Emma,—y estad tranquila, que á nadie diré nada de lo que me conféis: ya sabéis cuan reservada soy...

—Siempre habéis sido buena para mí, y yo no puedo olvidarlo,—murmuró Fany con voz ahogada por el llanto.—Ya es hora de que os lo diga: mi vida es tan horrible, que no puedo soportarla; pero esto no puede durar mucho... ¡Pronto moriré!

—Estáis loca, Fany... ¿Qué diría sir John si os oyera?

—No tengo ninguna queja de él; es demasiado bueno para mí.

—Ya lo sé, y me alegro, hija mía; si tuviérais que hablarme mal de él, no os escucharía yo; las esposas no deben murmurar de sus maridos, porque las palabras de la Iglesia se dicen para los buenos como para los malos. Si Edward tuviera algún peque-

ño defecto, y todos los hombres tienen los suyos, lo hubiera yo soportado todo el tiempo posible, y aun alguno más; si se hubiera vuelto malo, hubiera probado á corregirle; y si no podía lograrlo y hubiera llegado á despreciarle, me hubiera separado de él; si, marido y todo, le hubiera dejado; pero sin cuestiones ni ruidos y sin hablar á nadie mal de él: hubiera tenido el más grande cuidado con mi lengua.

—¿No lo he hecho yo hasta ahora?—dijo Fany con voz ahogada,—mi vida es tranquila, y estoy muy agradecida á sir Bowerbank; éste no sabe nada de lo que pasa en mi corazón, ni lo tiene que saber... Le seré fiel hasta la muerte... pero...

Fany se detuvo; asió la mano de mistress Knowle con la energía de la desesperación, y fijó en ella una mirada suplicante.

—Continuad, Fany,—dijo la esposa del socio.

—Necesito que hagáis una cosa por mí... decidme que la haréis...

—No puedo hacer os promesa alguna antes de hablar con Knowle.

—Lo que quiero que hagáis depende de él; él puede arreglarlo todo, y lo hará; estoy segura.

—¿Qué es lo que deseáis, querida Fany? Hablad francamente.

—Ya habéis oído lo que mi marido ha dicho; ahora es preciso que el vuestro consiga... que una persona que todos conocemos no vuelva á Liverpool; que dé los motivos

que quiera, una mentira si no hay otro... ¡pero que no venga!

—Comprendo, y tenéis mucha razón.

—Os lo repito: que no venga,—prosiguió Fany, cuya voz temblaba como si estuviera poseída de miedo.—Yo soy muy débil, y de esto tengo una triste experiencia; ahora estoy en seguridad, y así quiero seguir; ya no le amo... él me abandonó. Mas, por el amor de Dios, que esté lejos de mí... poner la mar entre ambos; que esté yo bien cierta de que no volveré á verle, que no oiré más su voz ni el ruido de sus pasos; ¡que no vuelva á verle jamás, jamás!

—No, hija mía; por lo que dependa de mí, no volveréis á verle,—dijo mistress Knowle, estrechando en sus brazos á la pobre joven.

La buena señora lloraba, y estaba furiosa contra alguno, sin saber contra quién ni la causa; estaba segura de que había allí alguna mala acción, algún doloroso misterio; y aunque no fuese curiosa, quería ir al fondo del asunto para obrar con conocimiento de causa.

—Aclaradme una cosa, lady Bowerbank,—dijo al cabo de algunos instantes;—no os lo pregunto por curiosidad, sino á fin de que mi marido y yo, que le queríamos mucho, y le queremos todavía, nos coloquemos frente á él en una posición clara y definida; decidme claramente en dos palabras: ¿Por qué no os habéis casado con Dexter Stenhouse?

—¿Porque él no ha querido!—respondió Fany sombríamente.—Ya sabéis que prome-

tió solemnemente que en la época de mi mayor edad me reclamaria, y que se casaría conmigo.

—¿Aunque fuera sin el consentimiento de vuestro padre?

—Sí; dijo que teníamos el derecho de unirnos, y que lo haríamos; me aseguró que, si vivía, me escribiría el día que cumpliese veintiún años, diciéndome dónde estaba y cómo habíamos de vernos; pero ¡ni ha escrito ni ha venido!

—¡Qué cosa tan extraña!—dijo mistress Knowle;—y sin embargo, yo estoy segura de...

Aquí se detuvo; tenía en la suya la mano de Fany y tocó el anillo matrimonial; sintió que con una sola palabra podía causar un mal irreparable, tan irreparable como aquel fatal matrimonio, y se detuvo sin expresar su pensamiento.

—¡Oh, qué triste día el de mi mayoría!—exclamó la joven dejando desbordar de su corazón el inmenso peso de su pena;—mi padre se empeñó en dar un baile, y yo me alegré, porque era muy dichosa; al despertar por la mañana estaba cierta de que había de verle antes de terminarse el día; pensaba que vendría en vez de escribirme, porque hacía dos largos años que no me veía; le esperé, hora por hora, durante todo el día; por la noche, aunque me sentí enferma, bailé de miedo de que mi padre comprendiera mi pena; al día siguiente, y muchos más aún, esperé; durante semanas enteras aguardaba

con ansia la hora del correo; jamás, cuando salía, volvía á casa que no esperase hallar su tarjeta ó su carta. Pero nunca me ha escrito ni ha llegado... Al fin supe un día que había partido para la India, y esto fue todo.

Fany dejó caer la cabeza: la energía que había animado sus facciones mientras hablaba desapareció, y volvió á ser la pálida, pasiva y lánguida criatura, la esposa de John Bowerbank.

—¿Le acusáis?—preguntó dulcemente mistress Knowle, temiendo que la pobre joven descubriese en sus miradas alguna cosa que le animase á dirigirle preguntas.

—No, no le culpo,—dijo Fany:—le habían hecho mucho mal; le habían tratado con tanto desprecio, que no me asombra el que su orgullo se haya sublevado y que me haya olvidado: habrá encontrado otra que valga más que yo; las jóvenes de Liverpool son muy bonitas,—añadió Fany ensayando una sonrisa:—yo no lo he sido nunca, y acaso habrá temido que dijeran se había casado con una persona muy vulgar, únicamente porque era rica...

—¡No!—exclamó con indignación mistress Knowle:—jamás le creeré capaz de semejante cobardía.

—Cualquiera que sea el motivo, poco importa hoy,—repuso Fany tristemente: él dejó de amarme, y para nada se cuidaba de mí; otros me pidieron á mi padre, que me atormentaba sin cesar para que me casara; se me acabó el valor, que no era grande, no

supe ya resistir más, y me casé con sir Bowerbank.

Hubo un largo silencio, durante el cual la gran péndola del salón dejó oír su rumor acompasado con una actividad sin remordimientos, inmutable é infatigable como el tiempo, de que era imagen: por la gran ventana abierta se oían en el río, que las sombras de la noche empezaban á hacer brillar, las voces de los marinerós, cuyos navíos se deslizaban hacia el Océano.

Mistress Knowle rompió el silencio y dijo:

—Hija mía, mucho me alegro de la confianza que hoy me habéis demostrado, y jamás os arrepentiréis de ella, os lo aseguro; estoy de acuerdo con vos respecto á que Stenhouse no debe volver á Liverpool. Edward arreglará todo esto de modo que sir John quede satisfecho; y á contar desde hoy, ni vos ni yo volveremos á pronunciar ese nombre.

—No... no... es decir...

Fany se detuvo vacilante: la indecisión era el rasgo saliente de aquel carácter.

—Decididamente *no*, —repuso con severa firmeza mistress Knowle. — Cuando una mujer está casada, no debe pensar más que en su marido: sir John es un hombre excelente, que os quiere mucho. Tenéis mil razones para ser dichosa, y puede enviaros Dios una mayor que todas las otras...

Fany mecía la cabeza.

—Ya sé lo que queréis decir, —respondió; — pero ni lo espero, ni lo deseo; no po-

dría llenar mis deberes de madre. Más vale que siga como vivo, que agrade todo lo posible á sir John, que no haga daño á nadie, y que acabe lo antes posible, porque como dice la antigua balada escocesa:

*Dormiré en el viejo cementerio,
Bajo un lecho de verde césped.*

—Estáis loca, querida mía, —dijo mistress Knowle, cuyas mejillas se hallaban bañadas de lágrimas; — viviréis, y llegaréis á ser vieja como yo, fuerte y valerosa como yo.

—¿Lo creéis así? —dijo con una sonrisa de reconocimiento la joven lady Bowerbank; — en ese caso, deseo ser la mitad de buena que vos.

Un criado apareció trayendo un quinqué, y casi al mismo tiempo entraron sir Bowerbank y sir Knowle, muy animados y con trazas de haber arreglado á mutua satisfacción el espinoso asunto que habia sido ocasión de aquel banquete; después de media hora de conversación, se separaron.

Cuando mistress Knowle, según su costumbre, refirió á su esposo la conversación que habia tenido con Fany, sir Edward, que no era hablador, tomó un aire extremadamente grave.

—En este asunto hay alguna cosa abominable, Emma, —dijo el viejo comerciante.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? —preguntó la buena señora.

—Dexter Stenhouse pidió á Fany en ma-

rimonio; para esto fue á Londres, y le negaron á esa pobre niña; nada me ha dicho claramente, pero recuerdo algunas alusiones suyas.

—¡Nunca me has dicho nada!—murmuró Emma con acento desolado.

—Amiga mía, estabas entonces muy enferma; cuando entraste en convalecencia, Dexter había ya partido para la India. Te confieso que pensaba en tí mucho más que en él; ¿no recuerdas, querida Emma, que faltó muy poco para que me dejáras?

Emma besó á su marido en la mejilla; era un beso tierno y tranquilo, que resumía cuarenta años de dicha, y ya no se quejó más de su reserva en el asunto de la ventura de Fany.

—Nadie piensa ya en esto más que nosotros,—dijo;—por suerte, á la pobre niña le ha tocado un buen marido; pero, como dices, mi querido Edward, en el fondo de todo esto debe haber alguna cosa abominable.

IV

Lady Bowerbank se hallaba sentada, sola y vestida de riguroso luto, en el despacho de la casa de su padre, calle de la Reina Ana; había ido á Londres, por la primera vez, después de su casamiento, llamada por un suce-

so bien triste: por la muerte casi súbita de sir Kendal.

Este no era viejo todavía; hasta el día de su muerte se le había visto siempre animado y activo, llevando con placer la vida de un abogado de gran renombre, ganando mucho dinero y dándose mucha prisa en gastarlo en placeres egoistas y elegantes, que el mundo aplaudía por la razón de serlo.

En medio de esta vida le encontró la muerte y le llamó: una enfermedad del corazón, cuya existencia ignoraba él mismo, se desarrolló súbitamente y le hirió en pleno tribunal y en medio de una brillante defensa: su hija y su yerno fueron llamados por el telégrafo; pero cuando el mensaje llegó á sus manos, ya sir Kendal había salido del mundo de los vivos.

Desde el casamiento de su hija, el abogado apenas había pensado en ella; las relaciones filiales que podían existir entre aquella hija tierna y aquel padre egoista debían ser puramente nominales, porque aparte de los derechos de la naturaleza, el abogado no tenía ningún derecho á ser considerado como padre.

Fany le lloró, sin embargo, pensando menos en los últimos años de su vida que en aquellos días de la infancia, en que todo hombre está contento de ser el padre de una niña bonita y dulce. Recordaba el tiempo en que la ponía en pie sobre una mesa y la hacía bailar, ó en que la llevaba al Parque vestida de muselina blanca, adornada con un

rimonio; para esto fue á Londres, y le negaron á esa pobre niña; nada me ha dicho claramente, pero recuerdo algunas alusiones suyas.

—¡Nunca me has dicho nada!—murmuró Emma con acento desolado.

—Amiga mía, estabas entonces muy enferma; cuando entraste en convalecencia, Dexter había ya partido para la India. Te confieso que pensaba en tí mucho más que en él; ¿no recuerdas, querida Emma, que faltó muy poco para que me dejáras?

Emma besó á su marido en la mejilla; era un beso tierno y tranquilo, que resumía cuarenta años de dicha, y ya no se quejó más de su reserva en el asunto de la ventura de Fany.

—Nadie piensa ya en esto más que nosotros,—dijo;—por suerte, á la pobre niña le ha tocado un buen marido; pero, como dices, mi querido Edward, en el fondo de todo esto debe haber alguna cosa abominable.

IV

Lady Bowerbank se hallaba sentada, sola y vestida de riguroso luto, en el despacho de la casa de su padre, calle de la Reina Ana; había ido á Londres, por la primera vez, después de su casamiento, llamada por un suce-

so bien triste: por la muerte casi súbita de sir Kendal.

Este no era viejo todavía; hasta el día de su muerte se le había visto siempre animado y activo, llevando con placer la vida de un abogado de gran renombre, ganando mucho dinero y dándose mucha prisa en gastarlo en placeres egoistas y elegantes, que el mundo aplaudía por la razón de serlo.

En medio de esta vida le encontró la muerte y le llamó: una enfermedad del corazón, cuya existencia ignoraba él mismo, se desarrolló súbitamente y le hirió en pleno tribunal y en medio de una brillante defensa: su hija y su yerno fueron llamados por el telégrafo; pero cuando el mensaje llegó á sus manos, ya sir Kendal había salido del mundo de los vivos.

Desde el casamiento de su hija, el abogado apenas había pensado en ella; las relaciones filiales que podían existir entre aquella hija tierna y aquel padre egoista debían ser puramente nominales, porque aparte de los derechos de la naturaleza, el abogado no tenía ningún derecho á ser considerado como padre.

Fany le lloró, sin embargo, pensando menos en los últimos años de su vida que en aquellos días de la infancia, en que todo hombre está contento de ser el padre de una niña bonita y dulce. Recordaba el tiempo en que la ponía en pie sobre una mesa y la hacía bailar, ó en que la llevaba al Parque vestida de muselina blanca, adornada con un

cinturón azul, y llevando sus dorados cabellos sueltos á la espalda. Fany era bien pequeña entonces; pero sabía perfectamente que todo el mundo la miraba y que las gentes se preguntaban:

—¿De quién es esta niña tan linda?

Después de aquellos años llegaron otros más tristes, y que Fany recordaba también. Su padre se ocupaba poco de ella, porque había dejado de ser bonita y ya no atraía las miradas: su belleza había sido la frescura de la infancia: aquella se había marchitado, y no había sido reemplazada todavía por la gracia moral, por la expresión encantadora que habían seducido el carácter recto y el corazón amante de Stenhouse: había estado, pues, muy descuidada durante su adolescencia, y su juventud no había empezado hasta la fatal visita que hizo su padre á Liverpool para sacarla de casa de los señores Knowle, y en la cual se había mostrado un juez sin conciencia y un enemigo cruel.

Fany le perdonaba todo esto, y sentada en el elegante sillón de su padre y ante la mesa de su despacho, se disponía, con los ojos arrasados de lágrimas, á examinar los papeles que el difunto había dejado encerrados en un gran pupitre de ébano. Llamado á Liverpool inmediatamente después de los funerales para un asunto urgente, sir Bowerbank había dejado á su joven esposa aquel cuidado, dándole así una muestra de su estimación y confianza.

Vestida con un traje de merino negro,

que dibujaba su talle flexible y elegante y hacía resaltar el dorado color de su sedosa cabellera, la joven apoyaba la mejilla en la palma de su delicada mano: hallábase asediada por tristes pensamientos. Su pobre padre, que había amado tanto las buenas cosas de esta vida, iba á pasar la primera noche bajo la tierra, dormido ya con el sueño de la muerte: era en vano que, pensando en él, tratase Fany de entrar en otro orden de ideas. El Abogado había llevado una vida tan mundana, que, aun después de la muerte, su recuerdo quedaba invenciblemente adherido á las cosas de este bajo mundo.

Lady Bowerbank hubiera querido representárselo tranquilo y dichoso en un mundo mejor, y á pesar suyo, sus pensamientos volvían atrás, y como un mal presagio, se detenían siempre en el triste y nebuloso cementerio de Kensalge, en donde se le iba á elevar un bello sepulcro: así lo había dicho sir John, y había dejado á su esposa por un día, á fin de que examinase los papeles del difunto, y de ver si había dejado expresado algún deseo respecto á su sepultura; porque el Abogado célebre, el hombre de mundo elegante, no era ya para nadie otra cosa que *el difunto*.

En aquellas tristes circunstancias, sir John había sido muy bondadoso para su mujer, y ésta sentía hacia su marido una tierna gratitud: una hora antes se habían despedido, porque el esposo debía partir en el tren de la noche á Liverpool: sola ya, se había ins-

talado en la gran pieza de trabajo, desierta y fría, y se había instalado al lado de la chimenea encendida, para estar algo menos triste: entonces empezó á examinar papel por papel aquel gran pupitre, que había sido el objeto de su respeto durante su infancia, y de sus inquietudes durante su juventud: apenas podía creer que su mirada profana iba á investigar todos aquellos secretos. Alguna idea supersticiosa había impedido á sir Kendal poner sus papeles en orden y detenerse á pensar en que podía morir; porque no se halló ningún testamento, y sus papeles aparecieron á los ojos de Fany en el más completo desorden.

Con el recogimiento que exigía esta ocupación, su hija tomaba cada papel y cada carta, lo recorría con una mirada, y los colocaba á un lado de la mesa para quemarlo en una bujía colocada sobre una gran bandeja redonda de metal, donde caían las cenizas; así destruyó muchos, porque no quería que los viese ni aun su marido; eran despojos de una vida no criminal, pero absolutamente egoísta, personal y consagrada desde el principio al fin al culto y á la adoración de sí mismo.

Lady Bowerbank empezó á sentirse fatigada; el reloj del vestibulo acababa de dar las once de la noche, y resonó en la antigua casa con un ruido lúgubre, que la sobrecojió de pavor, pues aún se hallaba débil y nerviosa, por más que su salud se hubiese mejorado en aquellos últimos días; llena de

ideas lúgubres, con el corazón triste, iba poniendo á un lado, para examinarlos otro día, fragmentos de cartas de letra desconocida para ella, cuando súbitamente sus ojos se detuvieron sobre unos caracteres que conocía demasiado bien.

Nada tenía de extraño el que encontrase allí aquel papel: su padre y Dexter Stenhouse habían sostenido una correspondencia bastante activa... debía ser, á no dudar, una de aquellas cartas que jamás le había comunicado... La tomó con temblorosa mano, y vaciló antes de leerla... Fany vacilaba siempre. Se preguntaba si tenía el derecho de violar aquel secreto.

Volvió el sobre y dejó escapar un movimiento de sorpresa: no estaba dirigida, como todas, á casa de mister Knowle en Liverpool, sino á la calle de la Reina Ana, en Londres, y el timbre del correo tenía una fecha muy posterior á aquella época desgraciada. Cuando se cercioró de esta verdad, un violento temblor agitó todo su cuerpo: la fecha era de ocho días después de haber llegado ella á su mayor edad.

—¡De modo,—se dijo,—que Dexter ha escrito! Debo, pues, y quiero leer esta carta.

Fany asió el papel con mano convulsa; pero esta vez con esa fuerza de voluntad cuya carencia había causado la desgracia de toda su vida, como causa la de tantas otras vidas humanas, porque siempre vale más tener valor bastante para ver la verdad que quedar en la incertidumbre ó en la sombra

de una perpétua mentira. La carta escrita á sir Kendal por Dexter decia así:

Caballero: Aunque no nos hayamos separado muy amigablemente, yo me dirijo á vos hoy con toda confianza, como á un hombre de honor y como al padre de una joven de la que estaba decidido á hacer mi esposa, decisión que es inmutable en mi alma, toda ocupada con su amor y su recuerdo.

Obedeciendo á vuestro deseo, me he abstenido de toda correspondencia con mis Kendal hasta la época de su mayor edad, es decir, hasta hace ocho días; aquel día y todos los siguientes me he presentado en vuestra casa para veros á vos y á ella, y para pedir os vuestra venia de renovar á Fany mi promesa de amarla eternamente. Pero no he conseguido veros; nada he podido saber acerca de vuestra hija; la he escrito, la he esperado en la calle, tanto como las conveniencias lo permitían, y todo ha sido en vano. Tomo, pues, el partido de escribiros directamente. Ya sé que no me tenéis buena voluntad; pero tampoco podéis nada en contra mía. Por otra parte, sois padre, y os ruego, por amor de vuestra hija, que no opongáis obstáculos á nuestra dicha. No abrigo la menor duda de que me haya sido fiel, porque conozco el alma de Fany y sé que es toda mía.

Dignaos decirme dónde está vuestra hija y cuando podrá verla vuestro muy respetuoso servidor.

DEXTER STENHOUSE.

Dentro de esta carta se encontraba otra, que parecia un billete, y que se conocia habia sido escrita con precipitación extrema. Decia así:

Caballero: Acepto vuestras completas y detalladas explicaciones, y deseo á vuestra hija toda la dicha posible: ni vos ni ella seréis importunados en adelante por vuestro obediente servidor.

DEXTER STENHOUSE.

Fany quedó petrificada.

El mundo entero desaparecia á sus ojos, envuelto en un velo negro; el ruido de los torrentes mugia en sus oídos, y su corazón le golpeaba el pecho con un ruido siniestro; después todo cesó, y durante algunos instantes quedó privada de sentido.

Cuando volvió en sí, se halló con la cabeza apoyada sobre el pupitre. Su mano tenia la carta convulsivamente apretada. Recordó cuanto habia sucedido, pero no se desmayó de nuevo, y sin embargo, era de esos seres tan débiles, que nunca han conocido el valor moral.

Su padre habia creído muy poca cosa lo que habia hecho, y sin embargo, habia llevado á cabo la destrucción de dos vidas.

—¿De modo,—pensó Fany, reuniendo sus ideas,—que Dexter ha escrito? ¿Y aun antes de escribir llegó el día prefijado á pedir mi mano? ¡Durante dos años de ausencia me ha amado con perseverancia, con fidelidad! Habia venido á Londres, dispuesto á

afrontar la prueba cruel que era inevitable sufrir, las heridas de su orgullo, el desdén con que se miraban sus sentimientos, todas las humillaciones, en fin, que hasta en las más favorables circunstancias debe soportar el hombre pobre que aspira á la mano de una joven rica. ¡De nada de esto se había acordado! ¡Había venido deseando apasionadamente casarse con ella, no pensando más que en su amor, amor firme como la roca y fiel como el acero!

En el momento en que todo esto tomó forma clara y tangible en su cerebro trastornado, un relámpago iluminó el dulce pero tristísimo semblante de Fany. Su primer movimiento fue de alegría, y su pálido rostro adquirió una rara semejanza con el de un ángel.

— ¡Era fiel á mi amor! ¡No me ha olvidado! ¡Oh, Dios mío, yo os doy gracias!

Pero aquella expresión de dicha sólo duró un segundo, y sus móviles facciones pintaron de nuevo el más amargo dolor.

¿Qué había dicho el padre ambicioso, que ya dormía el sueño eterno? ¡Una mentira, á no dudar! Que su hija se consideraba libre del compromiso contraído con Dexter, y que quería casarse con sir Bowerbank.

Fany tenía el carácter más dulce, más tierno y más débil de todas las mujeres; mas entonces no lloró, ni su razón se oscureció por el delirio del dolor, ni se levantaron en su alma desgarrada pensamientos impíos. No maldijo la memoria de su padre; estaba

muerto, y ella no debía juzgar si sus acciones habían sido legítimas ó culpables. Fany sintió sólo lo despiadado, lo irremediable del hecho. Su padre la había asesinado.

Y era cierto: aquel padre elegante, estimado de todos, había matado á su propia hija, su carne y su sangre, tan completamente como si la hubiera dado de puñaladas con su propia mano.

Cuando el secreto de todas las vidas sea revelado, Dios hará contar por sus ángeles cuantos padres y madres habrán hecho otro tanto con las mejores intenciones.

Sir Kendal había muerto en su hija los resortes de la vida, no por una oposición legal y abierta, sino por una acción vergonzosa, cobarde, por uno de esos golpes á traición, que no se puede parar. Con sus ideas frívolas y egoístas, no había comprendido la enormidad de aquel crimen moral. Ni él ni sus semejantes comprenden que el amor es el solo bien que hace la vida sagrada y bella. Como todos los hombres materiales y frívolos, pensaba que los bienes materiales lo son todo, y que hacía un gran bien á su hija manteniéndola en la esfera en que había nacido, é impidiéndola que se sacrificase á un hombre sin fortuna y sin posición; en cambio de su riqueza, Dexter no podía dar á Fany más que su amor, y esto no tenía absolutamente ninguna importancia á los ojos de sir Kendal.

Lady Bowerbank veló hasta la aurora; la pobre niña estaba menos acostumbrada á

pensar que á sentir, y mil ideas se atropellaban en su cerebro; durante aquellas largas horas silenciosas, meditó amargamente en el contraste de su matrimonio, tranquilo y frío, con el honorable y rico John Bowerbank, y un casamiento en que su corazón hubiera saltado de alegría, en que hubiera visto satisfechas todas las aspiraciones de su alma, su espíritu fortificado, y que le hubiera hallado pronta lo mismo para la prosperidad que para la desgracia, para el trabajo ó el reposo, para la paz ó la inquietud.

Fany no culpó á nadie de su desventura, ni aun á sí misma; ya era demasiado tarde. Su destino estaba fijado y no podía cambiarse. Era como esas vírgenes locas, que le parecían tan desgraciadas cuando era niña; su lámpara se había apagado y no podía volver á encenderse. La puerta de la vida se había cerrado para ella, y ya no podía volverse á abrir jamás!

Así permaneció hasta que apareció el día, ese día triste y brumoso de Londres; desde el hallazgo de la carta suspendió su examen y no puso nada más en orden. Temiendo que los criados la sorprendiesen, encerró todos los papeles en un cajón y se quedó con la carta de Dexter, que guardó en su seno; después entró en su cuarto y se dejó caer en su lecho.

Al día siguiente, según los deseos de su marido, lady Bowerbank volvió á partir para Liverpool; apenas llegó á su casa, se sintió atacada de una fiebre que reinaba en la

población; nadie se asombró de tal cosa.

—Lady Bowerbank—decían sus amigas,—es una criatura tan delicada y tan tierna, que no es nada extraño haya sido atacada de la fiebre, dado el trastorno nervioso que ha debido experimentar con la muerte de su padre.

V

Hay algunos pobres seres cuyo corazón destroza completamente la desgracia: no podemos asegurar que estos seres sean numerosos, porque una gran parte del género humano carece realmente de corazón, y además hay muchos de sus individuos que tienen un extraño poder de sufrir, y que, pudiendo resistir el primer choque, continúan viviendo con su dolor; estos viven heroicamente, y acaban por recibir su parte de esta fuerza misteriosa de reparación que el cielo concede por su misericordia á las naturalezas fuertes y á las almas sanas, que vuelve el mal en bien y transforma la desgracia en una lucha activa con los sufrimientos, y que con el tiempo produce una paz más profunda que la dicha misma.

Pero hay otros seres débiles y tiernos, como la desgraciada Fanny, que están do-

tados de una gran fuerza y de una gran perseverancia para amar, y que no tienen ninguna energía para lo demás: almas dulces, delicadas, sensibles, parecidas á las plantas trepadoras, que si encuentran apoyo suben, se robustecen y dan flores en abundancia, pero que no hallándolo ó separándolas rudamente del apoyo que hallaron un día, se deslizan silenciosamente hacia la tierra, donde se marchitan sin poder hallar de nuevo su belleza, antes de morir: no presentan ninguna señal exterior de sufrimiento, y cuando el resultado fatal se produce, suele atribuirse á causas accidentales y externas, pérdida de bienes materiales, debilidad de constitución, y muchas otras.

Pero la verdadera causa de la catástrofe es que el corazón está roto. La Providencia permite muchas veces que los dulces y los débiles sucumban al rigor de la injusticia de los malos y los fuertes, que la virtud sea sacrificada al vicio, los desinteresados y los pacientes á los que no conocen ni la ternura ni la generosidad; pero este es un misterio que no será jamás revelado á las miradas humanas, y que sólo Dios puede explicarnos un día.

Fany estuvo durante muchos días agobiada con una fiebre violenta; poco á poco pareció reponerse, y ocupó su sitio en el gobierno de su casa, pero no el que antes ocupaba en la sociedad de Liverpool; no se sentía con fuerzas para eso, y además sir John había tomado la costumbre, durante su lar-

ga convalecencia, de irse á comer con sus amigos ó solo en algún hotel bueno de los infinitos que hay en aquella rica y comercial ciudad.

En la apariencia, lady Bowerbank mejoraba; pero en realidad el hilo que la sujetaba á la vida era muy débil y muy delgado. Jamás hablaba del porvenir; jamás formaba planes para más allá del mes, de la semana, y bien pronto, sin que nadie se apercibiese de ello, jamás echaba cuenta para más allá del día siguiente.

No era consunción su rara dolencia, porque los médicos, después de un examen detenido, aseguraron que los pulmones estaban perfectamente sanos; se hallaba más bien lo que las gentes del campo en Inglaterra llaman *arruinada*, es decir, en una situación en que todas las fuerzas vitales del cuerpo, y algunas veces también las del espíritu, se extinguen gradualmente; el dolor moral acaba por no hacerse sentir, y aparte la fatiga y la debilidad no se experimentan tampoco dolores físicos. No es ésta una muerte cruel, sobre todo cuando la víctima está rodeada de todos los goces que el lujo y la riqueza pueden procurar; cuando posee todo, en una palabra, menos la fuerza y el deseo de vivir, que una catástrofe inevitable le han arrebatado.

El mundo no ve bastante claramente que Dios no hubiera creado el amor mutuo, dándole por fin el matrimonio, si no hubiera hecho de él la cosa más indispensable al

matrimonio mismo; los que se oponen á lo que llaman despreciativamente *un negocio de amor*, hacen un daño inmenso, que jamás podrán remediar, porque destruyen lo que es imposible de reedificar, y arrancan á dos seres humanos lo que nada podrá reemplazar: afecciones de familia, riquezas, honores, prosperidad, todo queda sin valor cuando el amor no lo anima con su hálito divino.

La hierba verde brotaba ya sobre la tumba de sir Kendal; su vida había terminado; pero había roto dos vidas que hubieran podido florecer y perpetuar sus frutos en las generaciones del porvenir, y este mal que había hecho ya no tenía remedio.

¿Qué hacía por su parte Dexter Stenhouse? Mistress Knowle se hacía muchas veces esta pregunta; pero nunca en sus visitas á Fany, y sobre todo, después de la muerte súbita de sir Kendal, jamás este nombre había vuelto á pronunciarse; no podía suceder otra cosa, atendida la honradez de alma de aquellas dos excelentes criaturas; no obstante, la de más años de las dos amigas pensaba en su protegido más de lo que ella hubiera deseado; hacía sin cesar preguntas á su marido, sin otro resultado que saber que Dexter estaba en la India trabajando en una casa de comercio. Mister Knowle había conseguido evitar que se le hiciesen proposiciones para su vuelta á Inglaterra.

Sin embargo, de vez en cuando se recibían noticias del ausente; noticias que, vis-

to el silencio de Fany acerca de este particular, la excelente señora guardaba para ella sola: tomaba un interés muy vivo, y en el que había algo de romántico, extraño en una mujer tan práctica y tan razonable.

Jamás dejó de dudar y de repetir á su marido que un hombre tan enamorado y de tan recto juicio como Dexter Stenhouse pudiera olvidar á una mujer que tanto había querido; añadiendo que, aunque la verdad estuviere oculta para siempre, ella estaba tan cierta como de que existía, de que allí había habido manejos culpables.

Algunas veces formaba con su marido proyectos para el porvenir, que tenían algo de ideales.

—Sir Bowerbank,—decía,—no puede ser eterno: Fany, comparada con él, es una niña, y si él se muere pronto, puede volverse á casar y llamar entonces al hombre á quien ama: no será la primera vez que esto se ha visto.

El marido mecía su cabeza gris, y respondía invariablemente:

—No abrigues ilusiones, mi buena Emma; éste no es uno de esos casos.

Nunca dijo más, porque era persona de muy pocas palabras; pero su mujer se apercibió de que algunas veces hacía un rodeo de dos leguas al ir á sus asuntos para informarse de cómo estaba lady Bowerbank.

Entonces mistress Knowle, que desde su casamiento le hacía solamente una visita cada tres meses, tomó gradualmente la cos-

tumbre de ir á verla dos veces á la semana y de pasar la mañana con ella, volviendo á su lenguaje íntimo y cariñoso y llamándola de nuevo *Fany*.

Una mañana se hallaban juntas las dos amigas. *Mistress Knowle*, cuyos dedos no estaban jamás ociosos, trabajaba; la otra leía ó aparentaba leer un periódico.

La lectura debía ser interesante, porque se estaba entonces en la época de la sublevación de la India, y según la generación presente lo recordará por largo tiempo, no había una sola familia que de cerca ó de lejos no tuviese que llorar alguna víctima.

Lady Bowerbank, sin dar ninguna razón, ni se le preguntaba, porque la simpatía era universal, parecía tener un interés profundo por las noticias que llegaban cada correo: aunque estas noticias eran terribles casi siempre, no se trataba de evitarle ninguna emoción, pues así salía algún tanto de su languidez habitual: ante sufrimientos tan grandes le parecía que sus penas no eran nada.

Con gran asombro de su marido y de los médicos, *Fany* empezó á utilizar lo poco que tenía de fuerza y de actividad. Reunía ofrendas para las víctimas de la guerra, imaginaba planes para darles ayuda, procuraba descubrir situaciones más desgraciadas cada día: todo lo cual no era difícil, gracias á las extensas relaciones de la casa *Bowerbank* y compañía con la India.

—Hubiera querido hacer algún bien antes

de irme del mundo,—dijo un día *Fany* á *mistres Knowle*, que la rogaba no se fatigase: ya sabéis que he hecho muy poco en toda mi vida.

Para no contrariarla, su marido le dejaba obrar á su antojo, y consagraba dinero, tiempo y pensamientos á tan tristes obras: él mismo, para ayudarla, escribía cartas, procuraba aclarar algún caso difícil, y algunas veces dejaba su escritorio para dar á su mujer alguna noticia, para preguntarle cómo se encontraba, ó para llevarle alguna golosina, alguna fruta temprana, si había manifestado este deseo ó si se sentía más débil. Porque *Fany* tenía caprichos, como todos los enfermos; pero luchaba contra ellos, y *mistress Knowle* veía que hacía los mayores esfuerzos para manifestarse satisfecha y reconocida á las atenciones de su marido, y para aparecer sonriente mientras aquel permanecía en su habitación.

Hallándose las dos reunidas, la una bordando, y leyendo la otra, entró sir *John* y se sentó al lado de su mujer.

—Hoy tengo algunas buenas nuevas para tí, querida mía,—le dijo;—la satisfacción de las mismas la podrás partir con *mistress Knowle*: adivina.

Las dos probaron á ver si acertaban, nombrando por cortesía algunos asuntos, pero inútilmente.

—Vamos, yo lo diré,—exclamó sir *John*,—y empezaré por lo que te pertenece, *Fany*. ¿Te acuerdas de *mistress Hamilton*, aquella

viuda con tres hijos, cuyo esposo fue muerto en Boveilly, y que te escribió una carta muy tierna dándote gracias por tu socorro? Pues llega en el próximo correo.

—¿Y vendrá con todos sus hijos? ¡Me alegro! ¡Pobre mujer! ¡Debe ser bonita y buena!

—Con todos sus hijos y con algo más.

—¿Cómo?...

—Llega también con un marido: se ha vuelto á casar; de modo que ya no tienes que decir: ¡Pobre mujer!

—¿De modo, que no le mataron?

—Al primero, sí; pero éste es un segundo esposo: se ha casado con un hombre que le salvó la vida, lo mismo que á sus tres niños, y que les ha conducido entre peligros terribles muchas millas lejos del teatro de la guerra; ella ha quedado sin un sueldo; pero el que se ha casado con ella tiene una buena y sólida posición, y sin duda se enamoró de esa pobre joven; en cuanto al esposo, vos le conocéis, mistress Knowle; es nuestro antiguo dependiente Dexter Stenhouse.

—¡Stenhouse casado!—gritó la buena señora, echando una mirada á Fany, con una agitación que no pudo reprimir.

Pero la noticia que tan hondamente la había impresionado no parecía haber hecho el más leve efecto en Fany: su emoción se manifestó solamente por un pequeño temblor de sus manos, que cruzó y retuvo sobre sus rodillas; actitud que tomaba algunas veces y que Chantrey ha prestado á su estatua de la Resignación.

—Y ¿por qué no puede haberse casado?—preguntó sonriendo sir Bowerbank;—mi querida señora, parecéis tan disgustada como si contaseis con él para hacerle vuestro segundo esposo; daré parte á Knowle de este descubrimiento; ¿qué dices tú, Fany?

—Digo,—respondió la joven tranquilamente,—que cada uno debe casarse cuando y cómo le parezca, sin que los demás tengamos el derecho de la crítica si no se conocen bien las circunstancias.

—Perfectamente; eres una mujer sensata, mi querida Fany,—dijo sir John mirando tiernamente á la joven, que parecía una muerta escapada de su tumba;—y ahora me voy, porque tengo un aluvión de negocios; tendremos el placer de que comáis con nosotros, mistress Knowle.

Emma balbuceó algunas palabras de excusa, alegando que no podía dejar solo á su marido; parecía estar muy nerviosa é inquieta.

—Como gustéis,—repuso sir John;—pero estáos el mayor tiempo posible con Fany, diciéndole cuanto mal os ocurra de Stenhouse y de su casamiento; por mi parte, voy á escribirle para darle el parabién; ¿queréis, señoras, que le diga algo de vuestra parte?

—Dadle mis recuerdos,—dijo secamente Emma.

—Y los míos también,—añadió Fany tranquilamente;—le conocí en otro tiempo en casa de mistress Knowle; dadle expresiones de Fany Kendal.

—Está bien, querida mía.

Sir John salió, y mistress Knowle tomó la mano de la joven, pero sin hablar una palabra; no sabía qué decirle; la actitud tranquila y seria de lady Bowerbank la admiraba y casi le causaba espanto; no podía creerla natural, y sin embargo, lo era en el más alto grado; sin ningún esfuerzo de valor, Fany se tendió en el sofá; aunque muy pálida, no lo estaba más que de costumbre: tenía los ojos abiertos y la mirada fija en las nubes blancas que avanzaban en anchas masas por el cielo azul; sus ojos recorrían esas montañas, esos valles del firmamento, á los cuales el alma que ya está desprendida de la tierra contempla con un deseo, á la vez ardiente y tranquilo, que dulcifica toda pena, que hace fáciles todas las cosas, y que engendra una paz profunda.

—¡Estoy muy contenta de eso, muy contenta!—dijo tras una larga pausa y sin ninguna explicación.—Era preciso que se casara: ciertamente será un buen esposo para la que ha elegido, y no se puede dudar de que habrá elegido bien.

—Así lo creo,—objetó secamente mistress Knowle.

—Yo estoy cierta,—añadió dulcemente Fany,—porque sé que me ha amado con ternura y fidelidad.

Mistress Knowle hizo un movimiento de indignación: la palidez de Fany se tiñó con un vivo rubor.

—Sí,—prosiguió,—aunque las apariencias

le condenen, Dexter me ha querido profunda y fielmente: podría daros detalles que he descubierto hace poco tiempo. El día prefijado volvió y pidió mi mano: pero me lo ocultaron, y nada he sabido.

—¿Y quién lo ocultó?

—Mi padre.

—¡Qué conducta tan atroz!—gimió mistress Knowle, que dió un salto sobre su silla.

—¡Silencio! ya es demasiado tarde,—dijo Fany con una triste sonrisa;—poned la mano aquí,—añadió colocando la de su amiga sobre su corazón, cuyos movimientos eran convulsos é irregulares:—mi excelente marido no sabe nada, ni nadie más que vos, amiga mía: yo estoy bien cierta de que me muero.

—¡No digáis eso, no digáis tal cosa!...—sollozó mistress Knowle.

—Dejadme esta convicción, que es el principio de mi fuerza para soportar mis dolores, y el consuelo de los mismos,—dijo Fany.—El mundo ha sido demasiado duro para mí; en el otro seré más feliz. ¿Creéis que me haya perdonado?

—¿Quién, pobre hija mía?

—El Dexter Stenhouse: yo debí obedecer á mi padre y renunciar á él; pero no debí casarme con otro: no debe una mujer casarse amando á otra persona; pero mi carácter era demasiado débil, y esa ha sido mi culpa.

—No os acuséis, querida mía; pensad en que él se ha casado también,—dijo mistress

Knowle, que sentía una sorda agitación hacia su protegido, y conocía á la vez la necesidad de sacar partido del enlace que había contraído.

Mas la prudencia ni la cólera no tenían acción en aquella pobre alma, que, separada ya de la tierra, sentía las brisas puras y dulces que llegaban hasta ella de regiones desconocidas.

—Es verdad que se ha casado,—respondió,—y yo adivino cómo esto ha debido suceder: se ha casado por compasión, por lástima, por deber: quizá será esa una unión muy dichosa... El amará mucho á su mujer cuando yo salga de este mundo... antes no, aunque sea muy buena y muy bonita...

—También yo creo que Dexter es muy capaz de ser un buen marido,—respondió la gruesa dama con voz ahogada.—Nada tan fácil como saberlo. Yo no tendré jamás relaciones con ellos; pero quisiera saber lo que hacen, y como son los tres niños, Stenhouse debe trabajar mucho para atender á tan numerosa familia.

—Tenéis razón,—dijo Fany dulcemente.

—¿Os importa saber esto, querida mía?—preguntó mistress Knowle, tras de un largo y angustioso silencio:—si queréis, preguntaré á mi marido cuanto os interese.

—No,—respondió Fany con voz que temblaba como si saliera de un corazón roto:—vale más que yo hable á sir John; él podrá aliviar su suerte, y sé que lo hará con la mejor voluntad.

—¡Dios mio! pero ¿de qué modo, querida Fany? ¿siguiendo su antigua idea, haciendo volver á casa á Stenhouse? ¿Es ese vuestro deseo, Fany?

Los ojos de la joven parecieron más grandes y más luminosos; fijó en su amiga una mirada pura y límpida, donde se leían la inocencia, el dolor y la paz de la próxima muerte, y respondió:

—No me asustaría verle en Liverpool, pero no ahora.

Mistress Knowle apoyó la cabeza en el brazo del sofá para sofocar un sollozo; después la levantó, y dijo alegremente:

—Ya hemos hablado bastante de esas tonterías, querida Fany; no perderé de vista á Stenhouse; me voy á casa; procurad dormir un poco, y estad contenta cuando vuelva sir John, que es el mejor de los maridos.

—¡Oh, sí! ¡Yo quisiera serle siempre agradable!—dijo Fany;—tenéis razón, amiga mía; ¡es el mejor de los maridos y de los hombres!

VI

Los gérmenes de la muerte habían penetrado profundamente en la delicada constitución de lady Bowerbank; pero se desenvolvían con gran lentitud.

Quizá contribuía á esto la paz profunda, en la cual, exteriormente por lo menos, se deslizaba su vida; mas la verdadera causa de que tardase en llegar la muerte consistía en que no sentía las agitaciones, la inquietud ni las amargas pruebas que hieren y quebrantan una existencia.

Ya no sufría; durante algunos días pareció que adquiría nuevas fuerzas y que tomaba interés en las cosas exteriores: el interés afectuoso del que va á partir muy pronto; cuidaba, sobre todo, de llenar escrupulosamente todos sus deberes respecto á su marido; pero su vida era la de una mujer enferma y cuidada con el mayor esmero y solícitud, no tanto por su marido como por las órdenes de éste.

Sir Bowerbank salía mucho, y había vuelto á sus costumbres de soltero, género de vida que había llevado en el intervalo de su

primer matrimonio, hasta su unión con Fany Kendal.

—El es dichoso, y no me echará de menos,—pensaba la doliente joven, mirando salir á su marido.

Mistress Knowle, según su promesa, recogió algunos informes acerca de los esposos Stenhouse: vivían en Londres con los módicos emolumentos que Dexter cobraba en una casa de comercio; su reputación de excelente marido y de buen padre de familia estaba sólidamente cimentada. La prudente matrona guardó para ella sus noticias, y nada dijo á Fany del hombre á quien había amado.

Dexter Stenhouse contestó tan tarde como la cortesía lo permite á la felicitación que se le había dirigido por su matrimonio; en su carta á mistress Knowle había escrito lacónicamente:

Mi esposa y yo saludamos á sir John y á Lady Bowerbank, y les damos mil gracias por el parabien que nos envían.

La buena Emma leyó este párrafo á su amiga, y vió que sus ojos se llenaban de lágrimas al escucharlo.

—Hubiera podido ser un poco más amable,—murmuró Fany;—como no sabe lo que ha sucedido, no me perdona ni perdonará hasta que haya muerto.

Muchos días pasaron; Fany Kendal y Dexter Stenhouse vivían cumpliendo sus debe-

res respectivos. Acaso llenaban sus almas pensamientos bien amargos cuando se despertaban en el silencio de la noche; acaso ambos á la vez pensaban en su pasado, en su amor mutuo, joven é inocente, en la crueldad de los que los habían separado para siempre.

¡Hondos y sombríos misterios son los del alma humana! ¡Acaso los dos amantes alimentaban una sorda irritación contra los hombres; quizá culpaban á la Providencia porque les había dado tan amargo destino en esta vida mortal, tan corta para la dicha, tan larga para la desventura!...

Cada día parecía más evidente que el segundo matrimonio de sir John Bowerbank sería de tan corta duración como el primero, que ya habían olvidado muchas gentes; era muy grande la simpatía que inspiraba aquella frágil criatura, que dulcemente y con una resignación conmovedora descendía á la tumba, sin saber por qué. Todos los médicos de Liverpool, y algunos de Londres, habían sido llevados á su mujer por sir Jhon, del cual la afición, aunque no muy demostrativa, era evidente; pero ninguno pudo curarla, ni aun darse cuenta clara de lo que tenía. Debilidad hereditaria, anemia, falta de fuerza vital; todos estos nombres daban á su enfermedad, pero ningún ser humano, excepto mistress Knowle, conocía el verdadero nombre de la misteriosa dolencia que á todos los traía tan preocupados.

Por las noches, cuando la buena señora hacía calceta al lado de su marido, que ya iba dejando de ser joven, le decía con acento dolorido:

—¡Pobre Fany! Si hubieran dejado á esos dos pobres muchachos sostener la ruda batalla de la vida, como nosotros hemos hecho en nuestro tiempo, Edward, hubieran sido muy dichosos.

Edward, que no tenía nada de sentimental, y que pagaba su tributo al penoso reuma, contestaba con un signo de aprobación y dirigía á su esposa una ligera y ambigua sonrisa; y hallando, sin duda, el asunto de la conversación algo escabroso, se iba á acostar.

Lo que mistress Knowle estaba muy deseosa de saber, era cómo los esposos Stenhouse se arreglaban con el pequeño sueldo del marido y sus tres hijos; Dexter parecía querer renunciar á sus amigos de Liverpool, porque mistress Knowle le escribió repetidas cartas, y recibía á cada una de ellas, y tras un largo intervalo después de la recepción, una respuesta cortés, pero bastante fría; nada le decía de lo que ella anhelaba tanto conocer, ni le preguntaba tampoco nada acerca de lo que ella deseaba contarle.

—¡Y esta pobre niña se muere! ¡Y él lo ignora!—decía ella, lamentándose, algunas veces.

—¿Y de qué serviría que lo supiese?—observaba el marido con su lógica habitual.

Fany, por su parte, ignoraba la situación

penosa de su antiguo amante. Mistress Knowle tenía gran cuidado en ocultársela, para no amargar la lenta y apacible agonía de la joven. Dexter había hallado en su nueva vida una lucha de todos los momentos: la pobreza, con su ceñudo rostro, se había sentado á su puerta: la mujer que había enlazado á su destino era una criatura nerviosa, delicada y sin energía: tenía tres niños que alimentar y vestir por obligación, y sin que el amor paternal pudiese dulcificar la rudeza de aquel deber; y sobre todo esto sentía el vacío, el abismo abierto en la vida de un hombre valeroso, fiel, de corazón recto, cuya vida estaba consagrada al amor de una mujer, y que no puede olvidarla ni durante el día ni durante el sueño.

Muy raros son los hombres de este temple, pero Dexter Stenhouse era uno de ellos: había encerrado su secreto en lo más hondo de su corazón, y sin arrepentirse de su casamiento, trabajaba valerosamente para la mujer y para los hijos de otro, que la Providencia había puesto á su cuidado: alejóse de sus antiguas relaciones hasta el punto de que los esposos Knowle hicieron lo que en la apariencia deseaba, y dejaron su trato.

Pero aún quedaba una persona adherida á él con una tenacidad casi fatal, y ésta persona era sir Bowerbank: era éste también uno de esos hombres que cuando quieren esperan siempre.

¿Se sentía atraído por una simpatía secreta hacia el joven Stenhouse, que le recorda-

ba lo que él mismo había sido en su juventud?

Lo que había de positivo era que el jefe de la casa no perdía jamás de vista á su antiguo dependiente; y cuando un día Knowle habló de lo oportuno que sería pensar en un asociado joven, el primer nombre que se le ocurrió á su socio y amigo fue el de Dexter Stenhouse.

Mister Edward Knowle quedó, al oirlo, muy embarazado y muy perplejo.

—Bien, bien,—dijo con aire confuso,—pero antes quisiera hablar de eso con mi mujer.

—Como queráis,—repuso riendo Bowerbank,—pero á mi jamás se me ha ocurrido consultar á ninguna mujer en cosas de negocio.

—Ya lo sé, ya lo sé,—se apresuró á decir el buen Knowle, que halló una salida;—pero deberíais en el caso presente consultar á Milady; yo así lo deseo.

—¿Por qué?

—Porque ya veis, un asociado con esposa es un arco de iglesia para las señoras, á causa del trato que se establece y de la intimidad que puede seguirse: yo imagino, y esto es sólo una idea mía, que halagaría mucho á nuestras respectivas esposas el que les consultáramos acerca del particular: ¿os parece que Emma hable á lady Bowerbank?

—No veo en ello inconveniente; pero me parece poco razonable el mezclar los negocios á los asuntos domésticos: por otra parte, es una pérdida de tiempo, y salvo vues-

tro asentimiento, pienso escribir esta tarde á ese joven haciéndole una proposición.

El acento de sir John decía bien claro que sabría pasarse muy bien sin el asentimiento de su consocio: era muy terco, y Knowle lo sabía perfectamente.

Escribió, en efecto, á Stenhouse, y recibió una negativa claramente formulada.

Sir John se disgustó profundamente; la respuesta á su carta le había sido remitida telegráficamente, y no por el correo, como si aquél hubiera querido demostrar su prisa en rehusar lo que se le ofrecía.

Sir John escribió de nuevo, haciendo tales proposiciones, que creyó imposible el que nadie pudiera negarse á ellas; no obstante, la negativa llegó por el correo siguiente.

—Preciso es que esté loco,—dijo el esposo de Fany á su asociado.

—Puede ser muy bien,—respondió el otro lacónicamente.

—¡Tiene hijos, una mujer delicada, y apenas gana para mantenerles con pan y queso! porque, á ruegos de mi mujer, he tomado informes acerca de su posición. Fany se interesa mucho por la esposa de Stenhouse: lo mejor es que ella le escriba para que decida á su marido á no persistir en su locura: yo hablaré de esto á mi mujer.

Fany sabía todo lo que pasaba; la excelente mistress Knowle, llena de turbación, se lo había contado todo; pero los temores de la buena Emma no tenían razón de ser. Fany no demostró la señal más leve de emo-

ción, limitándose á decir que un asociado semejante sería de gran utilidad para la casa; que mister Stenhouse hallaría gran provecho en ello, y que esperaba que todo se arreglaría al fin satisfactoriamente.

Calló dichas estas palabras, y se quedó con los ojos fijos en el sol poniente; su mirada tenía una expresión de indecible dulzura.

—¿No tenéis ninguna objeción que hacer, querida Fany?—interrogó mistress Knowle.

—No, ¿y cual podría hacer? *Ahora* ya ninguna.

Cuando la pacífica Emma contó la escena á su marido, añadió como comentario:

—Por lo que estoy segura de que la pobre niña se siente morir.

Por la tarde, cuando los dos esposos fueron á casa de sir Bowerbank, hallaron á Fany tendida en un sofá; su palidez era la de una persona que va á espirar; su marido estaba sentado cerca de ella, tranquilo y atento, procurando distraerla con su conversación, y contándole todas las noticias del día para divertirla un poco; hacía ya muchos días que no se sentaba á la mesa, y debía quedarse sola durante la comida.

—Venid á ayudarme, mistress Knowle,—dijo cuando vió llegar á los esposos;—las mujeres os entendéis muy bien; en este momento hablaba á mi mujer de la locura, verdaderamente extraordinaria, de ese joven, que rehúsa venir á nuestra casa; ó es una manía ó acaso le hemos ofendido sin saber-

lo; no podemos privarnos de sus servicios, ni dejarle que se corte la cabeza; solicitaba de Fany que escribiese á mistress Stenhouse, para que ésta persuada á su marido; tiene derecho á hacerlo, por el mucho interés que, cuando quedó viuda, tomó por esa señora.

—La caridad no implica el derecho,—objetó Fany con voz temblorosa.—Sin conocerla, ¿cómo la he de escribir? ¿qué le diré?

—Habladle solamente el lenguaje del buen sentido; decidle que una colocación como ésta no se presenta dos veces en la vida. Que es preciso para Stenhouse aprovecharla; es tan pobre, que apenas puede dar pan á su familia; asociándose á nuestra casa hará su fortuna.

—¡Hacer su fortuna!—repitió Fany tristemente.—¡Si hubiera sido antes!... ¡Ahora es demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? ¡Stenhouse no tiene más de treinta años!

—Treinta y uno y medio.

Sir Bowerbank pareció muy sorprendido.

—Olvidaba que me habíais dicho le conocíais,—repuso mirando á su mujer.

—Sí, le he conocido. Mistress Knowle lo sabe bien, porque fue en su casa donde nos encontramos; debí haberme casado con él, porque me quería mucho; mi padre se opuso á ello.

Fany dijo todo esto como si fuera la cosa más sencilla del mundo: tranquilamente, sin emoción, y como si se tratase de otra perso-

na: esta frágil criatura parecía completamente aiena al mundo y á sus pasiones; no se podía dudar de que llegaba á los umbrales de la eterna vida.

—¿Queréis que me retire?—preguntó Emma, deseando que le dijese que no, pues advertía en el semblante de la joven una expresión que no tenía nada de terrestre.

—¡Oh, no! No os separéis de mí,—respondió Fany.—Nadie como vos puede decir á mi marido cuanto desee saber: él no ignora que soy un pobre ser muy débil; pero bien pronto terminará todo, y es lo mejor que nos puede suceder.

—¡Hablad, Fany, hablad!—dijo sir John.—Tengo miedo de comprenderos.

La joven empezó con voz baja y débil la triste historia de sus amores; nada ocultó á su marido, ni su amor á Stenhouse, del que había sido tan cruelmente separada, ni el dolor que había guardado oculto en el fondo de su pecho, y que había ido desecando poco á poco las raíces de su vida.

Sir Bowerbank tenía sesenta años, y entendía poco de aquella historia de juventud y de amor; y aunque él había sido joven y había amado, el recuerdo de aquella edad estaba entonces muy lejos de su imaginación.

Tomó entre las suyas las manos enflaquecidas de su mujer, y dijo:

—No os agitéis así, yo os lo ruego, querida mía; eso os hace daño; decidme solamente lo que deseáis que yo haga.

—¿No me culpáis?

—No, querida mía, no; esas desgracias ocurren todos los días por la ambición de los padres; tranquilizaos, y no lloréis; yo os perdono y os amo tanto como os compadezco.

—Ya sabéis ahora, amigo mío, —dijo Fany, extendiendo hacia su marido su mano, en la que brillaba el anillo matrimonial sujeto por otro de diamantes; —ya sabéis el por qué Dexter Stenhouse es insensible á vuestra bondad; su corazón ha sido herido cruelmente; á él le han dicho una cosa, y á mí otra distinta; de esta suerte nos han separado.

—No penséis ya en eso, —dijo sir John, —en cuyo acento había un poco de amargura: ¿para qué? el mal está hecho: él está casado y vos también: aunque yo muriese, ya no podríais uniros á él.

—¡Oh! ya no pienso en la dicha, sino en la muerte, —observó Fany dulcemente; —¡sí, siento que me muero, y es para mí muy amargo, sin que me haya perdonado! Le han tratado indignamente: muchas veces he querido rogaros una cosa, pero nunca me he atrevido... Ahora tengo más valor... ¿seréis tan bueno que me la concedáis?

—¿Y qué es, querida mía?

—Permitidme ver una sola vez á Dexter antes de morir: verle media hora, diez minutos siquiera...

—No habláis de morir: felizmente espero que viviréis largos años.

Fany mecía dulcemente la cabeza.

—¡Vos sabéis lo contrario tan bien como

yo misma, y no os pediría semejante acto de bondad si no me hallase á las puertas del sepulcro! ¡concededme que le vea! —prosiguió con acento suplicante: —sólo quiero decirle la verdad: que no he sido yo quien le ha engañado: ya sabéis que es un hombre honrado y quiero evitar él que su vida sea emponzoñada por el pensamiento de que he sido culpable, infiel, y que he sido causa de que mi opulento marido le insulte con ofertas de protección y de bondad. Con la verdad hallará la explicación de todo: algunas palabras sinceras, y Dexter quedará consolado: mi bueno, mi noble amigo, ¿no me concederéis el último favor que os pido? Mistress, Knowle, interceded por mí.

—Yo creo que vuestra esposa pide una cosa justa, —dijo con tono firme Emma.

—Bien está; podéis arreglar este asunto con Fany, señora, —dijo sir Bowerbank levantándose; solamente os ruego que mi pobre mujer no se aflija demasiado.

—¡Gracias! —murmuró con voz apenas inteligible la pobre joven; —sois conmigo caritativo, querido John; pronto moriré y reposaré tranquilamente en la tumba, como vuestra primera esposa, de la que nunca me habéis hablado... ¿verdad que os amaba mucho? ¡Oh, sí, estoy segura de ello, porque sois el mejor de los hombres.

Sir Bowerbank se dejó caer de nuevo en su asiento y se cubrió el semblante con ambas manos.

—Sí, —murmuró con un sollozo. —¡Pobre

Juana mía! ;Me amó con todo su corazón!

El silencio siguió á estas palabras; el pensamiento de sir John vagaba por los lugares donde se había deslizado su primera juventud, y veía á su primera esposa, á la compañera de sus días de pobreza y de escasez, tan amante, tan sencilla, tan fiel y tan tierna; cuando separó sus manos, había en sus mejillas huellas de lágrimas.

—Vamos, Fany, no hablemos más de cosas tristes; hablad á Stenhouse cuando queráis, y si podéis persuadirle para que sea mi asociado, tanto mejor; insistid sobre el punto de que no necesitamos dinero, lo que nos hace falta á Knowle y á mí es un hombre joven, activo y honrado; pensad en esto, mistress Knowle, porque vos seréis la que escriba la carta probablemente. Tened cuidado de mi pobre Fany, y no permitáis que se entristezca.

—Estad tranquilo, sir John.

—Hasta muy pronto.

El digno comerciante salió, y las dos mujeres quedaron solas.

VII

La esposa de Dexter Stenhouse era una joven bonita, dulce, lánguida, bastante Perezosa, como lo son generalmente las criollas de la India inglesa, y que, á pesar de su actual pobreza, se pintaba mucho y se vestía bien.

Era evidente que su matrimonio con el apasionado y sentimental Dexter Stenhouse había sido, como otros muchos, obra de las circunstancias, y que el marido había vuelto casi en seguida á su vida anterior; vida de acción de negocios, donde su generoso corazón hacía mucho bien.

Dexter recibió una esquela muy concisa de mistress Knowle, en la que le decía lo que le había dictado lady Bowerbank; que, estando muy enferma, deseaba verle antes de morir como á un antiguo y fiel amigo.

Mistress Stenhouse no era mujer capaz de tomarse gran interés por el pasado de Dexter ni por su perdido amor; el cuidado de sus tres hijos la agobiaba; cuando su marido le enseñó la carta en que le llamaban, se encogió de hombros. Dexter partió inmediatamente para Liverpool.

Sus antiguos amigos apenas podían reconocerle; su lealtad, su alegría, su expansión, habían desaparecido: una reserva absoluta le envolvía como un tupido velo; su palidez mate hacía parecer más negros y más severos sus grandes ojos negros; parecía haberse replegado en sí mismo, y se hubiera dicho que estaba decidido á pasar el resto de su vida en una grave y melancólica independencia.

Fue en seguida á ver á los esposos Knowle y habló de su casa y de su mujer con interés; pero sin emoción alguna; sus ojos permanecieron secos, cuando antes se volvían á cada instante brillantes y húmedos.

Cuando los hombres se casan tarde, pero según su corazón, sus maneras, pasan de un frío glacial á un calor comunicativo; no había sucedido esto á Dexter; los esposos Knowle vieron, desde la primera mirada, que en el corazón de aquel hombre, que por honor y por conciencia debía ser fiel hasta la muerte á la mujer que había elegido, la antorcha del himeneo, que arde sin consumirse, no se había encendido ni se encendería jamás.

Stenhouse volvía silencioso y concentrado; la experiencia adquirida en sus viajes y el pertinaz dolor que devoraba su corazón por la pérdida de Fany le habían cambiado; había llegado á ser impenetrable en sus sensaciones y en sus sentimientos.

Mistress Knowle le habló de lady Bowerbank y de su estado desesperado de salud.

le contó la triste historia de su casamiento y de la carta hallada en el pupitre de sir Kendal.

Dexter Stenhouse no demostró otra cosa que una gravedad triste, guardando un profundo silencio.

—¡Así sois los hombres!—añadió mistress Knowle con amargura cuando refirió esta escena á su marido.

—Es verdad, así son los hombres,—repuso éste gravemente,—los que son dignos de este nombre sienten mucho y hablan poco; las mujeres debéis aprender á respetar esa paciencia viril, que, en presencia de lo absoluto é inevitable, se somete, y que, sea cualquiera la pena que sienta, no la deja adivinar por ningún presentimiento exterior.

Al día siguiente de su primera conferencia, Stenhouse volvió á casa de mistress Knowle.

—Os doy mil gracias, señora,—le dijo, tendiéndole la mano,—de todo el interés que os habéis tomado por mí... y por ella. ¿Se halla en estado de recibirme? Si es así, partamos al momento.

Emma hizo venir un carruaje, subió á él con Dexter, y ambos atravesaron, milla tras milla, la comarca árida y triste que rodea á Liverpool.

Los dos amigos hablaron muy poco durante el trayecto. Mistress Knowle reunió una vez todo su valor y dijo:

—Mi querido amigo, no habléis á Fany

de su padre; ya sería inútil, pues que ha muerto.

Stenhouse se puso de color de púrpura, y sus ojos lanzaron llamas.

— Perdad cuidado, — repuso dominándose. — me acordaré de que ha muerto; pero yo debía haber elegido para amarla á una huérfana.

El silencio volvió á reinar hasta que llegaron á casa de sir Bowerbank y atravesaron la serie de salones de esta morada espléndida, á la que faltaba la presencia de su joven y doliente señora.

El ancho y magnífico salón, lleno de dorados, de espejos y de cuadros, era alegre y espléndido; en su más obscuro ángulo, y extendida en un canapé de seda, había pasado Fany algunas semanas; pero desde hacía algunos días ocupaba un gabinete más tranquilo y más retirado, que había sido expresamente arreglado á toda prisa para recibirla.

Dexter Stenhouse pasó por el salón alegre, brillante, donde todo hablaba de vida y de movimiento; desde el mueblaje espléndido y el perfume de las plantas exóticas, á las notas melódicas de los pájaros encerrados en una gran jaula dorada; cuando entró en la pequeña habitación retirada, donde la luz estaba velada, y ausente el aire libre, Dexter, el hombre fuerte, valeroso, lleno de salud, joven y con toda una vida por delante, se sintió desfallecer.

Una anciana criada se hallaba sentada

junto á la ventana abierta, y ocupada en coser; pero al más pequeño acceso de tos volvía la cabeza, y no perdía ni el más leve suspiro de la figura inmóvil que estaba tendida en el sofá.

Stenhouse tuvo que apoyarse en el marco de la puerta: hasta aquel instante no se había dado cuenta de lo que había perdido, de lo que iba á perder. Aunque ya debía estar preparado al triste cuadro que se presentaba ante sus ojos, no podía persuadirse de que el ser que había amado tan apasionadamente, la linda joven de mejillas sonrosadas, de rientes ojos, de corazón lleno del amor más tierno y más verdadero, iba á dejar de existir.

Hallábase casado con otra mujer, hacia la cual tenía deberes que cumplir: era honrado, y sabía que la mujer propia merece muchas consideraciones por lo mismo que se halla colocada bajo la completa dependencia de su marido; pero Fany había sido su primer amor; todos los recuerdos del pasado acudieron á su corazón, traspasando éste con un dolor horrible: desde el umbral de la puerta detuvo á mistress Knowle, que iba á entrar en la habitación, y exclamó con voz ahogada:

— Dadme algunos minutos... decid que os sigo.

Dicho esto se lanzó á la escalera: el aire estaba lleno del perfume de las rosas y tibio del calor del sol: por una puerta-balcón entró en el jardín.

Durante media hora se estuvo paseando á pasos desiguales, preparándose al trance más amargo de su vida.

— Debemos vernos como dos amigos ella y yo, se decía; como dos amigos tranquilos y afectuosos; como dos amigos, sobre los cuales está suspendida la sombra sagrada de la separación eterna; á lo menos, de esa separación que llamamos eterna en este mundo, aunque no hace más que aproximar estrechamente para toda la eternidad, á los que sin ella hubieran estado separados siempre.

Entró al fin en el cuarto de Fany: ésta se incorporó ligeramente en el sofá, y tendió la mano á Dexter con tranquilidad y sin el más leve asomo de confusión.

— Estoy muy contenta de veros, Dexter, — dijo la joven con dulce voz, — y os doy infinitas gracias por vuestra bondad en venir: ¿está buena vuestra esposa? ¿lo están sus hijos?

Estas palabras tan sencillas eran en aquella ocasión las mejores, pues amortiguaron el agudo, el atroz dolor que torturaba cada una de las fibras del corazón fuerte y valeroso de Stenhouse; el presente, con sus formas tristes, se colocó entre él y los delirios del pasado, y le salvó.

¡Era ella la que veía moribunda ante sus ojos! ¡Era Fany, con su sonrisa de otro tiempo, el sonido de su voz y sus dulces maneras, que él recordaba tan bien! ¡Era su mismo modo de adelantar la mano, de retirarla y

de avanzarla de nuevo con la irresolución que era el lado débil de su carácter!

Sin embargo, el deseo loco que al llegar tenía de asirla entre sus brazos y de estrecharla contra su corazón como á una mujer mortal, se había desvanecido; contemplábalas á alguna distancia ansiosamente, pareciéndole extraña á las emociones terrestres y gozando ya de una paz sobrehumana. Deseaba postrarse de rodillas y adorarla, como el Dante adora á Beatriz cuando la encuentra en los campos del Paraíso.

— Mi mujer y mis hijos están buenos, — contestó, — y todos os agradecemos la bondad de haber enviado á buscarme; yo he sido ingrato y casi un grosero con vuestro esposo...

Fany meció la cabeza y contestó vivamente:

— Tengo que deciros una cosa... y ahora creo que me escucharéis... Os ruego encarecidamente que consintáis en asociaros á nuestra casa... Eso será á la vez muy ventajoso para vos y muy útil para mi esposo y para Knowle: si conocierais bien á sir Bowerbank, le querriais mucho; nada sabía acerca de nuestro compromiso anterior hasta hace poco... y ha sido para mí el mejor de los maridos...

— ¡Y si no lo hubiera sido!... — exclamó impetuosamente Stenhouse.

Pero, como espantado de su propia voz, que vibraba terrible en aquel aposento silencioso, se detuvo; había leído en los ojos

de Fany una expresión de terror, y se inclinó ante lo doloroso de la enfermedad, ante lo sagrado de la muerte, que llegaba.

—Por mi parte, — prosiguió en voz baja y contenida, — ya os he dicho, señora, que estoy muy agradecido á sir Bowerbank, y no me causa rubor el que sepa que mi familia y yo nos hallamos casi en la pobreza; si desea verdaderamente el que acepte yo su oferta, haré cuanto me sea posible para probarle que la merezco.

—¡Oh, sí, hacedlo así!—exclamó Fany juntando sus manos de la manera infantil é inocente que lo hacía cuando era adolescente y feliz; cuando amaba á Dexter y era amada de él.

El joven volvió la cabeza para no ver aquel ademán.

—No es cosa muy fácil, — dijo, — pero procuraré hacerlo ya que vos lo deseáis.

—Hacedlo por vuestro propio interés, — dijo Fany; — hacedlo á fin de utilizar esta manera de hacer vuestro camino en la vida, que se abre ahora delante de vos. Podéis vivir muchos años, y haciendo lo que os pido, tendréis dinero que emplear bien; influencias para vos y los vuestros: eso es lo que deseo para vos; que tengáis una vida noble, activa, útil, como yo la había anhelado para vos en otro tiempo: ahora no la veré, porque me voy; ya lo sabéis, Dexter..

El silencio siguió á estas palabras. Dexter movió los labios, pero no salió de ellos ningún sonido.

—Si, me iré dentro de algunos días, y sé que allá seré dichosa; mucho más dichosa de lo que lo he sido aquí abajo; pero queria que antes de partir para otro mundo supierais la verdad... ¿os la ha dicho entera nuestra amiga Emma?

—¡Sí!—dijo Stenhouse, y esta palabra salió de sus labios envuelta en un sollozo.

Fany guardó silencio.

Las explicaciones eran crueles é inútiles: ambos se hallaban casados, y la sombra de un padre les separaba: el pasado habia concluido irrevocablemente; el presente debia estar rodeado de la más profunda paz.

—Ahora, hasta la vista, y que Dios os bendiga, —dijo Fany con voz débil:—si vuestra esposa ha oido hablar de mí, dadle mis afectos.

—No, querida Fany, no os conoce.

—Como vos queráis: se me olvidaba una cosa; ¿qué era, mistress Knowle? ¡Oh, mi pobre cabeza!

La voz de Fany temblaba, y parecia que la arena del reloj de su vida caía con una rapidez espantosa.

—¡Ah, sí, ahora me acuerdo, — prosiguió, metiendo la mano bajo sus almohadas, y sacando un magnífico broche de brillantes; — era para daros esto y para rogaros que si tenéis una hija se lo déis en mi nombre: además, si vuestra esposa no se opone á ello, llamadla Fany.

Nadie contestó; ni mistress Knowle, que ocupaba el sitio de la enfermera, ni Sten-

house, sentado al lado de la enferma, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y mirándola como si quisiera llevarse de ella una última imagen, animada como la juventud y la vida, durable como el amor y la muerte.

Levantóse al fin, y tomando el broche y la mano, besó las dos cosas á la vez. Esta fue su manera de darle el último adiós.

—Si venís pronto á estableceros en Liverpool, aún podré volver á veros,—dijo Fany con dulzura y con una especie de compasión en la voz, porque veía que la emoción y la pena dejaban á Dexter completamente mudo.

Pero el uno y el otro sabían bien que aquella era su última despedida en la tierra. Cuando la puerta se cerró detras de Dexter, se dijeron que no volverían á verse en este mundo.

VIII

Así fué, en efecto. Dexter Stenhouse vino con su familia á establecerse en Liverpool cinco días antes de la muerte de la que había sido el amor primero de su vida; de todo se informó Fany por su amiga mistress Knowle, que, siempre servicial y activa, prestó la cooperación de sus consejos á la perezosa indiana que se llamaba mistress Stenhouse.

La vida de lady Bowerbank no era otra cosa que una luz vacilante; pero tomó gran interés en la elección de vivienda de Dexter y de su familia, en mobiliario de la misma y en los detalles de su interior. Les envió una porción de cosas, regalos inofensivos, que el hombre más orgulloso no hubiera podido rehusar, y que contribuyeron á su bienestar, sin que la donadora pareciese tener la más leve intención de favorecerles.

Mas la esposa fiel y cristiana, la noble mártir, jamás pidió volver á ver al hombre por cuyo amor moría; parecía tener el sentimiento de que su última entrevista había sido un fin digno y apacible de todo lo que la unía á la vida, y de todo lo que podía ha-

barle hecho penosa la muerte: en paz y tranquilamente esperó el momento del llamamiento supremo.

Llegó éste, en fin, casi de repente, como sucede en todas las enfermedades de consunción, cuando los que cuidan al enfermo creen que está muy lejano el día de la separación. Fany al morir estaba sola, y no pudo despedirse de nadie; cuando la enfermera acudió y se inclinó sobre el lecho, la oyó decir entre el rumor de su postrer suspiro:

—¡Amigo de mi alma! ¡esposo que mi corazón eligió! ¡mi verdadero esposo!... ¡adiós!...

La enfermera corrió á buscar gente, y contó á sir Bowerbank, á mistress Knowle y á todo el mundo que la última palabra de Fany había sido el nombre de su marido, y nadie pudo contradecirla.

El día de los funerales de lady Bowerbank el escritorio de la casa Bowerbank y Compañía estuvo cerrado, y los dependientes tuvieron libertad para ir donde mejor les pareciera; pero, excepto este día, el más joven de los asociados no estuvo jamás una hora ausente de su pupitre; llegaba muy temprano, se retiraba muy tarde, y despachaba el quehacer del día por él y por sus dos asociados: de mister Knowle, preso en su casa por el reuma, y de sir Bowerbank, que en aquellas circunstancias no estaba capaz de pensar en nada.

Los Agentes de Bolsa que hacían negocios con él todos los días aseguraban que la infusión de aquella nueva personalidad co-

locaría muy alto en la plaza de Liverpool el nombre de la casa de Bowerbank y Compañía; pero no adivinaban que en la vida del nuevo asociado se había apagado una luz que jamás volvería á encenderse.

Dexter Stenhouse vive hoy, y su vida no es estéril ni triste; disfruta de una tranquila prosperidad y tiene la estimación de cuantos le conocen; en la apariencia es un hombre dichoso; su casa, un poco triste, es á la vez tranquila y confortable, y se ha embellecido con la presencia de una niña, hija de Dexter, que la hizo poner el nombre de Fany. Para todo el mundo, y con la aprobación general, ha querido honrar así al jefe de la casa y á su difunta esposa, la joven lady Bowerbank.

El admirable instinto de Fany Kendal había leído claro en el porvenir; sir Bowerbank y Stenhouse se han unido estrechamente, semejantes atracciones suelen verse en las circunstancias que, para las almas vulgares, sólo engendran odio y celos: pero la muerta y los dos hombres que la habían amado tenían un noble corazón: ninguno de ellos había hecho con intención daño á los otros, y todos habían sido víctimas de aquel corazón egoísta y duro que ya no era más que un puñado de polvo.

Los decretos misericordiosos de la Providencia han dispuesto que la acción del mal sea más limitada que la del bien, sobre todo cuando hace sentir la mano bienhechora de un destino inevitable, á la cual resisten los

malvados y los locos, pero que es un consuelo para los buenos.

Cuando Fany descansó en los brazos de la muerte, los dos hombres que la habían amado y llorado, el uno con desesperación, el otro con una ternura mezclada de piedad, se sintieron atraídos el uno hácia el otro de una manera que no querían ni sabían explicarse; buscaron su mutua compañía, al principio con timidez y vacilación, después con una especie de curiosidad, y al fin por simpatía.

La gran diferencia de su edad, y el no haber tenido padre el uno, ni el otro hijo, dió por resultado el borrar todo sentimiento de rivalidad, y crear entre ellos lazos de mutua atracción y de servicios mutuos; y la que ya no existía, aunque su nombre no se había pronunciado hasta el día en que Stenhouse pidió permiso al amo de la casa para dárselo á su hija, constituyó entre ellos una unión más fuerte que ninguna circunstancia exterior.

Los esposos Knowle quedaron sorprendidos al ver las cordiales relaciones que unían al asociado más viejo con el más joven; mas los Knowle eran tan buenas gentes, que, aun sin comprender los motivos, y aun esperando lo contrario, se alegraron mucho de la marcha que tomaban las cosas.

Amaban con una ternura melancólica á la pequeña Fany, y la buena mistress Knowle dedicó á aquella niña una pasión más grande de la que los niños le inspiraban en general.

Así viven hoy las tres ramas de la opulenta casa Bowerbank y Compañía, de Liverpool: dos asociados son muy ricos y no tienen hijos: el tercero tiene menos haberes y cuatro boquitas que llenar, así como cuatro cuerpecitos que vestir. Dexter Stenhouse no hace distinciones entre los cuatro niños, y es un buen padre para todos, dándoles una esmerada educación.

Cuando sus hijas crezcan y hayan de casarse, la triste experiencia de su vida le servirá de mucho.

Se dice que una de estas niñas será muy rica, porque la ha escogido sir Bowerbank para que herede á lo menos toda la parte de fortuna que le aportó su difunta esposa: en cuanto á la suya, sir Bowerbank no oculta su intención de legarla á los establecimientos de caridad.

Fany Stenhouse corre, entre tanto, por las bellas calles del parque de Birkenhead, con su traje de cotonia, y algunas veces con sus botitas agujereadas. Su padre la cuida, y es para ella una madre también; porque mistress Stenhouse, aunque dulce como siempre, se ha sumergido más que lo estaba en sus costumbres de indolencia y de languidez elegante.

Dexter Stenhouse piensa ya, con un vago sentimiento de terror, en el día en que un esposo vendrá á arrancar de sus brazos su único amor, su pequeña Fany; pero seguramente se mostrará aquel día un padre justo y amante; y si por la debilidad de la natu-

raleza humana dejase penetrar á la ambición en su alma, pensaría entonces, como frecuentemente piensa ahora, en sus insomnios, y en tanto que su esposa duerme profundamente á su lado, en una tumba apacible situada en la orilla del Waterlôo, donde está enterrado el amor de su juventud, la única mujer que le hubiera hecho verdaderamente dichoso, siéndolo ella misma, la que, en vez de morir de tristeza al entrar en la juventud, hubiera podido vivir largos años, para ser la luz de su hogar y la madre de sus hijos.

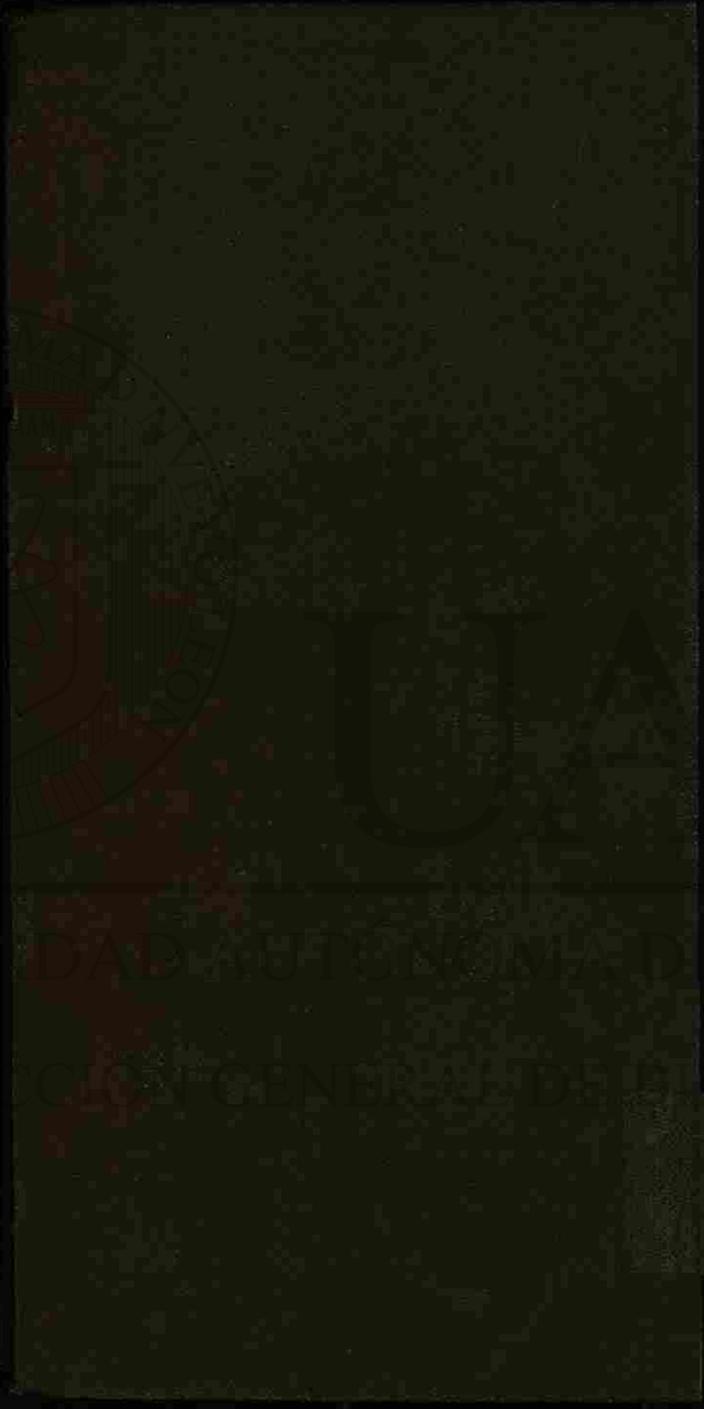
¡Oh, sí! En el alma de Dexter Stenhouse no pueden entrar la ambición y la injusticia, porque está llena del dulce recuerdo de Fany Kendal!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Arreglo del inglés.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. 03

77

